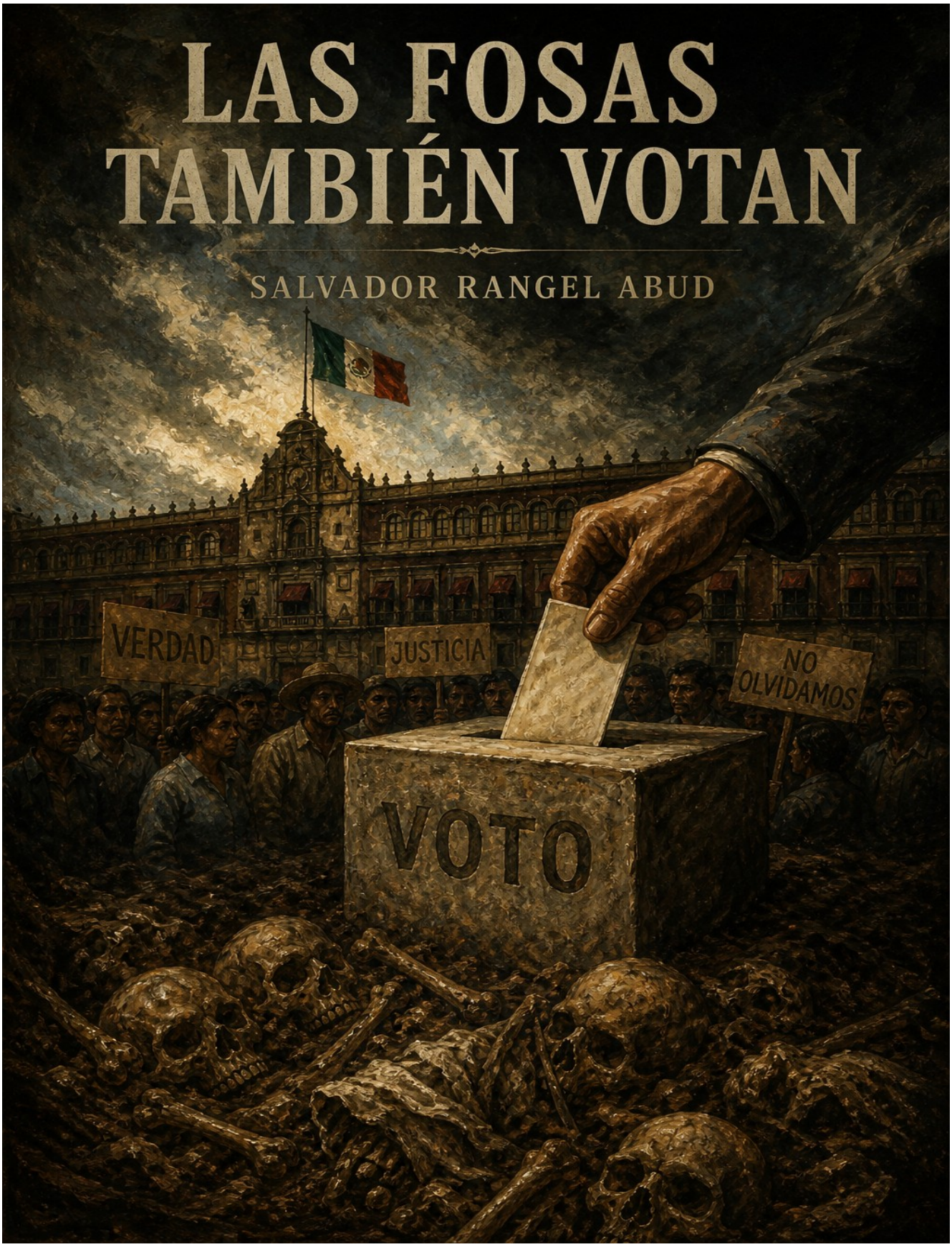
LAS FOSAS TAMBIÉN VOTAN
SALVADOR RANGEL ABUD
VERDAD
JUSTICIA
NO OLVIDAMOS
VOTO

LAS FOSAS TAMBIÉN VOTAN

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Las fosas también votan es una novela de denuncia, propuesta y catarsis ciudadana que narra la historia de Adelina Monterrosas, madre buscadora cuya hija Ernestina —trabajadora social de veintisiete años— desaparece en el norte de Veracruz después de documentar el despojo de tierras ejidales protegido por el gobernador Rodrigo Salmerón Vidal. Gabriel Cardenal, periodista de investigación, recibe un expediente con una nota al margen de cinco palabras —instrucciones de arriba: no mover— y viaja a Xalapa para encontrar a una mujer que lleva meses buscando sola lo que el Estado decidió no buscar. Juntos descubren la fosa, publican la evidencia y fundan, con un grupo de ciudadanos comprometidos, el colectivo México Justo, que convierte el dolor particular de una madre en propuesta política concreta: el Centro de Confinamiento de Máxima Eficiencia, un modelo penitenciario diseñado para que los criminales de alto impacto paguen de verdad, sin privilegios, sin mando operativo desde el encierro, sin la impunidad que el sistema actual garantiza con presupuesto público. La novela no busca entretener solamente. Busca hacer pensar al ciudadano mexicano para que use su única libertad real —el voto— con la inteligencia que la situación exige y la dignidad que sus muertos merecen.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones de desaparición forzada, hallazgo de restos humanos, violencia institucional y corrupción gubernamental. Los personajes, los nombres, los hechos específicos y los diálogos son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia involuntaria del autor. La propuesta del Centro de Confinamiento de Máxima Eficiencia es real, técnicamente fundada y forma parte del pensamiento académico y propositivo del autor.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Las fosas también votan

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela de denuncia y propuesta ciudadana

Extensión: ~35,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo
Ambientación: Xalapa y norte de Veracruz, Ciudad de México, México
Idioma: Español
Año de publicación: 2026
Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto
Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una convicción que llevo años sosteniendo: las cárceles mexicanas no son centros de readaptación social. Son universidades del crimen. Tienen matrícula, tienen catedráticos, tienen planes de estudio, tienen graduados. Y las paga el pueblo que ya fue víctima una vez. Mientras sigamos llamando readaptación a lo que es complicidad estructural con el crimen, el sistema seguirá fracasando con puntualidad y el contribuyente seguirá pagando por ese fracaso. Este libro es mi propuesta para que eso cambie. No es perfecta, porque ninguna propuesta lo es. Pero es honesta, es técnicamente viable, es jurídicamente defendible y es moralmente necesaria. Porque los ciudadanos de bien también tenemos derechos. Y el más inalienable de todos es vivir en un país donde la justicia signifique algo.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons: Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

sistema penitenciario · impunidad · madres buscadoras · desaparición forzada · periodismo de investigación · seguridad pública · crimen organizado · México · denuncia ciudadana · reforma penitenciaria · Centro de Confinamiento de Máxima Eficiencia · voto ciudadano · justicia · derechos humanos · Veracruz

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata solo sobre un crimen sino sobre el sistema que lo hace posible y sobre la voluntad ciudadana de cambiarlo. A lo largo de sus quince capítulos, Las fosas también votan explora la impunidad estructural del sistema de justicia mexicano y sus consecuencias sobre las víctimas y la sociedad, la paradoja del Estado que financia espacios desde los cuales el crimen sigue operando, el dolor

de las madres buscadoras como argumento moral irrefutable, el periodismo de investigación como instrumento de verdad cuando las instituciones fallan, la propuesta técnica y jurídica del Centro de Confinamiento de Máxima Eficiencia como alternativa viable al modelo penitenciario tradicional, y el voto ciudadano informado como única libertad que nadie puede comprar si el ciudadano decide no venderla.

CITAS DESTACADAS

"Las cárceles mexicanas no son centros de readaptación social. Son universidades del crimen. Tienen matrícula, tienen catedráticos, tienen planes de estudio, tienen graduados. Y las paga el pueblo que ya fue víctima una vez." "Los derechos de los criminales terminan donde comienzan los derechos de los ciudadanos que sufrimos su existencia. No es una frase de campaña. Es un principio ontológico." "Ernestina no merece haber muerto para que todo siga igual." "Las fosas también votan. Que los muertos no votan, eso es verdad. Pero las madres que los encontraron sí." "Si algo queda escrito, algo queda. Que no sea solo el silencio de los que se fueron y el olvido de los que se quedaron."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en Las fosas también votan un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y ciudadano que le es propio. Arturo Pérez-Reverte (La piel del tambor, El maestro de esgrima): la prosa directa y sin concesiones, el narrador omnisciente con temperatura controlada, la denuncia construida desde la trama y no desde el discurso. Elena Poniatowska (Hasta no verte Jesús mío, La noche de Tlatelolco): la voz de los que el sistema ignora convertida en documento literario de primera magnitud. Anabel Hernández (Los señores del narco): el periodismo de investigación como base narrativa de la denuncia estructural del Estado mexicano frente al crimen organizado.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Considera usted que el sistema penitenciario mexicano actual cumple su función constitucional de readaptación social? ¿Por qué sí o por qué no? El gobernador Salmerón Vidal nunca firma nada que lo comprometa directamente. ¿Cómo describiría usted esa forma de ejercer el poder, y qué dice de la estructura institucional que la hace posible? ¿Qué papel juega el voto ciudadano informado en la transformación de sistemas institucionales que parecen inamovibles? ¿Cree usted que una propuesta como el Centro de Confinamiento de Máxima Eficiencia es compatible con los derechos humanos de los internos? ¿Bajo qué condiciones? ¿Qué significa para usted que Valeria Orozco, de diecisiete años, decida estudiar trabajo social después de leer sobre Ernestina Monterrosas? ¿Ha votado usted alguna vez pensando específicamente en las víctimas de la inseguridad? ¿Qué lo ha llevado a hacerlo o qué se lo ha impedido?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). Las fosas también votan. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. Las fosas también votan. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. Las fosas también votan. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela histórica, la novela didáctica, la ficción genealógica, la novela de denuncia social, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la comedia negra, el drama psicológico histórico, el thriller médico y —como demuestra esta entrega— la novela de denuncia ciudadana con propuesta concreta. Entre sus proyectos activos se encuentran El último rojo del Soviet, Una España siempre en llamas, Las voces de la razón, La sangre del norte, La república que pudo haberse sembrado y Esto es lo que hicimos de México. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

México tiene madres que buscan a sus hijos en fosas que el Estado no quiso encontrar. Tiene periodistas que publican lo que el poder prefiere que no se publique. Tiene ciudadanos que votan pensando, que no venden su libertad por una despensa ni por la comodidad de creer que da lo mismo quién gane. Tiene todo lo que necesita para construir exactamente lo que esta novela describe: un sistema de justicia que signifique algo. Lo que no tiene —o lo que ha decidido no usar— es la voluntad política de hacerlo sin pedirle permiso a quienes se benefician de que no se haga. Úselo. Use su voto. Úselo pensando. Úselo recordando a los que ya no pueden usarlo. Porque las fosas también votan.

ÍNDICE

Prólogo: El hambre de justicia
Capítulo 1: Lo que Ernestina no pudo decir
Capítulo 2: El expediente con la nota al margen
Capítulo 3: La geografía del silencio
Capítulo 4: Las madres que el mapa no registra
Capítulo 5: La fosa
Capítulo 6: Gabriel publica
Capítulo 7: México Justo nace de una pregunta
Capítulo 8: La propuesta que México necesita
Capítulo 9: El gobernador y sus instrumentos
Capítulo 10: Adelina habla
Capítulo 11: Lo que el voto puede hacer que la denuncia no pudo
Capítulo 12: La noche antes

Capítulo 13: La jornada
Capítulo 14: Lo que sigue siendo verdad
Capítulo 15: Lo que les debemos a los que ya no están
Epílogo: Las fosas también votan

LAS FOSAS TAMBIÉN VOTAN

Por Salvador Rangel Abud

Prólogo

El hambre de justicia

Hay palabras que el lenguaje oficial ha vaciado de contenido a fuerza de repetirlas sin cumplirlas. "Readaptación social" es una de ellas. En México, esa frase figura en leyes, reglamentos, discursos ministeriales y fachadas de edificios donde ocurre exactamente lo contrario: el delincuente no se readapta a la sociedad; la sociedad, en cambio, se adapta a convivir con la certeza de que ese delincuente sigue operando desde adentro, con teléfono, con mando, con impunidad financiada por el erario.

Llevo años pensando en esto. No desde la frialdad del técnico que estudia estadísticas, sino desde la indignación del ciudadano que paga impuestos para sostener lo que debería ser justicia y termina siendo su simulacro. Investigué cómo funcionan los sistemas penitenciarios en otros países. Observé modelos nórdicos, centroeuropeos, anglosajones, latinoamericanos. Y llegué a una conclusión que no es cómoda pero sí honesta: las cárceles mexicanas no son centros de readaptación social. Son universidades del crimen. Tienen matrícula, tienen catedráticos, tienen planes de estudio, tienen graduados. Y las paga el pueblo que ya fue víctima una vez.

Este libro nació de esa indignación. Pero no es un libro airado. Es un libro propositivo, técnico, argumentado y, sobre todo, honesto.

Quiero ser claro desde el principio sobre algo que en los debates públicos suele evitarse por cobardía retórica: los derechos de los criminales terminan donde comienzan los derechos de los ciudadanos que sufrimos su existencia.

No es una frase de campaña. Es un principio ontológico. El asesino que arrancó el derecho a la vida de su víctima no puede reclamar, con la misma boca y ante el mismo Estado, que se le trate con fineza. El secuestrador que destruyó años de una familia entera no merece que el sistema se preocupe primordialmente por su bienestar emocional. El narcotraficante que envenenó generaciones enteras de jóvenes no tiene derecho a seguir enviando órdenes desde una celda con televisión, cocinero y escolta informal pagada con cuotas a los internos más débiles.

Eso no es justicia. Es farsa institucional.

Y el feminicida, el extorsionador, el violador, el criminal de cuello blanco que robó al pueblo con firma y sello oficial, el traidor a la patria que vendió su cargo al mejor postor: todos ellos merecen pagar. No con discursos. No con talleres de macramé y diplomas de conducta. Deben pagar con sufrimiento proporcional al que causaron. Con la experiencia real, cotidiana, inescapable, de que sus actos tuvieron consecuencias que no pueden comprarse, negociarse ni administrarse desde el encierro.

Sé que al escribir esto algunos lectores se incomodarán. Dirán que suena a venganza. Les respondo con calma y con Aristóteles: la justicia y la venganza son, ontológicamente, casi lo mismo. La diferencia no reside en el deseo de que el daño sea correspondido, porque ese deseo es legítimo y humano. La diferencia reside en quién lo administra y bajo qué reglas. La venganza es privada, arbitraria, desproporcionada e ilimitada. La justicia es pública, reglamentada, proporcional y verificable. Pero el impulso moral de fondo, el de que quien causó sufrimiento no viva cómodo mientras sus víctimas siguen sufriendo, no es hambre de sangre. Es hambre de justicia. Y no hay nada de qué avergonzarse en ello.

El Centro de Confinamiento de Máxima Eficiencia que propongo en este trabajo no es una cárcel más dura en el sentido primitivo del término. No propone golpes, humillaciones, tortura ni arbitrariedad. Esas formas de brutalidad son moralmente inaceptables y, además, ineficaces.

Lo que propone este modelo es algo más sofisticado y más severo al mismo tiempo: un lugar donde el criminal de alto impacto no pueda controlar nada. Ni su entorno, ni su tiempo, ni sus comunicaciones, ni sus alianzas, ni su jerarquía. Un lugar donde no haya drogas porque es estructuralmente imposible introducirlas. Donde no haya armas porque el diseño las hace innecesarias e inútiles. Donde no haya corrupción porque el contacto humano discrecional ha sido reducido al mínimo técnicamente posible. Donde no haya convivencia que permita urdir planes, ni de fuga, ni de asociación delictuosa, ni de extorsión a distancia.

Un lugar, en suma, donde la pena… sea pena de verdad y no solamente una burla.

Porque eso es lo que la víctima merece: saber que quien le destruyó la vida está pagando, no administrando su poder desde un territorio protegido con presupuesto público. Eso es lo que la sociedad merece: certeza de que el Estado no es cómplice involuntario del crimen que dice combatir. Y eso es lo que el propio sistema de justicia necesita para recuperar su legitimidad: que la sentencia signifique algo real, no una reubicación con techo garantizado.

Hago aquí una distinción que considero fundamental y que este proyecto respeta escrupulosamente: no todos los reclusos son iguales ni deben serlo ante el sistema. Hay infractores con delitos de bajo impacto, con trayectorias que permiten hablar razonablemente de recuperación, con perfiles donde la intervención educativa, laboral y psicológica puede tener sentido genuino. Para ellos, los modelos de readaptación tienen pertinencia y deben existir. No tengo objeción alguna con invertir en la reinserción de quien puede y quiere reinsertarse.

Pero el asesino múltiple, el narcotraficante con mando regional, el violador serial, el secuestrador profesional, el feminicida, el extorsionador que cobra piso a comerciantes con amenaza de muerte, el funcionario que desapareció fondos destinados a hospitales o a escuelas: esos no son candidatos a reinserción inmediata, porque son probablemente irrecuperables moralmente. Esos son candidatos a neutralización. A que el daño que representaron para la sociedad deje de existir, efectiva y verificablemente, mientras dure su condena.

Para ellos está pensado el CCME.

Una palabra sobre la viabilidad, porque sé que el primer argumento de quienes se opondrán a este modelo será el costo. Es cierto: un sistema penitenciario con seguridad tecnológica, aislamiento individual y automatización operativa cuesta más al construirse que una cárcel convencional. Pero cuesta mucho menos al operarse. Y el período en que la inversión se recupera socialmente —no en términos contables abstractos, sino en términos de extorsiones que no ocurren, de órdenes de muerte que no se transmiten, de redes criminales que se desarticulan porque su cabeza ya no puede comunicarse— ese período es menor a diez años.

Diez años. Que es menos que la sentencia promedio de los delincuentes de alto perfil que precisamente poblarían estos centros.

El argumento financiero no solo no se opone al CCME: lo exige. Seguir pagando cárceles que funcionan como franquicias del crimen organizado no es una política barata. Es una política cuyo verdadero costo se distribuye en víctimas, en comunidades extorsionadas, en economías locales paralizadas por el miedo, en generaciones de jóvenes reclutados porque la alternativa es peor. Ese costo no aparece en el presupuesto de la Secretaría de Seguridad. Aparece en las vidas de la gente.

Escribo este libro como médico, como especialista en la administración de la salud pública y como ciudadano harto de ver que la impunidad campea en todas partes y por eso la delincuencia y la inseguridad no disminuye…y no lo hará mientras las cárceles sean una verdadera vacilada.

Estas condiciones me obligan a decir lo que pienso con claridad, a sostenerlo con evidencia y a no confundir el diagnóstico con el deseo de que la realidad fuera diferente. La realidad es la que es. Las cárceles mexicanas son, en muchos casos, el problema disfrazado de solución. Y mientras sigamos llamando "readaptación" a lo que es complicidad estructural con el crimen, mientras sigamos creyendo que el problema es la falta de talleres de carpintería o de psicólogos mal pagados, mientras no nos atrevamos a decir que hay personas que merecen sufrir las consecuencias reales de lo que hicieron, el sistema seguirá fracasando con puntualidad y el contribuyente seguirá pagando por ese fracaso.

Este trabajo es mi propuesta para que eso cambie.

No es perfecta…porque ninguna propuesta lo es. Pero es honesta, es técnicamente viable, es jurídicamente defendible y es moralmente necesaria.

Porque los ciudadanos de bien también tenemos derechos y merecemos que todos los respeten, los políticos los primeros. Y el derecho más inalienable de todos es vivir en un país donde la justicia signifique algo.

CAPÍTULO 1

Lo que Ernestina no pudo decir

Casa de Adelina Monterrosas, Xalapa, Veracruz. Octubre.

Adelina Monterrosas no empezó a buscar a su hija el día que desapareció. Empezó a buscarla mucho antes, en todos los desayunos en que Ernestina llegaba a la mesa con el cabello húmedo y la taza de café entre las dos manos, sosteniéndola así aunque quemara, con esa terquedad suya que era al mismo tiempo su mejor virtud y la razón por la que su madre llevaba años sin dormir del todo bien.

—Ese café está hirviendo, mija —le decía Adelina casi todas las mañanas, desde la estufa, sin voltear.

—Lo sé.

—Entonces suéltalo un momento.

—Ya lo sé, mamá.

—Saberlo y hacerlo son cosas distintas.

Ernestina la miraba por encima de la taza con una expresión que combinaba la ternura y la impaciencia en proporciones iguales, como si ambos sentimientos llevaran tanto tiempo conviviendo en ella que ya no supieran funcionar por separado.

—¿Cuántos años llevas diciéndome lo mismo?

—Los mismos que llevas sin hacerme caso.

—Entonces los dos sabemos que esto no va a cambiar —decía Ernestina, y tomaba un sorbo largo y deliberado, con los ojos cerrados, como si el calor que dolía fuera exactamente el punto.

Así era Ernestina Monterrosas. Veintisiete años, trabajadora social, con una mochila azul que nunca se separaba de ella y una forma de habitar el mundo que ocupaba más espacio del que su tamaño físico justificaba. Había elegido su carrera contra el consejo de casi todo el mundo, incluyendo el de su madre, que quería para ella algo con más seguridad. La última vez que Adelina se lo dijo, Ernestina dejó la taza sobre la mesa y la miró con la paciencia de quien ha explicado lo mismo demasiadas veces y ha decidido que vale la pena explicarlo una vez más.

—Mamá, la seguridad es una ilusión que se compra con la renuncia a todo lo que vale la pena hacer.

—Eso es muy bonito de decir cuando tienes veintisiete años.

—Y cuando tenga cuarenta también lo voy a decir. Y cuando tenga sesenta.

—Cuando tengas sesenta yo ya no voy a estar para escucharte.

—Entonces me lo digo sola —respondió Ernestina, y sonrió de una manera que hacía imposible seguir discutiendo.

Adelina no tenía respuesta para esa sonrisa. Nunca la tuvo. Era la misma sonrisa que usaba Ernestina cuando tenía ocho años y convencía a su madre de cosas que ninguna madre razonable debería consentir, y que seguía funcionando con exactamente la misma eficacia dos décadas después. Algunas armas no pierden filo con el tiempo.

Trabajaba en comunidades indígenas del norte de Veracruz. Levantaba testimonios de familias desplazadas, fotografiaba predios abandonados, registraba nombres en cuadernos de pasta negra que llenaba con una letra apretada y consistente. No lo hacía para ninguna organización internacional ni para ningún partido político, aunque ambos lo intentaron en algún momento.

—¿Por qué no aceptas trabajar con ellos? —le preguntó Adelina una tarde, después de que Ernestina rechazara por segunda vez una oferta de una ONG con financiamiento europeo—. Tendrías más recursos, más protección.

—Tendría más jefes —dijo Ernestina, sin levantar la vista del cuaderno donde escribía—. Y los jefes siempre terminan siendo más importantes que el trabajo.

—La protección no es poca cosa, mija.

—No lo es. Pero la independencia tampoco.

—¿Y de qué te sirve la independencia si no tienes con qué pagar la renta?

Ernestina levantó la vista entonces y la miró con esa expresión serena que Adelina había aprendido a reconocer como la señal de que su hija estaba a punto de decir algo que no tenía respuesta.

—Mamá, ¿tú crees que las familias que perdieron sus tierras en Tlapacoyan tenían con qué pagar la renta cuando los sacaron? ¿Crees que se les preguntó si era conveniente para ellos?

Adelina no respondió. Ernestina volvió al cuaderno.

—Yo documento lo que les pasó para que quede escrito. Para que si un día alguien quiere saber, exista algo. Eso no tiene precio de mercado, mamá. Y por eso no lo puede comprar ninguna organización.

Tenía un novio que se llamaba Marcos, contador de profesión, ordenado y puntual con la constancia tranquila de quien ha encontrado en la paciencia una filosofía de vida y no solo un rasgo de carácter. La última vez que Adelina los vio juntos fue un domingo, dos semanas antes de que todo cambiara. Comieron en la cocina, Ernestina trajo un pastel de elote que quedó más salado que dulce, y Marcos lo comió completo sin decir una sola palabra que no fuera de elogio. Cuando Ernestina fue al baño, Adelina se inclinó hacia él.

—Está muy salado, Marcos.

—Bastante —admitió él, con una sonrisa tranquila.

—¿Y lo comes así nada más?

—Lo hizo ella, doña Adelina. ¿Qué quiere que le diga?

—Que está salado, por ejemplo.

—¿Para qué? —dijo Marcos, y se encogió de hombros con una ecuanimidad que Adelina encontró simultáneamente admirable e incomprensible—. ¿Para que la próxima vez lo haga con menos sal y yo me pierda la cara que pone cuando le digo que está delicioso? No, gracias. Así está bien.

—Eres un hombre raro, Marcos.

—Soy un hombre enamorado, doña Adelina. Es casi lo mismo, pero con mejor pronóstico.

Adelina se rió. Era difícil no querer a ese muchacho. El amor tiene esas formas pequeñas y silenciosas que uno no reconoce como amor hasta que ya no están.

El martes de la última semana Ernestina llamó a su madre desde algún punto del campo donde el viento distorsionaba las palabras y había que repetir algunas. La comunicación era mala pero la voz era normal, la voz de siempre.

—Mamá, hoy llego tarde. Tengo que entregar unos documentos en la ciudad.

—¿Qué documentos?

—Cosas del trabajo. No te preocupes.

—Ernestina, cuando dices que no me preocupe es exactamente cuando más me preocupo.

—Lo sé. Por eso lo digo —respondió ella, y había en esas cuatro palabras un rastro de humor que Adelina reconoció y que le aflojó algo en el pecho—. Estoy bien, mamá. Llego en cuanto pueda. ¿Me guardas algo de cenar?

—Siempre.

—Te quiero.

—Yo también, mija. Llega pronto.

Esa fue la última conversación. Adelina le guardó un plato tapado con otro plato y lo metió al refrigerador a las nueve de la noche, cuando el teléfono de Ernestina

ya llevaba una hora mandando las llamadas al buzón. Llamó a Marcos, que estaba en su departamento esperando noticias y que respondió al primer timbre con una voz que intentaba sonar tranquila y no del todo lo lograba.

—Tampoco yo sé nada, doña Adelina. Le he marcado cuatro veces. Nada.

—¿Sabes con quién iba a entregar esos documentos?

—No me dijo. Usted sabe cómo es ella con esas cosas del trabajo.

—Sí —dijo Adelina—. Sé cómo es.

Llamó a tres amigas de Ernestina. Ninguna sabía nada. A la medianoche llamó a la policía. El agente que contestó tenía la voz plana de quien lleva muchas horas procesando urgencias ajenas con la eficiencia de quien sabe que involucrarse emocionalmente no resuelve nada y solo desgasta.

—Mi hija no llegó a casa —dijo Adelina—. Su teléfono no contesta desde las ocho. Nadie sabe dónde está.

—¿Cuántos años tiene su hija, señora?

—Veintisiete.

—¿Tiene algún motivo para pensar que pudo haberse ido voluntariamente? ¿Problemas en casa, en su relación de pareja, algo así?

—Ninguno. Mi hija es una mujer responsable. Si no ha llegado es porque algo le pasó.

—Señora —dijo el agente, con un tono que pretendía ser amable y resultaba condescendiente—, para levantar un reporte de persona desaparecida el protocolo establece setenta y dos horas desde el último contacto. Si mañana en la tarde sigue sin aparecer, venga a la agencia y levantamos el acta.

—Son las doce de la noche. Lleva cuatro horas sin dar señales, no setenta y dos.

—Entiendo su preocupación, señora. Pero el protocolo existe por una razón. La mayoría de los casos se resuelven solos en las primeras horas. Los jóvenes a veces se quedan con amigos, se les acaba la batería, pierden el tiempo y no avisan. Ya lo verá.

—Mi hija no es así.

—Las madres siempre dicen eso, señora. Con todo respeto.

Adelina colgó el teléfono sin responder. Reconoció en ese momento algo que no había querido ver antes: que hablar con ese hombre era hablar con el sistema mismo. Una estructura diseñada para administrar el dolor ajeno con la distancia suficiente para que no interfiriera con el protocolo. El protocolo era el protocolo. Y el protocolo, en ese momento, le estaba diciendo que su hija podía esperar.

Ernestina no podía esperar. Adelina lo sabía con la certeza específica de las madres que conocen a sus hijos mejor de lo que cualquier protocolo podría conocerlos jamás.

Fue a la recámara de Ernestina. Se sentó en la cama en la oscuridad antes de encender la luz, como si necesitara un momento en el espacio de su hija sin que nada fuera visible todavía. Luego encendió y abrió el cajón del buró. Encontró los

audífonos, dos libros con marcadores en páginas distintas, un cuaderno de pasta negra que no abrió porque sintió que no debía, y en el fondo, el teléfono viejo de Ernestina, el que había cambiado seis meses atrás cuando la pantalla se rompió.

Lo encendió. Tardó en arrancar porque la batería estaba casi muerta. Cuando cargó lo suficiente apareció la biblioteca de fotografías: cientos de imágenes de campo, comunidades, rostros, predios abandonados, niños parados en terrenos que ya no pertenecían a sus familias. Y entre todas esas imágenes, la fotografía de un documento oficial con membrete del gobierno del estado: una resolución de cambio de uso de suelo que beneficiaba a una empresa cuyo nombre Adelina no reconoció esa noche. Meses después, Gabriel Cardenal le explicaría con paciencia que esa empresa tenía vínculos directos con personas muy cercanas al gobernador Salmerón Vidal. Esa noche, Adelina solo supo que su hija había fotografiado algo que alguien no quería que existiera como evidencia. Y que ese alguien tenía poder suficiente para actuar al respecto.

Guardó el teléfono en su bolsa. Apagó la luz, cerró la puerta de la recámara con cuidado, como si Ernestina estuviera durmiendo adentro. Fue a la cocina, puso a calentar agua, se sentó en la silla de siempre. No lloró. No porque no tuviera razones, sino porque el cuerpo a veces administra el dolor en dosis que no destruyan la capacidad de seguir funcionando, y Adelina necesitaba seguir funcionando más que nunca.

Cuando Marcos llamó a las dos de la mañana, ella ya había tomado la decisión.

—Doña Adelina, ¿ha sabido algo?

—Nada. ¿Y usted?

—Nada. ¿Qué hacemos?

—Mañana a primera hora vamos a la fiscalía —dijo Adelina, con una calma que no era resignación sino determinación—. Y si no nos reciben en la fiscalía, vamos al periódico. Y si el periódico no nos escucha, buscamos a alguien que sí escuche. Pero nos movemos, Marcos. Esperando no vamos a encontrar nada.

—¿Cree que...? —empezó Marcos, y no terminó la pregunta porque las dos palabras que venían después eran demasiado grandes para decirlas en voz alta a las dos de la mañana.

—No sé lo que creo —dijo Adelina—. Solo sé que mi hija está en algún lugar y que alguien tiene que ir a buscarla. Descanse un poco. Mañana nos vemos temprano.

Colgó el teléfono y se quedó mirando la taza de café que Ernestina había usado el domingo, que seguía en la orilla de la tarja sin lavar. No la lavó esa noche. Tal vez mañana. Tal vez cuando Ernestina volviera y la usara de nuevo y el gesto de lavarla perdiera el peso que tenía ahora.

Cuando el sol entró por la ventana de la cocina, Adelina Monterrosas se levantó de la silla, se cambió de ropa y salió a la calle. No sabía todavía que habría meses de puertas cerradas y funcionarios con mirada ausente. No sabía que encontraría a otras madres que le enseñarían que la búsqueda tiene su propia geografía y su propio idioma. No sabía que un periodista de cabello gris recibiría un expediente

con una nota al margen de cinco palabras y la llamaría una noche para preguntarle si podían hablar.

No sabía nada de todo eso. Solo sabía que Ernestina tenía veintisiete años, que sostenía el café caliente entre las dos manos porque prefería el calor que duele al frío que no sirve de nada, y que alguien tenía que buscarla. Hacia dónde, todavía no lo sabía. Pero hacia adelante, eso sí. Siempre hacia adelante.

CAPÍTULO 2

El expediente con la nota al margen

Redacción de El Observador Independiente, Ciudad de México. Octubre.

Gabriel Cardenal tenía una regla que nunca había escrito en ningún lugar porque las reglas escritas se vuelven doctrina y la doctrina se vuelve trampa: nunca abrir un sobre sin remitente de noche. No porque la oscuridad cambiara el contenido, sino porque cambiaba al lector. De noche uno lee con el estómago y hay cosas que necesitan leerse primero con la cabeza, en ese orden, o el juicio se contamina antes de que los datos estén claros.

El sobre llegó un miércoles por la mañana en el correo interno de la redacción, sin sello de franqueo, lo que significaba que alguien lo había dejado en recepción en persona. La recepcionista recordaba vagamente a un hombre de mediana edad con chamarra gris que lo había depositado sobre el mostrador sin decir nada y se había ido antes de que ella pudiera preguntarle su nombre. En otro contexto habría sido insuficiente. En el contexto del periodismo de investigación en México era, paradójicamente, una señal de seriedad: quien sabe lo que hace no deja nombre.

Gabriel lo abrió a las once de la mañana con el segundo café del día en la mano. Adentro había veinte páginas sujetas con un clip oxidado, sin carta de presentación ni nota explicativa. Solo el expediente, con el sello de la Fiscalía General del estado de Veracruz y un número de carpeta en la esquina superior derecha. El nombre en la carátula era Monterrosas Vidal, Ernestina. Debajo, en el espacio de clasificación, alguien había escrito a mano: desaparición forzada, presunta. Y debajo de eso, el número de meses desde la apertura de la carpeta: cuatro.

Lo leyó dos veces de corrido. A la tercera lectura se detuvo en la página tres. Era una nota manuscrita al margen, con tinta azul ligeramente corrida, la letra de quien escribe rápido porque no quiere que lo vean escribiendo. Cinco palabras: Instrucciones de arriba: no mover.

Sin fecha. Sin firma. Gabriel las leyó tres veces para asegurarse de que decían lo que parecían decir. Luego dejó el expediente sobre el escritorio y se quedó mirándolo como se mira algo que uno reconoce pero no esperaba encontrar aquí, en este momento, en este caso específico.

Ramírez, su editor, pasó por su escritorio con un café en cada mano y la expresión de quien ha estado en demasiadas juntas consecutivas y necesita hablar con alguien que no sea un directivo.

—¿Qué tienes? —preguntó, mirando el expediente.

—No sé todavía. Siéntate un momento.

Ramírez se sentó al otro lado del escritorio y esperó. Había aprendido en doce años de trabajar con Gabriel que cuando decía no sé todavía significaba que sí sabía pero que todavía estaba construyendo el argumento para explicarlo.

—Caso de desaparición en Veracruz —dijo Gabriel—. Cuatro meses sin movimiento en la carpeta. Con una nota al margen que dice instrucciones de arriba: no mover.

—¿Firmada?

—No.

—¿Fechada?

—No.

—¿Y eso no podría ser cualquier cosa? ¿Una nota vieja, un malentendido, algo que no tiene que ver con este caso?

—Podría —admitió Gabriel—. Pero no lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la he visto antes. Exactamente así, exactamente en el mismo lugar del expediente. En Tamaulipas, hace ocho años. En Guerrero, hace cinco. En ambos casos el hilo llevaba al mismo lugar: alguien con poder suficiente para llamar a una fiscalía y dar instrucciones de cinco palabras que nadie cuestiona porque todos saben de dónde vienen y lo que significa cuestionarlas.

Ramírez miró el expediente sin tocarlo, como si el papel pudiera transmitir algo que prefería no recibir.

—¿Quién es la víctima?

—Ernestina Monterrosas. Veintisiete años, trabajadora social, documentaba desplazamientos forzados en comunidades indígenas del norte de Veracruz. —Gabriel hizo una pausa—. El tipo de trabajo que incomoda a cierto tipo de personas.

—¿Tienes algo más que el expediente?

—Todavía no. Pero voy a tenerlo.

Ramírez se levantó, tomó su café y caminó dos pasos antes de detenerse y voltearse.

—Gabriel. Veracruz no es Tamaulipas, pero tampoco es un lugar donde convenga hacer preguntas en voz alta sin saber primero exactamente a quién le estás preguntando.

—Lo sé.

—¿Y eso no te detiene?

Gabriel lo miró un momento antes de responder.

—Si me detuviera cada vez que un lugar no conviene, llevaría veinte años escribiendo sobre gastronomía regional.

Ramírez asintió con la expresión de quien no está convencido pero sabe que el argumento es irrebatible, y siguió caminando.

Gabriel buscó el nombre en las bases de datos a las que tenía acceso. Ernestina Monterrosas apareció en varios lugares: una nota en el portal de una organización de derechos humanos de Xalapa que documentaba su trabajo de campo, un perfil en redes sociales con fotografías de comunidades y paisajes del norte veracruzano, una mención en el informe trimestral de una red nacional de trabajadores sociales. Y en las entradas más recientes, las publicaciones de una cuenta identificada como Adelina M.: fotografías de una mujer de mediana edad con una pancarta frente al Palacio de Gobierno de Veracruz, todos los martes, desde hacía cuatro meses. En la pancarta, la fotografía de Ernestina y tres palabras: ¿Dónde está Ernestina?

Gabriel miró esa imagen durante un tiempo que no midió. Luego buscó el número de teléfono de Adelina Monterrosas a través de dos fuentes distintas, lo verificó, y lo marcó. Eran las once y cuarenta de la noche. Dudó un segundo antes de presionar llamar, no por la hora sino porque sabía que a partir de ese momento el caso dejaba de ser un expediente sobre su escritorio y se convertía en algo que tendría peso, temperatura y consecuencias reales. Veinte años de periodismo le habían enseñado a reconocer ese umbral. También le habían enseñado que la única forma honesta de cruzarlo era cruzarlo.

Adelina contestó al segundo timbre, con una voz que no sonaba a persona que acaba de despertar sino a persona que llevaba horas sin dormir esperando que algo sucediera.

—¿Bueno?

—Señora Monterrosas, buenos noches. Me llamo Gabriel Cardenal. Soy periodista. Trabajo en El Observador Independiente, en la Ciudad de México. Perdone la hora.

Hubo una pausa breve.

—¿Qué quiere saber? —dijo Adelina, sin preámbulos, con la voz de quien ha aprendido en cuatro meses que las preguntas directas ahorran tiempo y el tiempo importa.

—Quiero saber lo que pasó con su hija. Todo lo que usted pueda contarme.

—¿Por qué?

—Porque recibí su expediente esta mañana. Con una nota que sugiere que alguien con autoridad suficiente instruyó a la fiscalía para que no lo moviera. Y porque llevo veinte años cubriendo este tipo de casos y sé reconocer cuándo hay algo que no debería estar ahí.

Otra pausa. Gabriel escuchó al otro lado de la línea algo que podría haber sido el sonido de una silla moviéndose, o de alguien que se sienta porque las piernas no sostienen bien lo que se está escuchando.

—¿Usted cree que mi hija está muerta? —preguntó Adelina, con una directness que lo tomó ligeramente por sorpresa.

—No lo sé, señora. Honestamente no lo sé. Pero sé que el expediente lleva cuatro meses sin moverse y que eso no es un accidente administrativo. Es una decisión.

—Eso lo sé yo también —dijo Adelina—. Lo sé desde el primer mes. Lo que no sé es cómo probarlo.

—Eso es exactamente lo que yo hago, señora Monterrosas. ¿Podemos hablar con más calma? ¿Mañana, o cuando usted pueda?

—Mañana a las diez estoy en Xalapa. Si quiere venir, venga.

—Voy.

—Y señor Cardenal —dijo Adelina, antes de colgar.

—¿Sí?

—Si va a venir hasta acá y luego resulta que no puede publicar nada porque le da miedo o porque sus jefes no lo dejan, mejor no venga. Ya tuve suficiente gente que viene, escucha y luego no hace nada. No me sobra el tiempo para eso.

Gabriel no respondió de inmediato. Miró el expediente sobre su escritorio, la nota al margen con tinta corrida, las cinco palabras que había visto antes y que seguían diciéndole lo mismo que le dijeron la primera vez.

—Voy a ir, señora. Y voy a publicar lo que encuentre.

—¿Me lo promete?

—Le doy mi palabra.

Adelina colgó sin decir nada más. Gabriel se quedó con el teléfono en la mano un momento, luego lo dejó sobre el escritorio junto al expediente y se recostó en la silla mirando el techo de la redacción, que a esa hora estaba vacía excepto por un redactor de cultura que dormitaba frente a su pantalla en el otro extremo del salón. Pensó en los otros casos que había visto con esa misma nota al margen. Pensó en cuántos de ellos habían llegado a algún tipo de resolución que pudiera llamarse justicia. Pensó en Ernestina Monterrosas con su mochila azul documentando lo que nadie quería que existiera como evidencia.

Pensó que mañana tenía que tomar el primer autobús a Xalapa.

A la mañana siguiente, antes de salir de la redacción, pasó por el escritorio de Ramírez. El editor llegaba siempre antes que todos y salía después que todos, con la disciplina silenciosa de quien considera que el ejemplo es la única forma de autoridad que no se desgasta con el tiempo.

—Me voy a Veracruz —dijo Gabriel.

—¿Cuándo regresas?

—Depende de lo que encuentre.

Ramírez lo miró por encima de sus lentes con la expresión que tenía cuando evaluaba algo que no era enteramente de su agrado pero que reconocía como inevitable.

—¿Sabes a qué nivel puede llegar esto?

—Tengo una idea.

—¿Y la tienes completa o solo parcial?

—Parcial, por ahora. Pero suficiente para ir.

—De acuerdo —dijo Ramírez, y volvió a su pantalla—. Mantente comunicado. Y Gabriel.

—¿Qué?

—Ten cuidado con lo que preguntas y a quién. No por ti. Por ella.

Gabriel asintió. Sabía a qué se refería Ramírez: en casos como este, el periodista que llega a hacer preguntas puede convertir involuntariamente a su fuente en un blanco más visible. Era una de las responsabilidades que nadie escribe en los manuales de ética periodística porque es demasiado incómoda para sistematizarla, pero que cualquier reportero de investigación con experiencia lleva siempre consigo como una deuda silenciosa con las personas que confían en él.

Tomó el autobús de las siete de la mañana. Durante las cuatro horas de camino releyó el expediente tres veces más, subrayó con lápiz las inconsistencias entre fechas y registros, anotó en un cuaderno las preguntas que todavía no tenían respuesta y que eran, por el momento, mucho más numerosas que las que sí la tenían. Cuando el autobús entró a Xalapa por la autopista y la ciudad apareció entre la niebla baja que la caracterizaba en octubre, Gabriel guardó el cuaderno y miró por la ventana. Pensó que Ernestina Monterrosas había recorrido esta misma carretera decenas de veces, con su mochila azul y sus cuadernos, hacia comunidades que el mapa oficial apenas registraba. Pensó que esa mujer había creído que documentar era suficiente para que las cosas quedaran. Que si algo quedaba escrito, algo quedaba.

Esperaba tener la oportunidad de demostrarle que tenía razón.

La terminal de autobuses de Xalapa olía a café y a lluvia reciente. Gabriel tomó un taxi y le dio la dirección que Adelina le había mandado por mensaje esa mañana temprano, un solo renglón sin preámbulo ni despedida, la dirección y nada más. El taxi avanzó por calles empinadas bordeadas de jacarandas que en octubre ya empezaban a perder las flores, dejando en las banquetas una alfombra morada que la lluvia había convertido en algo parecido a una mancha. El taxista intentó conversar dos veces. Gabriel respondió con monosílabos corteses y el taxista entendió y guardó silencio, que es la forma más eficiente de comunicación entre personas que no se conocen y no necesitan conocerse.

La casa de Adelina Monterrosas era pequeña, de fachada color ocre con una maceta de helecho en la entrada que alguien regaba con regularidad. Gabriel tocó el timbre. Adelina abrió antes de que el sonido terminara, como si hubiera estado parada del otro lado de la puerta esperando exactamente ese momento. Era una mujer de mediana edad con el cabello recogido, la ropa limpia con la sencillez de quien no piensa en la ropa porque tiene cosas más importantes en qué pensar, y unos ojos que Gabriel reconoció de inmediato: los ojos de quien lleva meses sin dormir bien pero ha decidido que el cansancio no es una razón válida para detenerse.

—Señora Monterrosas —dijo él.

—Pase —dijo ella, y se hizo a un lado.

La cocina olía a café recién hecho. Adelina sirvió dos tazas sin preguntar si quería y las puso sobre la mesa con la naturalidad de quien ha aprendido que las conversaciones difíciles se tienen mejor con algo caliente en las manos. Gabriel se sentó. Sacó su cuaderno. Adelina lo miró.

—¿Va a grabar? —preguntó.

—Si usted me lo permite.

—Grabe. Quiero que quede exacto lo que digo.

Gabriel puso el teléfono sobre la mesa y presionó grabar. Adelina miró el aparato un momento, luego levantó la vista y lo miró a él con la misma directness de la noche anterior, sin preámbulos, sin la timidez que a veces tienen las personas cuando hablan frente a una grabadora por primera vez.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Por donde usted quiera —dijo Gabriel—. Las mejores historias empiezan siempre donde el que las vivió decide que empiezan.

Adelina asintió lentamente. Puso las dos manos alrededor de la taza, igual que Ernestina con el café demasiado caliente, aunque Gabriel todavía no lo sabía. Y empezó a hablar.

CAPÍTULO 3

La geografía del silencio

Xalapa, Veracruz. Octubre — febrero.

Adelina habló durante dos horas sin parar el primer día. Gabriel llenó cuatro páginas del cuaderno y dejó correr la grabadora sin interrumpirla más que para pedir que repitiera un nombre o aclarara una fecha. Había aprendido hacía mucho tiempo que la primera sesión con una fuente era para escuchar, no para preguntar, porque las preguntas dirigen y la dirección a veces cierra los caminos que la memoria abre sola cuando se le da espacio suficiente. Adelina no necesitaba dirección. Necesitaba un testigo.

Le contó todo desde el principio: la llamada del martes, el teléfono que dejó de contestar, el agente del protocolo con su voz plana y sus setenta y dos horas, la noche en la cocina esperando que amaneciera. Le contó del teléfono viejo de Ernestina y las fotografías que encontró adentro, del documento con membrete oficial que su hija había fotografiado sin título ni explicación. Le contó de Marcos, que llegó a las siete de la mañana siguiente con los ojos enrojecidos y una carpeta con los últimos mensajes de Ernestina impresos porque no sabía qué más hacer con ellos.

—¿Puedo ver esa carpeta? —preguntó Gabriel.

—Ya se la pedí a Marcos. La trae hoy en la tarde.

—¿Y el teléfono viejo de Ernestina?

Adelina lo sacó de su bolsa sin decir nada y lo puso sobre la mesa. Gabriel lo miró sin tocarlo.

—¿Me permite revisarlo?

—Para eso lo traje.

Gabriel lo tomó, abrió la biblioteca de fotografías y empezó a recorrerlas con la lentitud metódica de quien busca sin saber exactamente qué busca pero confía en que lo reconocerá cuando lo vea. Las imágenes de campo eran exactamente lo que Adelina le había descrito: testimonios visuales de un despojo sistemático documentado con la precisión de alguien que sabía que esas fotografías podían ser la única prueba de que algo había ocurrido. Ernestina encuadraba bien, pensó Gabriel. No era una fotógrafa de formación pero entendía instintivamente que la evidencia necesita contexto: nunca fotografiaba solo el predio abandonado sino también la casa que lo rodeaba, la vereda de acceso, la señalización si había alguna, el horizonte que permitía ubicar el lugar en relación con algo reconocible.

Cuando llegó a la fotografía del documento oficial se detuvo. Lo amplió con dos dedos y lo leyó con cuidado. Era una resolución de cambio de uso de suelo emitida por la Secretaría de Desarrollo Urbano del estado, fechada ocho meses atrás, que autorizaba la reconversión de cuatrocientas hectáreas de uso agrícola a uso industrial en un municipio del norte de Veracruz. La empresa beneficiaria se llamaba Desarrollos Integrales del Golfo S.A. de C.V. Gabriel anotó el nombre en su cuaderno y subrayó dos veces.

—¿Sabe si Ernestina le habló alguna vez de esta empresa? —le preguntó a Adelina.

—Una vez. Hace como siete meses. Me dijo que había encontrado algo que no cuadraba con los registros de propiedad de las comunidades donde trabajaba. Que iban a cambiar el uso de unas tierras que no les pertenecían legalmente a quienes las estaban transfiriendo.

—¿Le dijo a quién pertenecían legalmente?

—A las comunidades. Tierras ejidales que llevaban décadas sin regularizar y que alguien aprovechó para transferirlas sin que nadie dijera nada.

—¿Y ella dijo algo más sobre quién estaba detrás de la empresa?

Adelina dudó un momento, no como quien no recuerda sino como quien evalúa si es el momento de decir lo que recuerda.

—Me dijo que había un nombre que aparecía en varios documentos relacionados. Un nombre que ella reconoció.

—¿Cuál?

—Salmerón.

Gabriel dejó de escribir. Levantó la vista del cuaderno y miró a Adelina.

—¿Le dijo qué Salmerón?

—No. Solo Salmerón. Y que prefería no decirme más hasta tener algo más concreto, porque no quería preocuparme sin razón.

Gabriel asintió lentamente y volvió a escribir. El apellido Salmerón en Veracruz no era un apellido cualquiera. Era el apellido del gobernador, de su familia extensa, de su red de operadores políticos y empresariales que llevaba tres generaciones construyendo lo que en ese estado se llamaba eufemísticamente influencia y en el resto del mundo se llamaba de otra manera.

Los días siguientes Gabriel los pasó entre la casa de Adelina, los archivos públicos del estado y una serie de reuniones con fuentes que prefería no identificar ni en su cuaderno, usando para eso un sistema de claves que había desarrollado a lo largo de los años y que era lo suficientemente opaco para proteger a quien necesitaba protección y lo suficientemente sistemático para que él mismo pudiera reconstruir la información meses después si era necesario.

Lo que fue encontrando lo fue organizando en capas. La primera capa era la más visible: el expediente de Ernestina, los cuatro meses de inactividad, la nota al margen. La segunda capa era la empresa: Desarrollos Integrales del Golfo, constituida dieciocho meses atrás, con un capital social mínimo que no correspondía con los contratos de obra que había firmado en los doce meses siguientes, todos ellos con dependencias del gobierno estatal. La tercera capa era la más delicada y la que requería más tiempo: los vínculos entre la empresa y las personas cercanas al gobernador Rodrigo Salmerón Vidal.

Una tarde, al cuarto día en Xalapa, Adelina lo acompañó a la fiscalía a intentar hablar con el titular de la unidad de personas desaparecidas. Esperaron cuarenta minutos en una sala con sillas de plástico azul y un ventilador de techo que giraba sin producir aire fresco apreciable. Cuando por fin los recibió un funcionario, no era el titular sino su asistente, un hombre joven con traje que le quedaba ligeramente grande y una expresión entrenada para transmitir atención sin comprometerse a nada.

—Venimos por el caso Monterrosas Vidal, Ernestina —dijo Gabriel, poniendo su credencial de prensa sobre el escritorio—. Carpeta de investigación número cuatro siete dos guion veracruz.

El asistente miró la credencial sin tocarla.

—¿Cuál es su relación con el caso?

—Soy periodista. Estoy cubriendo la investigación.

—¿Y usted? —le preguntó a Adelina.

—Soy la madre —dijo Adelina, con la voz plana de quien ha dicho esa frase demasiadas veces ante demasiados escritorios.

El asistente tecleó algo en su computadora, esperó, tecleó algo más.

—El expediente está en proceso de revisión —dijo finalmente.

—Lleva cuatro meses en proceso de revisión —dijo Gabriel.

—Los tiempos de investigación dependen de la complejidad del caso y de los recursos disponibles.

—¿Podría decirnos qué diligencias se han realizado hasta ahora?

—Esa información es parte del expediente reservado.

—¿Reservado para quién?

—Para las partes no autorizadas, señor.

—¿Y la madre de la víctima no es parte autorizada?

El asistente la miró a ella con una expresión que pretendía ser compasiva y resultaba clínica.

—Señora, si quiere acceder al expediente en calidad de familiar directo, necesita presentar una solicitud formal ante la ventanilla de transparencia con su identificación oficial y el acta de nacimiento de su hija que acredite el parentesco. El plazo de respuesta es de veinte días hábiles.

—Ya presenté esa solicitud hace tres meses —dijo Adelina.

—¿Y recibió respuesta?

—Recibí un oficio diciéndome que el expediente estaba en proceso de revisión.

El asistente asintió con la expresión de quien confirma que el sistema funcionó exactamente como fue diseñado para funcionar.

—Entonces está al tanto del estado del caso, señora.

Salieron a la calle. Adelina caminó media cuadra en silencio antes de detenerse y voltearse hacia Gabriel con una expresión que no era derrota sino furia administrada, la clase de furia que no explota porque ha aprendido que explotar no sirve de nada y que sirve de algo guardarla bien guardada para cuando se necesite de verdad.

—¿Entiende ahora por qué le dije que no viniera si no iba a poder publicar nada?

—Entiendo perfectamente —dijo Gabriel.

—Eso pasa cada vez. Cada vez que voy a alguna oficina, cada vez que llamo, cada vez que mando un oficio. Todo está en proceso. Todo tiene un plazo. Todo requiere un trámite más. Y mientras tanto Ernestina sigue en algún lugar que yo no conozco y el tiempo pasa y los rastros se enfrían y ellos lo saben y por eso hacen exactamente eso, hacer que el tiempo pase.

—Sí —dijo Gabriel—. Lo sé. Y es exactamente por eso que funciona.

—¿Y cómo se rompe?

—Con evidencia que no puedan archivar. Con información que, una vez publicada, ya no puede ser reservada ni metida en un proceso de revisión de veinte días hábiles. —Hizo una pausa—. Ya casi la tengo, señora Monterrosas. Solo necesito un poco más de tiempo.

Adelina lo miró durante un momento largo, con esa mirada evaluadora que Gabriel había aprendido a reconocer en las personas que han sido defraudadas demasiadas veces y han desarrollado un sistema interno de verificación más riguroso que cualquier protocolo oficial.

—Le voy a creer —dijo finalmente—. Pero sepa que si me defrauda, no va a ser la primera vez que alguien lo hace y tampoco me va a destruir. Solo va a ser uno más en la lista.

—No voy a defraudarla.

—Eso también me lo han dicho antes.

Gabriel no respondió porque no había respuesta que valiera más que los hechos, y los hechos todavía estaban en construcción. Caminaron de regreso hacia la casa de Adelina por calles empinadas de Xalapa que la llovizna de la tarde había dejado brillantes y vacías. Gabriel pensó en la nota al margen con tinta corrida, en el nombre de la empresa, en el apellido Salmerón dicho por Ernestina meses antes de desaparecer. Pensó que la geografía del silencio que Adelina había recorrido sola durante cuatro meses tenía un mapa, aunque nadie en ninguna oficina estuviera dispuesto a mostrárselo. Y pensó que su trabajo, el único trabajo que importaba en ese momento, era dibujar ese mapa con suficiente precisión para que ya no pudiera ignorarse.

Esa noche, solo en el cuarto del hotel que había rentado a tres cuadras de la casa de Adelina, Gabriel extendió sobre la cama todo lo que tenía hasta ese momento: el expediente original, las fotografías del teléfono viejo de Ernestina impresas en la papelería del hotel, los apuntes de cuatro días de entrevistas y búsquedas en archivos, y la carpeta que Marcos le había entregado esa tarde con los últimos mensajes de Ernestina. Los mensajes eran lo más reciente y lo más doloroso: conversaciones cotidianas sobre trabajo, planes, pequeñas urgencias de una vida normal hasta el martes en que todo se detuvo. El último mensaje enviado por Ernestina era para Marcos, a las seis cuarenta y dos de la tarde del día de su desaparición: Salgo en un rato. No me esperes despierto. Beso.

Gabriel leyó ese mensaje tres veces. Luego lo dejó boca abajo sobre la cama porque mirarlo seguía siendo necesario pero mirarlo demasiado tiempo era un lujo que no podía permitirse si quería seguir trabajando con la cabeza y no solo con el estómago.

Se sentó en la silla junto a la ventana con su cuaderno y empezó a construir el mapa. No el mapa físico, aunque ese también lo necesitaría, sino el mapa de las conexiones: quién sabía qué, quién había decidido qué, quién se había beneficiado de qué. La empresa Desarrollos Integrales del Golfo era el nudo central por el momento. A partir de ahí los hilos se extendían en varias direcciones, algunos claros y documentados, otros todavía borrosos y dependientes de información que aún no tenía pero que sabía dónde buscar.

Llamó a una fuente en el Registro Público de la Propiedad de Veracruz que le debía un favor de tres años atrás, un favor que Gabriel nunca había cobrado precisamente para poder cobrarlo cuando importara de verdad. La llamada duró ocho minutos. Al terminar, Gabriel tenía tres nombres nuevos vinculados a la empresa: dos socios minoritarios con historial de contratos gubernamentales en la administración de Salmerón Vidal, y un tercer nombre que apareció como representante legal en la constitución de la empresa pero que figuraba también como asesor externo de la Secretaría de Gobierno del estado. Ese tercer nombre lo anotó en el cuaderno y lo rodeó con un círculo. Era el eslabón que conectaba la empresa con el despacho del gobernador de una manera que no dependía de suposiciones sino de documentos públicos que nadie había tenido la voluntad de leer juntos.

Al día siguiente Gabriel llegó a casa de Adelina a las nueve de la mañana. Ella ya tenía el café listo y una expresión que combinaba la expectativa con la precaución de quien ha aprendido que las noticias que llegan rápido no siempre son buenas noticias.

—¿Encontró algo? —preguntó, sin saludarlo primero, porque los saludos a esa altura de la historia ya sobraban.

—Encontré suficiente para seguir —dijo Gabriel, sentándose y abriendo el cuaderno—. Necesito hacerle algunas preguntas más sobre los últimos meses de Ernestina. Específicamente sobre si ella mencionó haber recibido alguna advertencia. Algo que le hiciera pensar que alguien sabía lo que estaba documentando.

Adelina se sentó frente a él. Se quedó en silencio un momento, mirando la superficie de la mesa como si la respuesta estuviera ahí y ella necesitara encontrar las palabras exactas para decirla.

—Una vez —dijo finalmente—. Hace como dos meses antes de que desapareciera. Me llamó un domingo en la tarde, que no era su costumbre porque los domingos los guardaba para estar con Marcos o para descansar. Me llamó y me preguntó una cosa rara.

—¿Qué preguntó?

—Me preguntó si yo tenía copia de sus cuadernos. Los de trabajo. Le dije que no, que cómo iba a tener copia de sus cuadernos. Me dijo que iba a escanearlos y mandármelos por correo, que los guardara sin abrirlos.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Me mandó como cuarenta archivos esa misma semana. Los tengo guardados en mi correo sin haber abierto ninguno porque ella me dijo que no los abriera a menos que fuera necesario.

Gabriel la miró fijamente.

—Señora Monterrosas. Eso es evidencia. Eso es exactamente lo que Ernestina quiso que usted tuviera si algo le pasaba.

Adelina asintió despacio, con la expresión de quien ha sabido eso desde el momento en que recibió los archivos pero que necesitaba escucharlo de alguien más para terminar de procesar lo que significaba: que su hija había tenido miedo. Que había tomado precauciones. Que había sabido, con la claridad de quien conoce los riesgos de su trabajo, que era posible que algo le pasara.

—¿Me da acceso a esos archivos? —preguntó Gabriel.

—¿Para publicarlos?

—Para entender qué sabía Ernestina y por qué eso era suficiente para que alguien decidiera silenciarla.

Adelina se levantó, fue al cajón donde guardaba su tableta, la encendió y abrió el correo. Giró la pantalla hacia Gabriel sin decir nada. Gabriel vio la lista de cuarenta y tres archivos enviados por Ernestina en un lapso de cuatro días, todos con nombres de fechas y coordenadas geográficas, sin título descriptivo, con la

discreción de quien sabe que el nombre de un archivo puede ser tan incriminatorio como su contenido.

—Voy a necesitar tiempo para revisar esto —dijo Gabriel.

—Tiene todo el tiempo que necesite —dijo Adelina—. Ernestina tardó meses en reunir esa información. Lo menos que podemos hacer es leerla con cuidado.

Gabriel empezó a abrir los archivos uno por uno. Afuera, la llovizna de Xalapa golpeaba suavemente los vidrios de la cocina con esa persistencia tranquila que tiene la lluvia en esa ciudad, como si el cielo hubiera decidido que mojar las cosas despacio era más efectivo que hacerlo de golpe. Gabriel pensó que Ernestina Monterrosas había trabajado exactamente así: despacio, con persistencia, acumulando evidencia gota a gota hasta que el peso de lo documentado fuera imposible de ignorar. Pensó que esa mujer había construido, sin saberlo, el caso que él necesitaba para hacer su trabajo. Y que lo menos que podía hacer por ella era asegurarse de que ese trabajo no hubiera sido en vano.

CAPÍTULO 4

Las madres que el mapa no registra

Norte de Veracruz. Noviembre.

Los cuarenta y tres archivos de Ernestina tardaron tres días en revelar su estructura completa. No porque fueran difíciles de abrir sino porque leerlos con la atención que merecían requería tiempo, silencio y la disposición de dejar que la información se asentara antes de sacar conclusiones. Gabriel los leyó en la cocina de Adelina, con el café que ella reponía sin que él lo pidiera y con la discreción de quien entiende que hay trabajos que se hacen mejor sin compañía pero que tampoco deben hacerse en soledad completa.

Los cuadernos escaneados de Ernestina eran un archivo extraordinario. No en el sentido periodístico del término, aunque también lo eran, sino en el sentido literal: una acumulación extraordinaria de paciencia, método y coraje aplicados durante meses a documentar lo que nadie quería que quedara documentado. Cada entrada tenía fecha, coordenadas aproximadas, nombre de la comunidad o del predio, testimonio transcrito de los habitantes, descripción del estado de los terrenos y fotografías vinculadas. Ernestina había construido, cuaderno a cuaderno, la historia de un despojo que abarcaba doce comunidades en tres municipios del norte de Veracruz y que tenía como denominador común un solo beneficiario: Desarrollos Integrales del Golfo S.A. de C.V.

—¿Sabía usted la dimensión de lo que Ernestina estaba documentando? —le preguntó Gabriel a Adelina la tarde del tercer día, cuando terminó de revisar el último archivo.

Adelina pensó antes de responder. Se levantó, fue a la ventana, miró la calle un momento como si necesitara distancia física de la pregunta antes de contestarla.

—Sabía que era importante. Ella me lo decía sin decirlo, ¿me entiende? Ernestina nunca alardeaba de su trabajo. Pero cuando algo le importaba de verdad se le notaba en cómo hablaba de ello, en el tono, en la forma en que elegía las

palabras. En los últimos meses hablaba de ese proyecto con una intensidad diferente.

—¿Diferente cómo?

—Como quien sabe que lo que está haciendo importa pero también sabe que tiene un costo. —Hizo una pausa—. Como quien ha decidido que el costo vale la pena y no quiere que nadie se lo quite de la cabeza convenciéndolo de que no vale.

Gabriel anotó eso en el cuaderno aunque no era un dato verificable sino una observación de madre, que en su experiencia valía tanto como cualquier dato verificable porque las madres conocen a sus hijos con una precisión que ningún expediente puede replicar.

Esa tarde Adelina le propuso algo que Gabriel no esperaba.

—Quiero llevarla a conocer a las otras madres —dijo.

—¿Qué otras madres?

—Las del colectivo. Las que buscan a sus hijos desde hace más tiempo que yo. Ellas conocen el terreno mejor que nadie. Y conocen zonas del norte del estado donde nadie más ha buscado todavía.

Gabriel la miró.

—¿Cree que Ernestina podría estar en esas zonas?

—No lo sé. Pero ellas saben dónde buscar. Y llevan meses diciéndome que hay lugares en esos municipios donde los registros no cuadran con lo que ellas han encontrado en campo.

Salieron al día siguiente en la camioneta de doble tracción de una de las mujeres del colectivo, Refugio, que tenía cincuenta y dos años, brazos fuertes de quien ha pasado demasiadas horas moviendo tierra, y una forma de manejar por caminos de terracería que sugería años de práctica en condiciones que no admitían errores. Adelina iba en el asiento del copiloto. Gabriel atrás, con su cuaderno y la cámara que llevaba siempre consigo aunque en ocasiones como esta prefería no usarla hasta entender bien qué estaba viendo.

—¿Cuánto tiempo lleva buscando? —le preguntó Gabriel a Refugio durante el camino.

—Dieciséis meses —dijo ella, sin apartar la vista del camino—. Mi hijo Rogelio. Veintidós años. Albañil. Desapareció un lunes de regreso del trabajo.

—¿Ha encontrado algo?

—Encontré dónde no está —dijo Refugio, con una voz que no tenía amargura sino la densidad específica de algo que se ha dicho tantas veces que ya no duele decirlo pero tampoco ha dejado de ser verdad—. Eso también es encontrar algo.

El colectivo se llamaba Buscamos y Seguimos Buscando, un nombre que Adelina le explicó a Gabriel que habían elegido precisamente porque no prometía resultados sino continuidad. Tenía dieciséis integrantes, todas mujeres excepto un hombre de setenta años que buscaba a su nieto, y operaba con una organización

que habría parecido sorprendente a quien esperara encontrar improvisación y encontraba en cambio método, registros, protocolos y una distribución de responsabilidades tan clara como la de cualquier organización profesional, con la diferencia de que nadie cobraba por estar ahí y nadie había elegido estarlo por otra razón que la necesidad.

Se reunieron esa mañana en el patio de la casa de una de las integrantes, en un municipio cuyo nombre Gabriel anotó y cuya ubicación en el mapa empezaba a coincidir con las coordenadas de los cuadernos de Ernestina. Eran ocho mujeres y el abuelo, con mapas extendidos sobre una mesa de madera, señalando zonas marcadas con diferentes colores según el estado de la búsqueda: rojo para las zonas que habían revisado sin resultado, amarillo para las que estaban pendientes, verde para las que habían descartado por acceso imposible, y negro para las que habían identificado como prioritarias pero que requerían más recursos o más personas para trabajarlas.

—Esta zona —dijo una de las mujeres, señalando un área marcada en negro al norte del mapa— la tenemos desde hace tres meses. Hay indicios de que el suelo ha sido removido en varios puntos. Pero es propiedad privada y cada vez que intentamos entrar nos sacan.

—¿Quién los saca? —preguntó Gabriel.

—La primera vez fueron personas de la empresa que tiene las tierras. La segunda vez llegó una patrulla.

—¿De qué corporación?

—Estatal.

Gabriel miró el mapa. La zona marcada en negro estaba en el mismo municipio donde Desarrollos Integrales del Golfo tenía registradas sus cuatrocientas hectáreas de cambio de uso de suelo.

—¿Tienen documentado eso? —preguntó—. ¿Las salidas, las patrullas, las fechas?

—Todo —dijo la mujer—. Tenemos un registro de cada salida de campo, cada incidente, cada placa de cada vehículo que nos ha interceptado. Aprendimos que si no queda escrito, es como si no hubiera pasado.

Gabriel sintió algo que reconoció inmediatamente: la misma frase que Ernestina le había dicho a su madre en la cocina. Si no queda escrito, es como si no hubiera pasado. Miró a Adelina. Ella también lo había reconocido. Se miraron un segundo y ninguno dijo nada porque no había nada que decir que los hechos no estuvieran diciendo solos.

Durante las horas siguientes Gabriel escuchó los testimonios de cada una de las mujeres. Historias distintas en sus detalles y idénticas en su estructura: un hijo, un hermano, un marido, un padre que no llegó. Una denuncia que no avanzó. Un funcionario que prometió y no cumplió. Un expediente en proceso de revisión. Meses de búsqueda en campo con los recursos que cada familia podía juntar, que nunca eran suficientes pero que siempre eran lo que había. Y una red de solidaridad construida no sobre la esperanza de encontrar sino sobre la certeza

de que buscar era lo único que podía hacerse y que hacerlo juntas era la única forma de que tuviera algún sentido.

—¿Cómo aprenden a buscar? —preguntó Gabriel en un momento en que la conversación se detuvo naturalmente.

—Nos enseñamos entre nosotras —dijo Refugio—. Las que llevan más tiempo le enseñan a las que llegan. Hay cosas que nadie te dice en ningún lado: cómo identificar suelo removido, qué señales buscar en la vegetación, cómo registrar lo que encuentras para que sea útil si algún día hay una investigación real. Lo aprendimos solas porque nadie más nos lo iba a enseñar.

—¿Han tenido apoyo de alguna autoridad?

Las mujeres se miraron entre sí con una expresión que no era sorpresa ante la pregunta sino la fatiga de quien ha respondido esa misma pregunta demasiadas veces.

—Nos dijeron que podíamos asistir a unas mesas de trabajo —dijo una de ellas—. Fuimos dos veces. En la primera nos escucharon y tomaron notas. En la segunda nos dijeron que el proceso estaba avanzando. No volvimos a saber nada.

—¿Y la Fiscalía?

—La Fiscalía nos recibe cuando vamos. Nos da oficio de recibido. Y no hace nada.

Al mediodía comieron en el patio lo que cada una había traído: tortillas, frijoles, chiles en escabeche, agua de Jamaica en una jarra grande. Gabriel comió sin hablar, escuchando las conversaciones entre las mujeres sobre temas prácticos: coordinar una salida de campo para la semana siguiente, conseguir una herramienta que les faltaba, resolver un problema de transporte. La normalidad de esa conversación en ese contexto era lo más perturbador que había experimentado en días: mujeres que organizaban la búsqueda de sus hijos muertos o desaparecidos con la misma practicidad con que cualquier persona organiza las tareas de la semana, porque la alternativa a esa practicidad era el derrumbe, y el derrumbe no buscaba a nadie.

Adelina, que hasta ese momento había hablado poco, se acercó a la mujer que había señalado la zona negra en el mapa. Hablaron en voz baja durante unos minutos. Gabriel no escuchó lo que decían pero vio la expresión de Adelina cambiar gradualmente, no hacia el dolor sino hacia algo más parecido a la resolución, como si la conversación le estuviera confirmando algo que su cuerpo ya sabía pero que su mente había resistido procesar.

Cuando volvieron a la camioneta al final de la tarde, Adelina no dijo nada durante los primeros kilómetros. Refugio manejaba con la misma concentración del viaje de ida. Gabriel esperó.

—La zona que marcaron en negro —dijo Adelina finalmente, mirando por la ventana—. Está a tres kilómetros de donde Ernestina dijo que iba a entregar los documentos ese martes.

Gabriel procesó eso en silencio.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque Marcos revisó los mensajes de ubicación que Ernestina compartía automáticamente con él cuando estaba en campo. La última ubicación registrada fue a dos kilómetros de ese punto, a las siete de la tarde del martes.

—¿Marcos tiene eso?

—Sí. No lo había mencionado antes porque no sabía si era importante.

—Es importante —dijo Gabriel.

—Lo sé —dijo Adelina. Y no dijo nada más en todo el camino de regreso, porque había cosas que se saben con el cuerpo antes de saberse con la cabeza, y su cuerpo llevaba semanas sabiéndolas, y esa tarde en el patio de esa casa con esas mujeres y ese mapa negro había terminado de confirmárselas de una manera que ya no dejaba espacio para otra interpretación.

Gabriel miraba por la ventana el paisaje del norte de Veracruz que oscurecía lentamente, los potreros y las veredas y los predios que Ernestina había fotografiado con su cámara y su terquedad de quien cree que si algo queda escrito, algo queda. Pensó que mañana tenía que hablar con Marcos. Pensó que la zona negra del mapa iba a necesitar ser trabajada de una manera que el colectivo solo no podía hacer. Y pensó que el tiempo que le quedaba antes de que los rastros se enfriaran del todo era menos del que cualquiera de ellos quisiera admitir en voz alta.

Esa noche Gabriel llamó a Ramírez desde el cuarto del hotel.

—Necesito que me consigan acceso a los registros de propiedad del norte de Veracruz. Específicamente los municipios de Álamo, Tihuatlán y Papantla. Transferencias de los últimos dos años.

—¿Qué estás construyendo? —preguntó Ramírez.

—Un mapa. Con empresa, con funcionarios, con tierras y con una mujer desaparecida que documentó todo antes de que alguien decidiera que sabía demasiado.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—¿Qué tan arriba llega?

—Todavía no tengo el nombre firmado. Pero el apellido ya lo tengo.

Otra pausa, más larga.

—De acuerdo —dijo Ramírez—. Te consigo los registros. Pero Gabriel: cuando tengas el nombre completo, no publicas nada sin hablar conmigo primero. No porque no confíe en ti. Sino porque este tipo de historias necesita más de un par de ojos antes de salir.

—Lo sé.

—¿Cómo está la madre?

Gabriel pensó en Adelina en la camioneta de regreso, mirando por la ventana el paisaje que oscurecía, con esa expresión de quien ha terminado de procesar algo que no quería procesar y ha decidido que tampoco va a derrumbarse por eso.

—Entera —dijo—. Increíblemente entera.

—Cuídala —dijo Ramírez—. A ella y a ti.

Gabriel colgó y abrió de nuevo los archivos de Ernestina en su computadora. Buscó en los cuadernos escaneados cualquier referencia a la zona que el colectivo había marcado en negro. La encontró en el archivo del mes de agosto: una entrada breve, más escueta que las otras, como si Ernestina hubiera querido documentar pero también hubiera tenido prisa o miedo o ambas cosas. Decía: Predio sin registro oficial de propietario actual. Señales de movimiento de tierra reciente en sector norte. Tres personas del ejido Lázaro Cárdenas refieren haber visto vehículos de carga sin identificación en los últimos dos meses. No accedí al interior. Regreso la próxima semana con Daniela.

Gabriel buscó quién era Daniela en los contactos del teléfono viejo que Adelina le había prestado. Encontró el nombre: Daniela Suárez, con un número de Poza Rica. La llamó. Contestó una mujer joven con voz cautelosa.

—¿Quién habla?

—Gabriel Cardenal, periodista. Estoy investigando la desaparición de Ernestina Monterrosas. Sé que eran compañeras de trabajo.

Un silencio.

—Sé quién es usted —dijo Daniela finalmente—. Ernestina me habló de que si alguien la buscaba, que confiara en usted.

Gabriel procesó eso despacio.

—¿Cuándo le dijo eso?

—Dos semanas antes de desaparecer. Me llamó un domingo y me dijo que si alguien con su nombre me contactaba preguntando por ella, que le dijera todo lo que yo sabía. Que era de confiar.

—¿Y qué sabe usted, Daniela?

—Sé que la semana antes de desaparecer Ernestina encontró algo en ese predio del norte. Algo que la asustó de verdad, y a ella no la asustaba fácil. Me mandó un mensaje que decía: encontré lo que no quería encontrar. No me dijo qué era. Solo eso.

Gabriel miró la pantalla de su computadora, la entrada del cuaderno de agosto, la frase de Daniela flotando en el cuarto de hotel con el peso específico de las cosas que cambian el rumbo de una historia. Encontré lo que no quería encontrar. Pensó en la zona negra del mapa del colectivo. Pensó en la última ubicación de Ernestina a dos kilómetros de ese punto. Pensó en las mujeres del colectivo que llevaban meses queriendo entrar a ese predio y siendo bloqueadas sistemáticamente por personas y patrullas que no tenían ninguna razón oficial para impedirlo y que sin embargo lo impedían con una consistencia que solo tiene sentido cuando hay algo que proteger.

—Daniela —dijo—, ¿estaría dispuesta a hablar conmigo con más detalle? En persona, si es posible.

—Sí —dijo ella, sin dudar—. Ernestina me dijo que si algo le pasaba, que no me callara. Que callar era lo mismo que ayudar a los que le hicieron daño. Así que no me voy a callar.

Gabriel cerró el cuaderno, apagó la computadora y se quedó un momento en la oscuridad del cuarto antes de encender la lámpara de la mesa. Afuera la lluvia de Xalapa había vuelto con su persistencia habitual, golpeando los vidrios con esa suavidad constante que tiene el agua cuando ha decidido que va a mojar todo sin importar cuánto tiempo tarde.

Pensó que Ernestina Monterrosas había construido, con meses de trabajo solitario y meticuloso, una cadena de personas que sabían cosas distintas pero complementarias. Una cadena diseñada para que si un eslabón fallaba, los demás sostuvieran la historia. Pensó que esa mujer de veintisiete años con su mochila azul y su café demasiado caliente había sido más estratega de lo que cualquiera hubiera imaginado. Y pensó que lo menos que podía hacer por ella era ser el eslabón que cerrara la cadena.

CAPÍTULO 5

La fosa

Norte de Veracruz. Febrero.

Daniela Suárez tenía veinticinco años y la mirada de quien ha envejecido diez más en los últimos meses. Llegó a Xalapa en autobús desde Poza Rica un jueves por la mañana, con una mochila pequeña y una memoria USB que puso sobre la mesa de la cocina de Adelina antes de sentarse, sin explicar todavía qué había adentro, como si necesitara primero ver las caras de las personas a quienes iba a entregársela.

—Ernestina me la dio la última vez que nos vimos —dijo, mirando alternativamente a Gabriel y a Adelina—. Me dijo que si algo le pasaba, que se la diera a alguien que pudiera hacer algo con ella. Alguien que no tuviera miedo de publicar.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Gabriel.

—El jueves antes del martes que desapareció. Comimos juntas en Poza Rica. Ella venía de campo, traía la mochila llena de cuadernos como siempre, pero estaba diferente. Más quieta. Ernestina nunca estaba quieta.

—¿Le dijo qué había encontrado?

—Me dijo que había entrado al predio. Al que llevaba meses queriendo revisar y del que siempre la sacaban antes de llegar al sector norte. Esa vez entró sola, de madrugada, por una vereda que los ejidatarios le habían mostrado y que no figuraba en ningún mapa oficial.

Adelina que había estado escuchando sin moverse se levantó despacio y fue a la ventana. Gabriel lo notó pero no dijo nada. Había aprendido en esas semanas que Adelina necesitaba a veces ese movimiento físico para procesar lo que

escuchaba, ese desplazamiento mínimo que le daba al cuerpo algo que hacer mientras la mente trabajaba en cosas demasiado grandes para estarse quieto.

—¿Y qué encontró en el sector norte? —preguntó Gabriel.

Daniela tomó aire antes de responder.

—Tierra removida. En varios puntos. Con una extensión y una profundidad que no corresponden a ningún uso agrícola ni a ninguna obra de infraestructura legítima. Ella lo fotografió todo. Tomó muestras de suelo. Y encontró algo más.

—¿Qué?

—Una tela. Un pedazo de tela azul atrapado en una raíz, cerca de uno de los puntos de remoción. Me mandó la foto esa misma noche. —Daniela sacó su teléfono, buscó la imagen y lo puso sobre la mesa—. Yo no supe qué era hasta que me lo dijo ella.

Gabriel y Adelina miraron la fotografía al mismo tiempo. Un pedazo pequeño de tela azul marino, deslavada por el tiempo y la humedad, atrapado entre las raíces superficiales de un árbol junto a una zona de tierra claramente alterada.

Adelina se quedó inmóvil mirando esa imagen durante un tiempo que nadie en la cocina midió. Luego dijo, con una voz tan quieta que apenas se escuchaba:

—Esa es su mochila.

Nadie respondió.

—Era azul marino. La usaba desde la carrera. Tenía una costura reforzada en la correa derecha porque se la reparé yo misma cuando se empezó a romper. —Señaló un detalle en la esquina de la tela—. Eso es la costura.

Gabriel miró la imagen con más cuidado. La costura era visible, un refuerzo con hilo más oscuro que el resto de la tela, exactamente donde Adelina señalaba.

—Señora Monterrosas —dijo, con la voz de quien elige las palabras con el cuidado de quien sabe que las palabras equivocadas en el momento equivocado pueden romper algo que no tiene reparación—. Necesito que nos muestre ese predio. Necesitamos ir.

—Lo sé —dijo Adelina. Y no dijo nada más.

Fueron cuatro días después, cuando Gabriel tuvo lo que necesitaba: la última ubicación de Ernestina que Marcos le había proporcionado, las coordenadas del predio que Daniela había marcado en el mapa, el contacto de dos ejidatarios que conocían la vereda de acceso y que accedieron a guiarlos, y la presencia de tres integrantes del colectivo Buscamos y Seguimos Buscando, incluida Refugio, que llevaba en su camioneta el equipo básico de búsqueda en campo que el colectivo había acumulado durante meses: palas, estacas, cinta de señalización, bolsas de evidencia, una cámara y un GPS.

Salieron de madrugada para llegar al predio antes de que hubiera movimiento en la zona. El camino de terracería que llevaba a la vereda de acceso estaba húmedo por la lluvia de los días anteriores y la camioneta de Refugio avanzaba despacio, con las luces bajas. Nadie habló durante el trayecto. Adelina iba en el

asiento trasero con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando por la ventana la oscuridad del campo que se desplazaba lentamente.

Llegaron al punto de entrada cuando el cielo empezaba a aclarar, ese momento entre la noche y el amanecer donde todo tiene una calidad gris y suspendida que hace que las cosas parezcan más reales y menos reales al mismo tiempo. Uno de los ejidatarios, un hombre de nombre Crescencio que tendría sesenta años y conocía esas tierras desde antes de que naciera cualquiera de los presentes, los guió por la vereda sin linterna, moviéndose con la confianza de quien camina en territorio conocido en la oscuridad.

El sector norte del predio quedaba a cuarenta minutos de caminata desde el punto de entrada. Durante el trayecto Crescencio habló en voz baja con Gabriel, sin detenerse, mirando al frente.

—Esta tierra era del ejido desde mil novecientos treinta y ocho —dijo—. Mis abuelos la trabajaron. Mi padre la trabajó. Nosotros la trabajamos hasta que empezaron a llegar los papeles.

—¿Qué papeles?

—Resoluciones. Transferencias. Documentos que decían que la tierra había sido vendida. Pero nadie del ejido vendió nada. Nadie firmó nada. Los papeles llegaron ya hechos.

—¿Y recurrieron a alguna autoridad?

—Al municipio. Al estado. A la Procuraduría Agraria. Todos nos dijeron que los documentos eran válidos. Que si queríamos impugnarlos teníamos que ir a un juzgado agrario en Xalapa. —Hizo una pausa—. El juzgado está a cuatro horas de aquí. Ninguno de nosotros tiene dinero para un abogado ni tiempo para dejar el campo cuatro horas.

—¿Y Ernestina llegó a través del ejido?

—Ella nos buscó. Vino varias veces. Nos escuchó. Nos fotografió. Nos dijo que iba a documentar todo para que quedara escrito. —El viejo hizo una pausa y su voz cambió ligeramente—. Era buena muchacha. Ojalá le hubiera dicho que no viniera ese último día.

—¿Usted sabe que ella entró al predio esa madrugada?

—Lo supe después. Yo le había dicho dónde estaba la vereda porque me lo pidió y porque confiaba en ella. No pensé que vendría sola y de noche.

—No tiene usted ninguna culpa de lo que pasó, Crescencio.

El viejo no respondió. Siguió caminando.

Llegaron al sector norte cuando el sol acababa de salir. Era una extensión de terreno más o menos plana, con vegetación de monte bajo que alguien había talado parcialmente y que había vuelto a crecer de manera irregular, como suele ocurrir cuando la tierra que se altera no se vuelve a trabajar de manera consistente. Gabriel vio de inmediato lo que Ernestina había fotografiado: varios puntos donde el suelo tenía una textura diferente al resto, una densidad y un color ligeramente distintos que para un ojo no entrenado podrían pasar

desapercibidos pero que para las mujeres del colectivo, que llevaban meses aprendiendo a leer el suelo, eran señales inequívocas.

Refugio se acuclilló junto al primer punto y lo examinó en silencio. Luego se levantó y miró a las demás con una expresión que Gabriel había aprendido a descifrar en los días que llevaba con el colectivo: no era certeza, todavía no, pero era algo muy cercano a ella.

—Aquí —dijo simplemente.

Trabajaron durante tres horas con la metodología que el colectivo había desarrollado en meses de práctica: lenta, documentada, preservando cada hallazgo antes de continuar. Gabriel fotografiaba mientras las mujeres trabajaban. Adelina estaba de pie a unos metros, inmóvil, con los brazos cruzados, mirando.

Fue en el segundo punto donde encontraron la mochila. O lo que quedaba de ella: la estructura de tela azul marino parcialmente descompuesta, con los cuadernos adentro convertidos en una masa de papel compacto que todavía conservaba fragmentos legibles, y la correa derecha con la costura reforzada que Adelina había descrito exactamente.

Nadie dijo nada cuando Refugio la sacó con cuidado y la puso sobre la lona que habían extendido para preservar la evidencia. No había nada que decir que los hechos no estuvieran diciendo con una contundencia que hacía el lenguaje innecesario y casi ofensivo.

Adelina se acercó. Se arrodilló junto a la mochila. La miró durante un tiempo largo sin tocarla, con las manos sobre las rodillas, con la postura de quien sabe que lo que está viendo es la confirmación de algo que su cuerpo sabía desde hace meses y que su mente había resistido aceptar con la terquedad de las madres que todavía tienen esperanza aunque ya no tengan razones para tenerla.

—Es suya —dijo finalmente, en voz muy baja.

—Sí —dijo Refugio, igual de bajo.

Continuaron trabajando. En el tercer punto, que estaba a unos veinte metros del segundo, encontraron lo que confirmó todo lo demás y que Gabriel no va a describir aquí con más detalle del necesario porque hay cosas que merecen respeto y el respeto a veces consiste en no detallar. Lo que encontraron en el tercer punto fue suficiente para que Refugio dijera con voz firme que había que llamar a las autoridades ahora mismo, que había que documentar la posición exacta con el GPS, que nadie debía tocar nada más, y que alguien tenía que quedarse con Adelina.

Gabriel se quedó con Adelina. Se sentó a su lado en la tierra, sin decir nada, porque no había nada que decir. Adelina no lloraba. Miraba el horizonte con esa expresión que Gabriel ya conocía y que había aprendido a leer correctamente: no era serenidad ni era derrota. Era la cara de quien ha terminado de procesar algo definitivo y ha decidido, en ese mismo momento, qué va a hacer con ello.

Después de un tiempo que ninguno de los dos midió, Adelina habló sin apartar la vista del horizonte.

—Ernestina encontró lo que no quería encontrar —dijo—. Y los que lo pusieron ahí sabían que lo había encontrado. Por eso la callaron.

—Sí —dijo Gabriel.

—¿Tiene suficiente para publicar?

—Tengo suficiente para iniciar. Necesito más para que sea inatacable.

—¿Cuánto más?

—El nombre. El nombre completo, firmado, documentado.

Adelina asintió lentamente.

—Entonces consígalo —dijo—. Porque Ernestina no merece haber muerto para que todo siga igual.

Era la segunda vez que Gabriel escuchaba esa frase. La primera vez se la había dicho la misma Adelina, meses antes, en circunstancias distintas. Pero esta vez tenía un peso diferente, el peso de quien la dice desde el otro lado de algo irreversible, desde un lugar donde ya no hay dudas ni esperanzas sino solo la determinación limpia y terrible de quien ha perdido lo más importante y ha decidido que esa pérdida va a significar algo aunque tenga que construir ese significado con sus propias manos.

A lo lejos, en la vereda de acceso, se escuchó el sonido de los vehículos que Refugio había llamado. Gabriel miró el reloj. Eran las once y veinte de la mañana de un miércoles de febrero. El sol de Veracruz caía vertical y sin piedad sobre el predio, sobre la lona con la evidencia, sobre las mujeres que documentaban con sus cámaras y sus GPS, sobre la tierra que guardaba lo que guardaba. Gabriel pensó que a dos kilómetros ochocientos metros de donde estaban había una caseta de la policía estatal. Pensó que esa distancia iba a ser parte de la historia. Pensó que iba a asegurarse de que todo el mundo lo supiera.

Esa tarde, mientras las autoridades acordonaban el predio y los peritos iniciaban su trabajo, Gabriel se apartó a un costado del camino y llamó a Ramírez.

—Encontramos a Ernestina —dijo.

Un silencio al otro lado de la línea.

—¿Cómo está la madre?

—De pie. No sé cómo, pero de pie.

—¿Y tú?

—Trabajando. —Hizo una pausa—. Rodrigo Salmerón Vidal, Ramírez. Ese es el nombre. Necesito que el área legal esté lista porque en cuanto tenga el último eslabón publicamos.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Una semana. Tal vez dos.

—Las tienes. —Otra pausa—. Gabriel.

—¿Qué?

—Lo que encontraron hoy no puede desaparecer en un cajón. Asegúrate de que la evidencia quede en manos que no dependan del gobierno estatal.

—Ya lo estoy gestionando.

—Bien. Cuídate.

Gabriel colgó y miró hacia donde estaba Adelina, sentada en el borde de la camioneta de Refugio, con una taza de café que alguien le había puesto en las manos y que ella sostenía entre las dos palmas sin beber, exactamente como Ernestina sostenía el suyo todas las mañanas en la cocina de Xalapa. Gabriel pensó que ese gesto que había aprendido a conocer en la hija lo estaba viendo ahora en la madre y que probablemente siempre había sido de la madre, transmitido sin palabras a lo largo de los años como se transmiten las cosas que no se enseñan sino que se heredan. Pensó que iba a escribir la mejor historia de su vida. Y pensó que ojalá no hubiera tenido que existir una razón para escribirla.

CAPÍTULO 6

Gabriel publica

Ciudad de México. Marzo.

Gabriel pasó doce días encerrado en la redacción de El Observador Independiente escribiendo el artículo más importante de su carrera. No porque los anteriores no hubieran importado, sino porque este tenía algo que los otros no habían tenido nunca en la misma medida: una mujer de mediana edad con una pancarta y una mochila azul con costura reforzada que seguía siendo de alguien aunque ese alguien ya no estuviera para reclamarla.

Ramírez entró a su cubículo el tercer día con una taza de café y la expresión de quien viene a verificar el estado de algo sin querer interferir con su funcionamiento.

—¿Cómo va?

—Va —dijo Gabriel, sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Cuántas fuentes tienes documentadas?

—Diecisiete. Once con nombre, seis en reserva. Registros públicos, contratos, actas de asamblea ejidal, la resolución de cambio de uso de suelo, los cuadernos de Ernestina, el informe pericial provisional, la ubicación GPS de su último movimiento y la declaración de Daniela Suárez.

Ramírez asintió lentamente, mirando la pantalla por encima del hombro de Gabriel.

—¿Y el nombre?

—En el tercer párrafo.

—¿Firmado y documentado?

—Con tres fuentes independientes y dos documentos públicos que lo vinculan directamente a la empresa. No es especulación, Ramírez. Es evidencia.

El editor leyó en silencio durante un minuto. Luego se enderezó y tomó su café.

—Voy a necesitar que el área legal lo revise antes de que toquemos el botón.

—Ya lo saben. Mañana se los mando.

—¿Y tú cómo estás?

Gabriel se recostó en la silla y miró el techo un momento antes de responder.

—Bien. Cansado. Con la sensación de que esto tiene que salir exacto porque si sale con un error van a usar ese error para enterrar todo lo demás.

—Esa sensación es buena. Significa que lo estás tomando en serio.

—Siempre lo tomo en serio.

—Sí —dijo Ramírez—, pero esta vez se te nota diferente.

Gabriel no respondió porque Ramírez tenía razón y ambos lo sabían y decirlo en voz alta no iba a cambiar nada ni mejorar el artículo.

Lo que Gabriel había construido en esos doce días era una historia en cuatro capas que se sostenían mutuamente con la solidez de una estructura calculada para resistir el tipo de presión que iba a recibir en cuanto se publicara. La primera capa era Ernestina: su trabajo, sus cuadernos, lo que documentó, la razón por la que eso la convirtió en un problema. La segunda era la empresa: Desarrollos Integrales del Golfo, su constitución, sus contratos con el gobierno estatal, las tierras ejidales transferidas sin consentimiento de los propietarios legítimos. La tercera era la conexión: el representante legal de la empresa que figuraba simultáneamente como asesor externo de la Secretaría de Gobierno, los dos socios minoritarios con historial de contratos en la administración de Salmerón Vidal, y el tercer documento que Gabriel había conseguido en la última semana a través de una fuente dentro del Registro Público: un poder notarial que vinculaba directamente al gobernador con decisiones clave de la empresa a través de un tercero de su confianza. La cuarta capa era la más pesada y la más necesaria: la fosa, la mochila, la distancia de dos kilómetros ochocientos metros entre el hallazgo y la caseta de policía, y la nota al margen del expediente que decía instrucciones de arriba: no mover.

El artículo se llamaba: El gobernador, la empresa y la fosa. Ernestina Monterrosas sabía demasiado.

El área legal lo revisó durante dos días. Hicieron cuatro observaciones menores sobre la atribución de dos fuentes y ninguna objeción sustantiva sobre el fondo. Gabriel incorporó las correcciones, hizo una última lectura en voz alta, que era su método para detectar lo que el ojo cansado ya no veía, y a las once de la noche del último martes de marzo le mandó a Ramírez el texto definitivo con un mensaje de tres palabras: listo para publicar.

Ramírez respondió a los cinco minutos: mañana a las seis.

Gabriel durmió cuatro horas. A las cinco y media estaba en la redacción. A las seis en punto Ramírez presionó publicar desde su computadora, con Gabriel a su lado, y los dos miraron en silencio cómo el artículo aparecía en la portada digital del periódico con el titular en negro sobre fondo blanco y la fotografía que Daniela Suárez había autorizado usar: Ernestina Monterrosas en campo, con su

mochila azul, mirando a la cámara con esa expresión suya que combinaba la determinación y la alegría de quien hace exactamente lo que eligió hacer.

—Ya está —dijo Ramírez.

—Ya está —dijo Gabriel.

Ninguno de los dos dijo nada más. No había nada que agregar a lo que acababa de ocurrir.

A las siete de la mañana el artículo tenía doce mil lecturas. A las nueve, cuarenta y ocho mil. A las once, cuando Gabriel salió a comprar algo de comer porque no había desayunado, su teléfono no había parado de sonar desde las ocho: colegas de otros medios, corresponsales internacionales, tres organizaciones de derechos humanos, un diputado federal de oposición que quería declarar sobre el caso, y dos números desconocidos que no contestó porque los números desconocidos en casos como este tienen un rango de posibilidades que va desde la fuente valiosa hasta la amenaza directa y prefería no averiguarlo en la calle.

Cuando volvió a la redacción, Ramírez lo esperaba con cara de quien tiene noticias que no son todas del mismo signo.

—Buenas y malas —dijo el editor.

—Buenas primero.

—El artículo está siendo reproducido por siete medios internacionales. La Fiscalía General de la República emitió un comunicado diciendo que va a atraer el caso dado su posible vinculación con funcionarios estatales. Y Adelina Monterrosas acaba de dar una declaración en su puerta de casa que está circulando en todas partes.

—¿Qué dijo?

—Que Ernestina no murió para que todo siguiera igual. Y que no va a parar hasta que los responsables estén frente a un juez.

Gabriel asintió. Eso era exactamente lo que Adelina diría. Era exactamente lo que Adelina era.

—¿Y las malas?

Ramírez le pasó su teléfono. En la pantalla había una captura de pantalla de un portal de noticias afín al gobierno estatal: un artículo publicado hacía dos horas con el titular Gabriel Cardenal: el periodista que fabrica noticias para desestabilizar gobiernos legítimos. Debajo, una historia construida con medias verdades y atribuciones falsas que intentaba cuestionar su trayectoria, sus fuentes y sus motivaciones, sugiriendo vínculos con grupos de oposición política que Gabriel nunca había tenido.

Lo leyó completo sin cambiar la expresión.

—¿Cuántas lecturas tiene? —preguntó.

—Cuatro mil. El tuyo tiene doscientas veinte mil.

—Entonces no es un problema todavía.

—No todavía. Pero van a escalar. Van a presionar a nuestros anunciantes. Ya recibimos una llamada de una empresa que dice que está reconsiderando su contrato publicitario.

—¿Qué empresa?

Ramírez dijo el nombre. Gabriel lo reconoció de inmediato: era una empresa con contratos vigentes con el gobierno del estado de Veracruz.

—Qué conveniente —dijo.

—Sí. —Ramírez lo miró—. ¿Tienes todo respaldado en lugares que no dependan de nosotros?

—Tres copias. Una con un abogado de confianza, una con la Comisión Nacional de Derechos Humanos y una en un servidor fuera del país.

—Bien pensado.

A media tarde Gabriel recibió el mensaje que llevaba esperando desde la mañana. Llegó de un número desconocido, como había supuesto, pero su contenido no dejaba dudas sobre su origen. Era una fotografía. Su hija saliendo de su escuela, tomada desde un ángulo que implicaba que quien la tomó había estado ahí esperando. Sin texto. Sin amenaza explícita. Solo la fotografía, que era en sí misma la amenaza más elocuente que existe: te estamos viendo y sabemos dónde están los que te importan.

Gabriel miró la imagen durante un minuto largo. Luego hizo tres cosas en el siguiente orden: llamó a su exesposa y le dijo con calma que por razones de trabajo iba a ser conveniente que Sofía no fuera a la escuela los próximos días y que si era posible se quedara unos días con sus abuelos en Querétaro. Su exesposa, que lo conocía bien y sabía reconocer el tono que usaba cuando las cosas eran serias, no preguntó detalles y dijo que lo arreglaría esa misma tarde. Luego reenviación la fotografía a Ramírez, a su abogado y a un contacto en la Fiscalía General de la República con una nota que decía: recibido hoy a las 15:47, primer mensaje de este número, solicito que quede registrado como parte del expediente. Y luego abrió su computadora y empezó a escribir el artículo de seguimiento, porque la contraofensiva de Salmerón Vidal era en sí misma parte de la historia y la historia no había terminado con el primer artículo sino que apenas estaba empezando.

Ramírez pasó por su cubículo a las siete de la tarde y lo encontró escribiendo.

—¿No vas a ir a casa?

—En un rato.

—Gabriel. Recibiste una amenaza.

—La registré y la denuncié. Ahora estoy trabajando.

—No tienes que demostrarle nada a nadie.

—No es eso —dijo Gabriel, sin apartar los ojos de la pantalla—. Es que si paro ahora, ellos ganan. Y si ellos ganan, Ernestina Monterrosas murió para que todo siguiera igual. Y eso no lo voy a permitir.

Ramírez se quedó en la puerta del cubículo un momento, mirándolo con la expresión de quien reconoce en otro una forma de obstinación que no tiene caso combatir porque tiene más fuerza que cualquier argumento razonable.

—Está bien —dijo finalmente—. Pero a las nueve te vas. Y mañana me cuentas cómo está Sofía.

—A las nueve me voy —dijo Gabriel.

Eran las nueve y cuarto cuando por fin apagó la computadora y se puso el abrigo. Antes de salir miró la pantalla apagada un momento y pensó en Adelina Monterrosas en la puerta de su casa diciendo que Ernestina no había muerto para que todo siguiera igual. Pensó en las doscientas veinte mil lecturas. Pensó en el diputado federal, en los medios internacionales, en la Fiscalía General que había emitido un comunicado. Pensó que el silencio que Salmerón Vidal había comprado con cinco palabras en el margen de un expediente acababa de volverse el silencio más caro de su carrera política. Y pensó que todavía faltaba lo más importante: que ese costo se convirtiera en consecuencias reales, medibles, irreversibles. Que la historia no terminara en doscientas veinte mil lecturas sino en algo que Ernestina Monterrosas, si hubiera podido leerlo desde donde estuviera, habría reconocido como lo que ella había buscado toda su corta vida: que las cosas que pasan queden escritas. Que no sea solo el silencio de los que se fueron y el olvido de los que se quedaron.

Salió a la calle. La Ciudad de México a las nueve de la noche tenía el ruido y la indiferencia de siempre, los mismos coches, las mismas luces, las mismas personas que caminaban con la velocidad de quien tiene un destino definido y no mira a los lados. Gabriel caminó dos cuadras hasta el estacionamiento donde había dejado su coche y durante esas dos cuadras nadie lo miró, nadie lo reconoció, nadie supo que era el hombre que esa mañana había publicado algo que en este momento estaba siendo leído en cuatro continentes y que había puesto a un gobernador mexicano en una posición de la que iba a ser muy difícil salir sin dejar plumas.

Eso era exactamente lo que le gustaba de su trabajo. No la visibilidad, que era incómoda y a veces peligrosa, sino ese momento específico en que la información correcta, construida con el método correcto y publicada en el momento correcto, cambiaba el peso de las cosas. Antes del artículo, Rodrigo Salmerón Vidal era un gobernador con problemas manejables. Después del artículo, era un hombre con un expediente que la Fiscalía General había decidido atraer, con doscientas veinte mil personas que sabían su nombre asociado a una empresa, una fosa y una trabajadora social de veintisiete años que había documentado su despojo y había pagado por esa documentación con su vida.

Eso no se deshacía con un artículo en un portal afín ni con la presión sobre un anunciante ni con una fotografía amenazante enviada desde un número desconocido. Eso era ya parte del registro. Y el registro, como Ernestina Monterrosas había entendido antes que nadie, era lo más difícil de destruir.

Llegó al coche, entró, encendió el motor y se quedó un momento sin moverse. Sacó el teléfono y le mandó un mensaje a Adelina: publicamos. Doscientas veinte mil lecturas. La FGR va a atraer el caso. ¿Cómo está usted?

La respuesta llegó en menos de un minuto, con la velocidad de alguien que llevaba horas con el teléfono en la mano esperando saber: Aquí. De pie. Gracias, Gabriel. Ernestina estaría contenta.

Gabriel miró ese mensaje un momento. Luego puso el teléfono en el asiento del copiloto, metió la marcha y salió del estacionamiento hacia las calles iluminadas de la ciudad. Pensó que mañana había mucho trabajo por delante. Pensó que eso estaba bien. El trabajo era lo que tenía y lo que sabía hacer. Y mientras hubiera trabajo, la historia seguía.

CAPÍTULO 7

México Justo nace de una pregunta

Ciudad de México. Abril.

La reunión fue en un departamento del colonia Condesa que pertenecía a una abogada constitucionalista llamada Fernanda Leal, que tenía cuarenta años, dos estantes enteros de libros de derecho internacional y la costumbre de servir café sin preguntar porque en su experiencia la gente que necesita hablar de cosas serias siempre necesita café y es una pérdida de tiempo preguntar. Había convocado a quince personas a través de Gabriel, que a su vez las había convocado a través de tres canales distintos con la discreción de quien sabe que ciertas reuniones funcionan mejor cuando no tienen nombre oficial hasta que la propia reunión decide dárselo.

Llegaron a lo largo de media hora, con la puntualidad relativa de personas que vienen de lugares distintos y tienen vidas que no se detienen porque haya una reunión importante. Un médico especialista en salud pública que había firmado un artículo sobre el impacto de la violencia en comunidades rurales de Veracruz. Una economista del Tecnológico de Monterrey que llevaba años estudiando el costo fiscal del crimen organizado. Un ingeniero de sistemas jubilado que había trabajado en infraestructura de seguridad para dos gobiernos estatales y había renunciado al segundo porque lo que le pedían hacer había dejado de parecerle aceptable. Dos académicos de la UNAM, uno de derecho penal y otro de ciencias políticas. Una periodista de radio que cubría seguridad desde hacía doce años y que conocía a Gabriel de una investigación anterior en la que habían colaborado sin pisarse. Un exfuncionario de la Secretaría de Gobernación que había salido de su cargo tres años atrás sin escándalo pero también sin explicación pública, lo cual en el ecosistema político mexicano podía significar cosas muy distintas y en su caso significaba que había decidido que ya no podía seguir firmando cosas que no podía defender en voz alta. Y entre todos ellos, llegando la última, Adelina Monterrosas, que Gabriel había invitado sin estar completamente seguro de que fuera buena idea y que cuando entró al departamento con su ropa sencilla y su expresión de quien ha decidido que el duelo puede esperar, hizo que la

conversación del cuarto cambiara de registro de una manera que nadie habría podido explicar pero todos sintieron.

Fernanda Leal abrió la reunión con la directness que la caracterizaba.

—Están aquí porque el artículo de Gabriel tocó algo que todos sentíamos pero que nadie había articulado con suficiente evidencia para que fuera imposible ignorar. La pregunta es qué hacemos con eso. No en términos de aplaudir el periodismo, que ya lo aplaudimos, sino en términos concretos y propositivos. ¿Qué sigue?

Hubo un silencio breve que no era vacío sino denso, el silencio de quince personas procesando una pregunta que suena simple y no lo es.

—Lo obvio es exigir que la Fiscalía General actúe sobre lo que ya tiene —dijo el académico de derecho penal.

—La Fiscalía General ya dijo que va a atraer el caso —respondió la periodista de radio—. Eso no es novedad. La pregunta es si va a llegar a algo o si en seis meses estamos en la misma reunión hablando de por qué no llegó a nada.

—El problema no es solo este caso —dijo la economista—. El problema es el sistema que hace posible este caso. Salmerón Vidal no es una anomalía. Es el producto natural de un sistema penitenciario que no disuade, de una justicia que no castiga y de una estructura de impunidad tan consolidada que los actores ya ni siquiera se molestan en ocultarla del todo.

—Lo que encontramos en ese predio —dijo Gabriel, desde una silla en la esquina donde había elegido sentarse con el cuaderno abierto pero sin escribir todavía— tenía a dos kilómetros ochocientos metros una caseta de la policía estatal. No se ocultó bien porque no se necesitaba ocultar bien. La impunidad estaba garantizada estructuralmente.

—¿Y qué proponen? —preguntó el ingeniero de sistemas, con la voz directa de quien prefiere los problemas concretos a los diagnósticos circulares—. Porque hasta ahora todo lo que hemos dicho es que el sistema está mal. Eso ya lo sabemos. La pregunta que me hice cuando recibí la invitación de Gabriel es si esta reunión va a producir algo más que otro diagnóstico bien articulado que no lee nadie.

Se hizo un silencio diferente al anterior. Más incómodo. Fernanda Leal miró al ingeniero con una expresión que no era molestia sino reconocimiento.

—¿Tienes algo concreto en mente?

—Tengo una pregunta —dijo él—. Si las cárceles son parte del problema, y todos aquí parecemos estar de acuerdo en que lo son, ¿cómo debería ser una cárcel que fuera parte de la solución? No en términos filosóficos. En términos de ingeniería, de operación, de costo y de resultado medible.

El cuarto procesó esa pregunta en silencio. El médico de salud pública se inclinó hacia adelante.

—Eso es exactamente lo que hay que preguntarse. Porque la conversación pública sobre cárceles en México oscila entre dos extremos igualmente inútiles: el

que dice que los presos necesitan más derechos y talleres de carpintería, y el que dice que los presos merecen sufrir sin más especificación. Ninguno de los dos está pensando en lo que realmente funciona.

—¿Y qué funciona? —preguntó la periodista.

—Lo que funciona en cualquier sistema complejo —dijo el médico—: diseño. No intenciones, no discursos, no protocolos que nadie cumple. Diseño. Un sistema donde el resultado correcto sea el resultado más probable no porque la gente sea buena sino porque la estructura lo hace difícil de otro modo.

—Eso existe —dijo el ingeniero—. Hay modelos en otros países. No perfectos, pero funcionalmente superiores a lo que tenemos. El problema es que nadie los ha traducido al contexto mexicano con el rigor necesario para que sean propuesta política real y no solo referencia académica.

—Ese podría ser el trabajo —dijo Fernanda Leal, con la voz de quien acaba de ver la forma de algo que todavía no tiene nombre—. No solo denunciar lo que no funciona. Proponer concretamente lo que debería funcionar. Con números, con diseño, con argumento jurídico, con respuesta anticipada a las objeciones.

—Una propuesta que no pueda ser ignorada por ser vaga —dijo la economista—. Que sea tan específica y tan sólida que ignorarla requiera un esfuerzo activo y documentable.

—Y que tenga cara —dijo Gabriel—. Que no sea solo un documento técnico firmado por especialistas. Que tenga la cara de las personas a quienes le importa porque les ha costado algo.

Todos miraron a Adelina, que había estado escuchando durante dos horas sin decir nada, con el café entre las dos manos y una expresión de atención absoluta que no era pasividad sino el resultado de alguien que escucha con todo el cuerpo porque sabe que lo que se está diciendo importa y no quiere perderse ninguna parte.

Adelina los miró uno por uno antes de hablar.

—Ernestina documentó el despojo de doce comunidades —dijo, con una voz quieta que llenó el cuarto de una manera que no correspondía a su volumen—. Lo documentó porque creía que si algo queda escrito, algo queda. Que no puede ser como si no hubiera pasado. —Hizo una pausa—. Ustedes son personas que saben cosas que yo no sé. Derecho, economía, ingeniería, medicina. Yo solo soy una madre que perdió a su hija. Pero si lo que ustedes van a hacer sirve para que Ernestina no haya muerto para que todo siga igual, entonces hagan lo que tengan que hacer y cuenten con que yo voy a estar aquí para lo que necesiten.

Nadie respondió de inmediato. No porque no hubiera qué decir sino porque algunas cosas se dicen mejor con silencio que con palabras, y ese era uno de esos momentos.

Fue el exfuncionario de Gobernación el que habló primero, con la voz de quien ha pasado años dentro del sistema y sabe exactamente dónde están sus costuras.

—Si vamos a hacer una propuesta de reforma penitenciaria seria, necesita tener tres cosas. Primera: diagnóstico irrebatible, con datos que no puedan ser

cuestionados. Segunda: propuesta técnica específica, con diseño, costo y cronograma. Tercera: argumento jurídico que demuestre que es compatible con la Constitución y con los estándares internacionales de derechos humanos. Si falta cualquiera de las tres, les van a dar en la cabeza con lo que falte.

—¿Y la parte política? —preguntó el académico de ciencias políticas—. Porque una propuesta técnicamente perfecta que no tiene ruta de implementación política es un documento académico muy bien escrito guardado en un cajón.

—La parte política es el trabajo de todos —dijo Fernanda Leal—. Construir la presión suficiente para que ignorar la propuesta tenga un costo mayor que atenderla. Eso no se hace con un comunicado. Se hace con tiempo, con consistencia y con la capacidad de hacer que la propuesta llegue a donde tiene que llegar a través de los canales que tienen que usarse.

—¿Y cómo se llama esto? —preguntó el ingeniero, mirando al cuarto.

Hubo un momento de pausa colectiva. Varias propuestas circularon en voz baja entre subgrupos, algunas demasiado largas, algunas demasiado técnicas, una que alguien descartó porque ya existía una organización con ese nombre y no era una organización de la que convenía que los confundieran. Fernanda Leal tomó un marcador y escribió dos palabras en el bloc de papel que tenía sobre la mesa. Las mostró al cuarto sin decir nada.

México Justo.

No México perfecto. No México ideal. México justo, que era exactamente lo que ningún gobierno había prometido en serio y lo que todos los ciudadanos merecían sin condiciones.

El cuarto asintió, no con entusiasmo de eslogan sino con el reconocimiento tranquilo de quien encuentra la palabra correcta y la reconoce como correcta precisamente porque no promete demasiado sino exactamente lo necesario.

—México Justo —dijo Adelina, probando el nombre en voz alta.

—¿Le parece bien? —preguntó Fernanda.

—Me parece honesto —dijo Adelina—. Y honesto es suficiente.

Salieron del departamento dos horas después con una lista de compromisos repartidos según las capacidades de cada quien, una fecha para la siguiente reunión y el nombre de algo que todavía no tenía estructura ni estatutos ni presupuesto pero que tenía algo más difícil de conseguir que todo eso: una razón que ninguno de los presentes podía ignorar sin dejar de ser quien decía ser.

Gabriel bajó las escaleras del edificio junto a Adelina. En la calle la noche de abril tenía el frío suave que tiene la Ciudad de México cuando la temporada de calor todavía no ha decidido del todo quedarse.

—¿Cómo se siente? —le preguntó Gabriel.

Adelina pensó antes de responder, con esa pausa suya que no era duda sino respeto por la pregunta.

—Me siento útil —dijo—. Hace mucho tiempo que no me sentía útil. Solo enojada y triste. Útil es mejor.

—Ernestina estaría de acuerdo.

—Sí —dijo Adelina—. Ernestina siempre prefirió hacer a lamentarse. Era su gran virtud y su gran defecto, dependiendo del día.

Gabriel sonrió. Era la primera vez que la escuchaba hablar de Ernestina con algo que no era solo dolor, y eso le pareció una señal de algo que no supo nombrar exactamente pero que reconoció como importante.

Se despidieron en la esquina. Adelina tomó un taxi de regreso al hotel donde se hospedaba durante su estancia en la ciudad. Gabriel caminó las ocho cuadras hasta su departamento con el cuaderno bajo el brazo y la sensación de que algo había comenzado esa noche que todavía no sabía bien qué forma iba a tomar pero que tenía, de alguna manera, la solidez de las cosas que empiezan en el lugar correcto y por la razón correcta.

Esa noche, antes de dormir, Gabriel abrió el cuaderno y escribió los nombres de las quince personas que habían estado en ese cuarto. Los escribió no como fuentes sino como lo que eran: personas que habían decidido que saber no era suficiente y que hacer era lo que seguía. Personas que tenían profesiones distintas, historias distintas y formas distintas de entender el mundo, pero que esa noche habían llegado al mismo lugar a través de caminos diferentes y habían encontrado que el lugar al que llegaban tenía un nombre que cabía en dos palabras.

Pensó en todos los grupos que había visto formarse a lo largo de veinte años de periodismo. La mayoría se disolvían en la primera dificultad o en la segunda reunión, cuando la energía inicial chocaba con la complejidad real de hacer algo concreto en un país que tiene una capacidad histórica probada para convertir las buenas intenciones en frustración institucionalizada. Pero había excepciones. Había grupos que encontraban una razón lo suficientemente grande para que la dificultad no fuera una razón para parar sino una razón para continuar. Y esa razón, cuando existía de verdad, solía tener cara. Solía tener una historia específica detrás. Solía ser el caso de alguien que puso la evidencia donde todos pudieran verla antes de que la callaran.

Cerró el cuaderno. Apagó la lámpara. Y pensó, antes de quedarse dormido, que Ernestina Monterrosas había pasado meses documentando lo que nadie quería que quedara documentado porque creía que si algo queda escrito, algo queda. Que las cosas que pasan no pueden ser como si no hubieran pasado. Que el silencio de los que se van y el olvido de los que se quedan no son la única posibilidad.

Esa noche, en un departamento de la Condesa donde todavía olía a café, quince personas habían decidido que Ernestina tenía razón.

CAPÍTULO 8

La propuesta que México necesita

Ciudad de México, Guadalajara, Monterrey. Mayo — junio.

México Justo tardó tres semanas en tener una sede, un reglamento interno y un método de trabajo. Tardó tres días en tener una agenda. La diferencia entre esos dos plazos decía algo sobre el tipo de organización que era: no una estructura burocrática que necesitaba consolidarse antes de producir, sino un grupo de personas con capacidades específicas que sabían exactamente qué tenían que hacer y habían decidido hacerlo sin esperar a que los papeles estuvieran en orden.

El ingeniero de sistemas, que se llamaba Roberto Andrade y que resultó tener además de su experiencia en infraestructura gubernamental una capacidad poco común para organizar problemas complejos en componentes manejables, propuso en la segunda reunión dividir el trabajo en tres mesas paralelas que operarían simultáneamente y convergirían en un documento único al cabo de seis semanas. La primera mesa, técnica, estaría a cargo del diseño del modelo penitenciario: arquitectura, tecnología, operación, costos. La segunda, jurídica, analizaría la compatibilidad del modelo con la Constitución mexicana y con los estándares internacionales de derechos humanos. La tercera, política, trabajaría la estrategia de presentación, los aliados potenciales y la ruta de implementación legislativa.

—¿Seis semanas es suficiente? —preguntó el académico de derecho penal, con el escepticismo razonable de quien ha participado en demasiados procesos colectivos que subestiman el tiempo real que las cosas requieren.

—No para tener el documento perfecto —respondió Andrade—. Sí para tener un documento lo suficientemente sólido para presentarlo públicamente y someterlo a debate. La perfección es enemiga de lo útil, y lo útil en este momento es tener algo concreto en las manos antes de que el impacto del artículo de Gabriel se enfríe.

—El impacto no se ha enfriado —dijo Gabriel, desde su lugar habitual en la esquina—. Esta semana tuve cuatro solicitudes de entrevista de medios internacionales y dos llamadas de diputados federales que quieren ser vistos junto a algo que tenga nombre y propuesta. La ventana está abierta, pero las ventanas se cierran.

—Entonces seis semanas —dijo Fernanda Leal, con la voz de quien acaba de tomar una decisión ejecutiva que no admite revisión—. Empezamos mañana.

La mesa técnica fue la que trabajó con más intensidad y la que produjo los debates más ásperos, que en ese contexto era exactamente la señal de que las personas correctas estaban haciendo las preguntas correctas. Roberto Andrade coordinó las sesiones con la paciencia metódica de un ingeniero que ha aprendido que los problemas de diseño no se resuelven con inspiración sino con iteración: proponer, criticar, corregir, proponer de nuevo hasta que la propuesta resista las críticas más razonables que pueden hacérsele.

El modelo que fue tomando forma a lo largo de esas semanas era el de un Centro de Confinamiento de Máxima Eficiencia: una infraestructura penitenciaria diseñada no para gestionar criminales sino para neutralizarlos. La distinción no era semántica. Gestionar implicaba convivir con las consecuencias del modelo

actual: el autogobierno, las comunicaciones ilícitas, la jerarquía criminal que se reproduce dentro de los muros con presupuesto público. Neutralizar implicaba eliminar por diseño las condiciones que hacían posibles esas consecuencias.

—El principio central —explicó Andrade en la cuarta sesión de la mesa técnica, con un diagrama extendido sobre la mesa— es lo que yo llamo arquitectura de imposibilidad. No confiamos en la voluntad de los actores. Confiamos en el diseño. Si el diseño hace algo estructuralmente imposible, ese algo no ocurre independientemente de la voluntad de nadie.

—¿Como qué? —preguntó la economista.

—Como comunicarse con el exterior sin autorización. Si el blindaje electromagnético del bloque de celdas impide que cualquier señal entre o salga, no hay teléfono ilícito que funcione. No porque los custodios lo revisen mejor sino porque la física no lo permite. No hay voluntad que superar. Hay un muro electromagnético.

—¿Y eso es tecnológicamente viable?

—Es tecnología que se usa en instalaciones militares y en laboratorios de alta seguridad desde hace décadas. No es ciencia ficción. Es ingeniería aplicada a un contexto nuevo.

El médico de salud pública, que participaba en esa mesa además de en la jurídica por razones que pronto se hicieron evidentes, intervino con la pregunta que Gabriel sabía que iba a llegar antes o después.

—¿Y el aislamiento individual? Porque si el modelo implica que los internos no tienen contacto entre sí, estamos hablando de condiciones que los estándares internacionales califican como potencialmente lesivas para la salud mental.

—Correcto —dijo Andrade, sin esquivar—. Y por eso el diseño incluye un componente de monitoreo médico y psicológico permanente, actividad física obligatoria calibrada médicamente y estímulo cognitivo regulado a través de la terminal digital de cada módulo. El aislamiento no es abandono. Es control del entorno sin convivencia que permita la organización criminal.

—¿Y esa distinción la sostiene ante las Reglas Nelson Mandela?

—La mesa jurídica está trabajando exactamente en eso —dijo Fernanda Leal, desde la puerta donde había llegado a escuchar los últimos diez minutos—. Y la respuesta preliminar es que sí, con condiciones. El aislamiento con fundamento legal expreso, revisión periódica, atención médica garantizada y supervisión externa independiente no viola los estándares internacionales. El aislamiento arbitrario, indefinido y sin control sí los viola. La diferencia está en el diseño institucional que lo rodea.

Los foros públicos comenzaron en la quinta semana, antes de que el documento estuviera terminado, porque Fernanda Leal argumentó con éxito que esperar al documento perfecto era un error estratégico: los foros servirían tanto para presentar la propuesta como para recibir objeciones que fortalecerían el documento final.

El primero fue en la Facultad de Derecho de la UNAM. Asistieron doscientas personas, la mitad estudiantes y la otra mitad un mix de académicos, periodistas, funcionarios que no habían anunciado su asistencia y ciudadanos que habían visto el evento en redes sociales y habían decidido venir sin saber exactamente qué esperar. Fernanda presentó el marco jurídico. Andrade presentó el diseño técnico. La economista presentó el análisis de costo-beneficio, que fue el momento que produjo el primer silencio verdaderamente impactado del foro: el período de recuperación social de la inversión era inferior a diez años, que era menos que la sentencia promedio de los delincuentes de alto perfil que el modelo estaba diseñado para contener.

—¿Diez años? —preguntó un estudiante desde el fondo del auditorio, con el tono de quien no está seguro de haber escuchado bien.

—Menos de diez —dijo la economista—. Y eso sin contabilizar los beneficios indirectos: las extorsiones que no ocurren, las órdenes de muerte que no se transmiten, las redes criminales que se desarticulan porque sus cabezas ya no pueden operar desde el encierro. Si se contabilizan esos beneficios, el período se reduce a entre cinco y siete años.

—¿Y el costo inicial?

—Once mil setecientos millones de pesos para cinco mil plazas. Que suena a mucho hasta que se compara con lo que México gasta anualmente en consecuencias de la impunidad que ese sistema haría imposible.

Las objeciones llegaron, como era previsible, desde dos ángulos opuestos. Desde la izquierda del auditorio, una mujer con credencial de una organización de derechos humanos levantó la mano con la expresión de quien viene preparada para una discusión.

—El modelo que describen es severísimo. Aislamiento individual, trabajo obligatorio, vigilancia permanente. ¿Cómo diferencian eso de la tortura institucionalizada?

Fernanda respondió sin dudar.

—Lo diferenciamos exactamente como la ley internacional lo diferencia: por la presencia o ausencia de tres elementos. Primero, fundamento legal expreso con criterios tasados de ingreso. No cualquier recluso entra al CCME, solo los de alta peligrosidad documentada, y esa clasificación es revisable judicialmente. Segundo, garantías mínimas irrenunciables: atención médica, psicológica, comunicación legal confidencial, mecanismos de queja accesibles y supervisión externa independiente. Tercero, proporcionalidad y revisión periódica. El modelo no es castigo arbitrario. Es consecuencia proporcional administrada por el Estado bajo control jurídico.

—¿Y el trabajo obligatorio?

—Regulado. Con condiciones seguras certificadas, registro de horas, remuneración trazable distribuida entre contribución al sostenimiento del centro, reparación del daño a las víctimas y fondo de reinserción condicionado para el egreso. No es explotación. Es disciplina productiva con finalidad legítima.

Desde la derecha del auditorio, un hombre de mediana edad con traje que Gabriel identificó por su foto como un exfuncionario de seguridad estatal levantó la mano con menos agresividad pero con una pregunta igualmente incómoda.

—El modelo asume que la tecnología es incorruptible. Pero la tecnología la instalan personas, la mantienen personas y la administran personas. ¿Cómo garantizan que la corrupción no migra simplemente al proceso de construcción y mantenimiento?

Andrade asintió con la expresión de quien esperaba esa pregunta y la considera legítima.

—No lo garantizamos con fe en la honestidad de los actores. Lo garantizamos con diseño institucional: licitación por paquetes auditables con especificaciones públicas y verificables, auditorías técnicas independientes durante y después de la construcción, trazabilidad de precios, transferencia tecnológica contractual que impide la captura por un solo proveedor, y sanciones severas con consecuencias penales para la manipulación de sistemas críticos. La corrupción siempre buscará grietas. El diseño consiste en hacer esas grietas lo más pequeñas posible y lo más visibles posible cuando aparecen.

Adelina habló en ese foro sin estar en el programa. Cuando la sesión de preguntas terminó y Fernanda anunció el cierre, ella levantó la mano desde la tercera fila donde había estado sentada en silencio durante dos horas.

—¿Puedo decir algo?

Fernanda la miró y asintió sin vacilar.

Adelina se puso de pie. No tenía micrófono y no lo pidió. Habló con la voz que tenía, que era suficiente para llenar el auditorio de una manera que no dependía del volumen sino de la calidad de lo que había detrás.

—Mi nombre es Adelina Monterrosas. Mi hija Ernestina tenía veintisiete años cuando la desaparecieron porque documentaba el despojo de comunidades indígenas en Veracruz. La encontramos en una fosa a dos kilómetros ochocientos metros de una caseta de la policía estatal. —Hizo una pausa—. Estoy aquí porque creo que lo que acaban de presentar es lo que México necesita. No porque sea perfecto. Sino porque lo que tenemos ahora es un sistema donde los que hacen daño viven mejor dentro de una cárcel que muchos ciudadanos honrados fuera de ella. Y eso no es justicia. Es una burla que pagamos todos con nuestros impuestos y con nuestros muertos.

El auditorio estaba completamente en silencio.

—No les pido que estén de acuerdo con todo lo que propone México Justo. Les pido que piensen. Que cuando vayan a votar, piensen. Que recuerden que detrás de cada propuesta de seguridad hay personas reales que la necesitan de verdad. Y que el voto es lo único que nadie nos puede quitar si nos negamos a venderlo.

Se sentó. El aplauso que siguió no fue el aplauso educado de los auditorios académicos sino algo más parecido al reconocimiento de quienes han escuchado algo verdadero dicho sin adorno.

Gabriel lo anotó todo en su cuaderno. No para publicarlo todavía, sino para que quedara escrito. Para que si un día alguien quería saber qué pasó en ese auditorio de la Facultad de Derecho de la UNAM un martes de mayo, existiera algo. Que no fuera solo el silencio de los que se fueron y el olvido de los que se quedaron.

Ernestina habría estado de acuerdo con ese método. Siempre lo había estado.

El segundo foro fue en Guadalajara, en el auditorio de una universidad privada que había ofrecido el espacio a través de un contacto académico de Fernanda. Asistieron menos personas que en la UNAM pero el perfil era distinto: más empresarios, más funcionarios municipales, más personas del sector salud que habían llegado por el médico de la mesa técnica y que escuchaban la propuesta con el interés específico de quien reconoce en un problema de diseño institucional algo que no es ajeno a su propia experiencia profesional.

El tercero fue en Monterrey, en un espacio que organizó la periodista de radio con sus propios contactos en el noreste, una región donde la presencia del crimen organizado y su capacidad de operar desde los centros de reclusión no era materia de debate sino de experiencia cotidiana. Ahí las preguntas fueron más directas y más urgentes, con menos filosofía y más demanda de especificidad: cuándo, cómo, quién, con qué presupuesto y bajo qué garantías de que esto no terminaría siendo otro proyecto capturado por los mismos intereses que había prometido combatir.

Andrade respondió esas preguntas con la misma honestidad con que había respondido las del auditorio de la UNAM: sin prometer lo que no podía garantizarse y sin suavizar lo que era difícil. El modelo no era una solución mágica. Era una propuesta de ingeniería aplicada a un problema de diseño institucional, con sus costos, sus riesgos identificados y sus estrategias de mitigación. El riesgo cero no existía en ningún sistema complejo. Lo que sí podía existir era un sistema significativamente mejor que el actual, con mecanismos de corrección incorporados y transparencia suficiente para que los fallos fueran visibles y corregibles.

—¿Y si el gobierno de turno lo usa para meter a opositores políticos? —preguntó alguien en Monterrey, con la directness norteña que no suaviza las preguntas incómodas.

—Ese riesgo existe y es el más crítico del modelo —respondió Fernanda—. La mitigación no puede ser la confianza en la buena voluntad del gobierno. Tiene que estar en la ley: criterios de ingreso taxativamente definidos, vinculados a delitos específicos de alta peligrosidad, con revisión judicial periódica y supervisión de un organismo independiente que no dependa del Ejecutivo. Si alguien intenta usar el CCME para un opositor político, tiene que haber un juez que lo impida y un mecanismo que lo haga visible. Eso no es garantía absoluta. Pero es mucho mejor que lo que existe ahora, donde el abuso ocurre sin ningún mecanismo de corrección visible.

Al terminar el tercer foro, México Justo tenía algo que no había tenido al principio de las seis semanas: no solo una propuesta sino una comunidad. Personas en tres

ciudades que habían escuchado, preguntado, objetado y en muchos casos decidido que la propuesta merecía apoyo, difusión o al menos una discusión seria que no había existido antes. La propuesta técnica seguía siendo perfectible. Pero había dejado de ser un documento interno para convertirse en algo que circulaba, que generaba conversación, que obligaba a los que se oponían a articular sus razones en lugar de simplemente ignorarla.

Gabriel lo observó todo desde sus cuadernos y sus grabaciones y sus notas al margen, con la satisfacción contenida del periodista que ve una historia desarrollarse en tiempo real y sabe que lo que está viendo va a importar, aunque todavía no sepa exactamente de qué forma ni cuándo.

Lo que sí sabía era que Adelina Monterrosas, en cada uno de esos tres foros, había dicho lo mismo con palabras distintas y había producido el mismo efecto: el silencio específico de los auditorios que han escuchado algo verdadero. Y que ese silencio era la materia prima de todo lo que vendría después.

CAPÍTULO 9

El gobernador y sus instrumentos

Xalapa, Ciudad de México. Julio.

Rodrigo Salmerón Vidal no era un hombre que perdiera la compostura. Había aprendido desde joven, en la mesa familiar donde su padre y su abuelo habían discutido política con la naturalidad de quien discute el clima, que el poder no se ejerce con estridencia sino con quietud. Que el que grita ha perdido ya la mitad de la batalla. Que la furia visible es un lujo que solo se permiten los que no tienen instrumentos, y él siempre había tenido instrumentos.

Leyó el artículo de Gabriel Cardenal el mismo jueves en que se publicó, a las siete de la mañana, en su despacho del Palacio de Gobierno, con el café que su asistente traía puntualmente a esa hora y con la expresión controlada de quien lee algo desagradable sin permitir que lo desagradable se refleje en la cara. Lo leyó dos veces. Luego llamó a su secretario particular.

—Quiero a Bernal aquí en una hora.

Bernal era el operador. No tenía cargo oficial en la administración estatal porque los operadores útiles nunca tienen cargos oficiales que los hagan rastreables. Tenía cuarenta y dos años, una empresa de consultoría con tres empleados fantasma y la capacidad probada de resolver problemas del tipo que no se menciona en los comunicados de prensa. Llegó en cuarenta minutos, que era su forma de demostrar puntualidad sin someterse al horario del que lo convocaba.

—¿Lo leíste? —preguntó Salmerón, sin saludarlo, señalando la pantalla donde el artículo seguía abierto.

—Anoche, cuando salió —dijo Bernal, sentándose sin que se lo ofrecieran, lo cual era su prerrogativa establecida en una relación de quince años—. Ya estoy trabajando en ello.

—¿Qué tan malo es?

Bernal consideró la pregunta con la honestidad pragmática que lo hacía útil.

—La evidencia documental es sólida. El poder notarial es el problema mayor porque es público y verificable. Lo demás se puede cuestionar metodológicamente. Eso no.

—¿Soluciones?

—Tres frentes simultáneos. Primero, desacreditar al periodista. Tengo material de una investigación suya de hace seis años donde hubo una fuente que después se retractó. No es suficiente para destruirlo pero es suficiente para crear ruido sobre su credibilidad.

—¿Cuánto ruido?

—El suficiente para que los que quieren no creerle tengan algo a qué aferrarse.

—¿Y los que sí le creen?

—Esos no van a cambiar de opinión con ruido. Para esos hay que trabajar el segundo frente: neutralizar a México Justo antes de que gane más tracción. Son quince personas, la mayoría sin experiencia política real. Se pueden presionar los vínculos institucionales de algunos, ofrecer participación en mesas de diálogo oficiales que los entretengan sin que produzcan nada, y en casos específicos explorar si hay intereses personales que los hagan reconsiderar su participación.

—¿Y la madre?

Bernal hizo una pausa breve.

—La madre es el problema más difícil. No tiene intereses que presionar, no tiene vínculos institucionales que amenazar y su historia es completamente verificable. Atacarla directamente produce el efecto contrario. Lo que se puede hacer es construir una narrativa paralela que la presente como instrumento de grupos políticos de oposición, sin atacarla a ella sino cuestionando quién la financia y quién se beneficia de su visibilidad.

—¿Es verdad que alguien la financia?

—No que yo sepa. Pero la verdad en este contexto es menos relevante que la percepción.

Salmerón se levantó y fue a la ventana. Xalapa tenía esa mañana la neblina baja que la ciudad usaba como disfraz cuando no quería ser vista con claridad. Pensó que había gestionado problemas mayores que este en veinte años de política y que todos habían terminado resolviéndose con la combinación correcta de tiempo, distracción y presión en los puntos adecuados.

—El tercer frente —dijo, sin voltear.

—La Fiscalía General de la República. Ya tengo contactos que pueden ralentizar el proceso de atracción del caso sin bloquearlo abiertamente, porque bloquearlo abiertamente en este momento generaría más atención. El objetivo es que el caso entre en el laberinto procesal normal y salga del ciclo de noticias antes de que produzca algo irreversible.

—¿Tiempo?

—Si los tres frentes funcionan en paralelo, entre tres y seis meses el tema habrá perdido suficiente momentum para ser manejable. La gente tiene memoria corta cuando no hay nada que se la refresque.

—Gabriel Cardenal va a refrescarla.

—Gabriel Cardenal va a tener sus propios problemas pronto —dijo Bernal, con la voz plana de quien describe algo que ya está en proceso.

Salmerón lo miró.

—Nada que produzca un mártir —dijo, con un tono que no era súplica sino instrucción.

—Entendido. Presión, no daño. Eso siempre ha sido el límite.

—Que siga siéndolo.

Bernal se fue. Salmerón volvió a su escritorio, cerró la pantalla donde el artículo seguía abierto y abrió la agenda del día. Tenía siete compromisos antes del mediodía, todos ellos con la normalidad de una administración que funciona con independencia de los ciclos de noticias. Eso era también un instrumento: la demostración pública de que el gobierno no se paraliza ante las denuncias de un periodista, que los servicios siguen, que la gobernanza continúa. La normalidad como mensaje.

Lo que Salmerón no calculó con suficiente precisión fue la velocidad a la que México Justo estaba construyendo algo que sus instrumentos habituales no sabían neutralizar: no una organización política con intereses presionables sino una red de personas competentes con una propuesta concreta y la historia de Ernestina Monterrosas como razón irrefutable.

Gabriel se enteró de la contraofensiva por tres canales distintos en el mismo día, lo cual le confirmó que estaba bien coordinada y que Bernal, a quien no conocía por nombre pero cuya existencia había sospechado desde que recibió la primera presión sobre el anunciante, sabía lo que hacía.

El primero fue una llamada de Ramírez a las diez de la mañana.

—Perdimos a dos anunciantes más. Ambos con contratos vigentes con el gobierno de Veracruz. Y recibí una llamada del presidente del consejo de administración del periódico preguntando si el caso Monterrosas era una investigación periodística legítima o una operación política.

—¿Qué le dijiste?

—Que tenemos diecisiete fuentes documentadas, once con nombre, y que si el consejo quiere revisar el expediente de verificación está disponible para quien lo solicite formalmente. —Una pausa—. Pero Gabriel, si sigue la presión sobre los anunciantes, vamos a tener una conversación difícil con el consejo en las próximas semanas.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Depende de cuántos anunciantes más perdamos. En el peor escenario, un mes.

—En un mes tengo el segundo artículo listo.

—Que sea bueno.

—Va a ser mejor que el primero.

El segundo canal fue la periodista de radio de México Justo, que le mandó un mensaje con una captura de pantalla de un portal digital afín al gobierno estatal: un artículo que cuestionaba el financiamiento de México Justo, insinuando vínculos con fundaciones extranjeras y partidos de oposición, sin ninguna evidencia concreta pero con la suficiente vaguedad para que fuera difícil refutarlo punto por punto sin darle más visibilidad de la que merecía.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó ella en el mensaje.

Gabriel respondió: publicamos nuestras fuentes de financiamiento completas, que son cero porque nadie ha aportado un peso todavía, y seguimos trabajando. La transparencia es la única defensa que no tiene costo de credibilidad.

El tercero fue Fernanda Leal, que lo llamó a media tarde con la voz de quien ha tenido una conversación incómoda y está procesando sus implicaciones.

—Recibí una invitación del subsecretario de Gobernación para participar en una mesa de trabajo sobre reforma penitenciaria. Con carácter de urgente y con la sugerencia de que México Justo podría tener representación institucional en el proceso si mostraba disposición al diálogo.

—¿Qué respondiste?

—Que lo consultaría con el grupo. Pero quería tu opinión primero.

—Mi opinión es que esa mesa existe para dos cosas: vigilar de cerca lo que estamos haciendo y crear la apariencia de que el gobierno ya está atendiendo el tema, lo cual reduce la presión pública sobre la propuesta. No para implementar nada.

—Lo mismo pensé yo.

—¿Qué quiere el grupo?

—Está dividido. El exfuncionario de Gobernación dice que hay que ir porque rechazar el diálogo se puede usar en contra nuestra. El académico de derecho penal dice que ir es legitimar un proceso que no tiene intención real. Andrade dice que depende de las condiciones.

—¿Y tú?

Fernanda hizo una pausa.

—Creo que se puede ir una vez, con condiciones públicas y explícitas: agenda transparente, actas publicables y sin compromiso de silencio sobre ningún tema. Si aceptan esas condiciones, vamos y documentamos todo. Si no las aceptan, el rechazo es en sí mismo información.

—Eso es exactamente correcto —dijo Gabriel.

—¿Se lo dices tú al grupo o lo digo yo?

—Dilo tú. Es tu idea y es buena. No necesita mi voz para serlo.

Esa tarde Gabriel escribió tres páginas en su cuaderno documentando cada movimiento de la contraofensiva: las fechas, los canales, los actores identificados

y los que todavía eran suposición razonable. No para publicarlo todavía sino porque sabía que la contraofensiva era parte de la historia y que la historia necesitaba estar documentada con la misma precisión que el crimen original. Porque si algo le había enseñado veinte años de periodismo era que los poderosos no solo cometen delitos: también cometen el error de combatir las consecuencias de esos delitos con métodos que en sí mismos son otra historia.

Adelina lo llamó esa noche desde Xalapa.

—Me dijeron que están tratando de presentarme como instrumento de la oposición —dijo, con la voz tranquila de quien ha escuchado algo absurdo y ha decidido tratarlo como lo que es.

—Sí —dijo Gabriel—. Es parte de su estrategia. ¿Cómo está usted?

—Bien. Enojada, pero bien. ¿Sabe qué es lo más ridículo?

—¿Qué?

—Que yo nunca he votado por ningún partido de oposición en mi vida. Siempre voté por los que ganaban porque pensaba que votar por el que gana era lo más práctico. Ahora resulta que soy instrumento de la oposición. —Hizo una pausa con un sonido que podría haber sido una risa muy pequeña—. Ernestina siempre me dijo que el voto no era para votar por el que gana. Era para votar por el que merece ganar. Tardé en entenderlo.

—¿Y ahora lo entiende?

—Ahora lo entiendo perfectamente —dijo Adelina—. Lástima que me costó lo que me costó entenderlo.

Gabriel no respondió de inmediato. Pensó en la mochila azul con la costura reforzada. Pensó en la nota al margen de cinco palabras. Pensó en Bernal, que probablemente en ese momento estaba en algún lugar de la Ciudad de México coordinando el siguiente movimiento de una contraofensiva que estaba funcionando en algunos frentes y fallando en el más importante: en el de convencer a cualquiera de que Adelina Monterrosas era otra cosa que lo que era.

—Siga así, señora —dijo finalmente—. Exactamente así.

—No sé hacerlo de otra manera —dijo Adelina. Y colgó.

Al día siguiente México Justo publicó en todas sus plataformas un documento de dos páginas: un estado de cuentas completo que mostraba que la organización operaba exclusivamente con el tiempo voluntario de sus integrantes, sin ningún financiamiento externo, con gastos mínimos cubiertos de manera proporcional entre los miembros y con una lista pública de todo el material producido hasta la fecha. Era la respuesta más eficaz posible a la insinuación del portal afín al gobernador: no una refutación retórica sino una transparencia tan completa que intentar refutarla habría requerido inventar evidencia, que era exactamente el tipo de movimiento que Bernal, con toda su experiencia, sabía que producía más daño que beneficio.

Fernanda informó al grupo que había respondido a la invitación del subsecretario de Gobernación con las tres condiciones: agenda transparente, actas publicables

y sin compromiso de silencio. La respuesta llegó dos días después: el subsecretario lamentaba que las condiciones propuestas no eran compatibles con el carácter reservado de los procesos de consulta institucional. La mesa quedaba aplazada para una fecha a determinar.

—Rechazaron las condiciones —le dijo Fernanda a Gabriel por teléfono.

—Como era de esperarse.

—¿Lo publicamos?

—Sí. No como denuncia. Como información. El gobierno fue invitado a un diálogo con condiciones de transparencia mínimas y declinó. Eso es un hecho verificable y el público tiene derecho a saberlo.

El artículo de Gabriel sobre el rechazo del gobierno a las condiciones de México Justo tuvo ciento cuarenta mil lecturas en las primeras doce horas, que eran menos que el artículo original sobre la fosa pero más que cualquier seguimiento que hubiera publicado hasta entonces. El patrón que estaba emergiendo era claro: cada movimiento de la contraofensiva de Salmerón Vidal generaba más atención sobre el caso, no menos. Era el problema clásico del poderoso que combate la visibilidad con métodos que producen más visibilidad, y Bernal, que era inteligente, debía saberlo. Que lo siguiera haciendo de esa manera sugería que las alternativas disponibles eran peores o que la presión interna del gobernador sobre su operador era mayor que la que el operador podía resistir con método.

Gabriel lo anotó en su cuaderno como una observación que todavía no sabía cómo usar pero que tenía el peso específico de las cosas que importan aunque no se sepa todavía por qué.

Andrade llamó esa semana con algo que no esperaban.

—Tengo tres municipios que quieren hablar con nosotros. Presidentes municipales que leyeron la propuesta del CCME y quieren explorar versiones adaptadas para centros de detención municipal. No es lo mismo que el modelo completo, pero es la primera vez que un actor de gobierno nos busca a nosotros en lugar de al revés.

—¿De qué estados? —preguntó Gabriel.

—Dos de Jalisco y uno de Nuevo León.

—¿Sin vínculo con Veracruz?

—Ninguno.

Gabriel pensó en eso un momento. Tres presidentes municipales de estados donde el nombre de Salmerón Vidal no tenía el peso necesario para frenar una conversación. Tres conversaciones que podían convertirse en tres precedentes. Tres precedentes que podían convertirse en argumento político: el modelo no solo es viable en teoría, ya hay actores de gobierno que lo están explorando en la práctica.

—Diles que sí —dijo.

—Ya les dije que sí —respondió Andrade, con la ecuanimidad de quien tomó la decisión correcta antes de consultarla porque sabía que era correcta—. Solo te avisaba.

Gabriel sonrió. Pensó que México Justo, que tres meses atrás era quince personas en un departamento de la Condesa con café y una pizarra en blanco, se estaba convirtiendo en algo que Salmerón Vidal y su operador no habían calculado en ninguno de sus tres frentes: en una propuesta que crecía precisamente porque los que debían ignorarla habían decidido combatirla, y combatirla le daba la visibilidad que de otro modo habría tardado meses en conseguir.

Eso también era un instrumento. Solo que no era el de Bernal.

CAPÍTULO 10

Adelina habla

Ciudad de México. Agosto.

El foro nacional de México Justo se organizó en seis semanas con la eficiencia de personas que no tienen tiempo que desperdiciar y la creatividad de quienes no tienen presupuesto que gastar. Fernanda consiguió el auditorio a través de un rector universitario que había leído la propuesta del CCME y había decidido que su institución quería estar del lado correcto de esa conversación. La periodista de radio consiguió la transmisión en vivo a través de tres plataformas digitales con las que tenía relación de trabajo. Andrade coordinó la logística con la precisión de quien ha organizado cosas más complicadas con menos recursos. Y Gabriel escribió la convocatoria, que circuló primero en sus redes y desde ahí se multiplicó de una manera que ninguno de ellos habría podido predecir con exactitud pero que todos esperaban con la esperanza cautelosa de quien ha aprendido que esperar demasiado produce decepción y esperar demasiado poco produce sorpresas que no se saben aprovechar.

El programa del foro tenía cuatro horas de contenido: presentaciones técnicas de cada mesa de trabajo de México Justo, un panel de debate con especialistas invitados que incluía voces críticas de la propuesta porque Fernanda había insistido en que un foro sin objeciones reales era propaganda y no debate, y al final, sin estar en el programa oficial, el testimonio de Adelina Monterrosas.

La decisión de no incluirla en el programa fue de Adelina misma, que lo propuso en la última reunión preparatoria con una lógica que nadie pudo rebatir.

—Si estoy en el programa, la gente sabe que voy a hablar y se prepara para escucharme. Prefiero que no lo sepan. Que lo que diga llegue sin que nadie haya decidido de antemano cómo recibirlo.

—¿Y si el moderador no te da la palabra? —preguntó la periodista.

—Se la pido —dijo Adelina, con la sencillez de quien no ve el problema—. Nadie le ha negado la palabra a una madre buscadora todavía. Al menos no en público.

El auditorio tenía cuatrocientos asientos y estaba lleno cuando comenzó el foro, con personas de pie en los laterales y una cifra de conexiones en línea que el

técnico de transmisión fue actualizando en un chat interno durante las cuatro horas y que al final del evento superaba las ochenta mil conexiones simultáneas, una cifra que ninguno de ellos había proyectado y que la periodista de radio miró con una expresión que mezclaba la satisfacción profesional y el vértigo de quien entiende que lo que está ocurriendo ya superó el tamaño que habían planeado.

Las presentaciones técnicas fueron sólidas y, en algunos momentos, sorprendentemente absorbentes para un auditorio que no era necesariamente especializado. Andrade tenía el don de los ingenieros que han aprendido a comunicar: explicaba el diseño del CCME con analogías que hacían visible lo que de otra manera sería abstracto, comparando el blindaje electromagnético con la caja de seguridad de un banco, el aislamiento individual con la cuarentena médica, la automatización operativa con los sistemas de control de una planta nuclear. No eran analogías perfectas pero eran suficientemente exactas para que la audiencia entendiera el principio sin necesitar los detalles técnicos.

La economista presentó los números con la claridad de quien sabe que los números bien explicados son el argumento más difícil de rebatir. Ciento ochenta mil pesos por interno al año en el sistema actual. Setenta y cinco mil en el CCME. Seiscientos cincuenta millones de ahorro anual para cinco mil internos. Período de recuperación inferior a diez años. Vida útil de la infraestructura: cuatro décadas.

—¿Quiere decir que la cárcel se paga sola? —preguntó alguien desde el público durante la sesión de preguntas.

—Quiere decir que la inversión inicial se recupera en menos tiempo del que duran las sentencias de los internos que la poblarían —respondió ella—. Y eso sin contar los beneficios sociales que no aparecen en ningún presupuesto pero sí en las vidas de las personas: las extorsiones que no ocurren, los negocios que no cierran por miedo, los jóvenes que no son reclutados porque la cabeza de la organización ya no puede reclutar desde el encierro.

El panel de debate fue el momento más tenso del foro, que era exactamente para lo que había sido diseñado. Una académica especialista en derecho penitenciario internacional cuestionó la proporcionalidad del aislamiento individual para internos que no habían sido específicamente condenados por delitos de alta peligrosidad. Fernanda respondió con la distinción legal entre la clasificación criminológica post-sentencia y la clasificación penitenciaria de gestión, argumentando que el CCME no era un castigo adicional sino un régimen de administración diferenciada para perfiles que el sistema actual era incapaz de contener sin comprometer la seguridad de todos. El debate fue técnico, preciso y a veces incómodo, que era la señal de que ambas posiciones tenían sustancia suficiente para sostenerse y para presionarse mutuamente sin derrumbarse.

Un periodista de un diario de circulación nacional que había sido invitado al panel preguntó la pregunta que todos en la sala esperaban que alguien preguntara.

—¿Cómo responde México Justo a la acusación del gobierno del estado de Veracruz de que esta organización es un instrumento político de la oposición financiado por intereses extranjeros?

Fernanda sonrió con la calma de quien esperaba esa pregunta desde el primer día.

—Con transparencia. México Justo ha publicado sus cuentas completas desde el primer mes de operación. Cero financiamiento externo. Cero vínculos partidistas. Los integrantes son profesionales independientes que trabajan voluntariamente. Cualquier persona puede verificarlo porque está publicado. Si el gobierno del estado de Veracruz tiene evidencia de lo contrario, le pedimos formalmente que la presente. —Hizo una pausa—. Hasta ahora no la ha presentado porque no existe.

Cuando el panel terminó y el moderador anunció el cierre del foro, Adelina levantó la mano desde la quinta fila donde había estado sentada durante cuatro horas. El moderador la miró. Ella no dijo nada, solo sostuvo la mano levantada con una paciencia que no era pasiva sino activa, la paciencia de quien ha aprendido que esperar con dignidad es también una forma de presión. El moderador miró a Fernanda. Fernanda asintió.

—Hay una persona que quiere decir algo —dijo el moderador—. Por favor.

Adelina se puso de pie. No fue al micrófono del estrado sino que habló desde su lugar, de frente al auditorio, con la voz que tenía, sin amplificación. El auditorio se acomodó en silencio de inmediato, con la disposición específica de cuatrocientas personas que han decidido simultáneamente que lo que viene merece escucharse bien.

—Me llamo Adelina Monterrosas —dijo—. Soy maestra rural retirada de Xalapa, Veracruz. Tenía una hija que se llamaba Ernestina.

Se detuvo un momento. No porque le faltaran las palabras sino porque eligió ese silencio como el espacio donde el auditorio pudiera recibir lo que venía.

—Ernestina tenía veintisiete años. Era trabajadora social. Documentaba el despojo de tierras ejidales en comunidades indígenas del norte de Veracruz. Lo hacía porque creía que si algo queda escrito, algo queda. Que las cosas que pasan no pueden ser como si no hubieran pasado.

Hizo una pausa.

—La desaparecieron un martes de octubre. La encontramos en una fosa cinco meses después. A dos kilómetros ochocientos metros de una caseta de la policía estatal del gobierno del señor Salmerón Vidal.

El auditorio estaba completamente inmóvil.

—No estoy aquí para hablar de mi dolor. Eso es mío y no se los debo a ustedes. Estoy aquí porque Ernestina no merece haber muerto para que todo siga igual. Y porque lo que acaban de escuchar en estas cuatro horas es la primera vez en muchos años que escucho a personas inteligentes y honestas proponer algo concreto en lugar de solo lamentarse de lo que no funciona.

Miró al auditorio, despacio, como si quisiera ver las caras individuales en lugar de la masa colectiva.

—Pero una propuesta sin voluntad política no es más que un documento bien escrito. Y la voluntad política en este país no la generan los técnicos ni los periodistas ni las madres que buscan a sus hijos. La generan los ciudadanos cuando deciden que el voto no es un trámite sino una decisión. Cuando votan pensando, no votando por costumbre o por miedo o porque alguien les pagó el voto con una despensa.

Su voz no subió de volumen en ningún momento. Pero tenía una densidad que llenaba el espacio de una manera que el volumen no habría mejorado.

—Les pregunto algo. A los que están aquí y a los que están viendo esto desde sus casas. ¿Cuántos de ustedes conocen a alguien que ha sido víctima del crimen? ¿Cuántos conocen a alguien que paga piso? ¿Cuántos conocen a alguien que no denuncia porque sabe que denunciar no sirve de nada? ¿Cuántos conocen a alguien que se fue del país porque aquí ya no podía vivir tranquilo?

No pidió que levantaran la mano. No necesitaba la confirmación visible. La pregunta era suficiente.

—Eso que conocen ustedes, eso que todos conocemos, tiene una causa. Y esa causa en parte vive cómodamente en las cárceles mexicanas, donde el Estado mexicano le paga el techo, la comida y la seguridad mientras sigue dando órdenes, extorsionando y reclutando. Eso lo pagamos nosotros. Con nuestros impuestos y con nuestra inseguridad y con nuestros muertos.

Hizo una pausa más larga.

—Yo perdí a Ernestina. Eso no cambia. Pero si lo que ella documentó, y lo que Gabriel publicó, y lo que México Justo propone sirve para que algún otro padre o alguna otra madre no pierda a su hijo de la misma manera, entonces Ernestina no murió para que todo siguiera igual. Y eso es lo único que me importa.

Miró al frente un momento más. Luego se sentó.

El silencio que siguió duró varios segundos. Luego el aplauso comenzó desde la primera fila y se extendió hacia atrás con la velocidad de algo que no necesita coordinarse porque cada persona en el auditorio llegó al mismo momento de manera independiente.

En las plataformas digitales, el chat de la transmisión en vivo se llenó en segundos de mensajes que el técnico de transmisión miraba con los ojos abiertos sin poder leerlos todos. Gabriel, sentado al fondo del auditorio con su cuaderno, escribió tres palabras y las subrayó dos veces: esto es suficiente. No como conclusión de la historia sino como confirmación de algo que había sospechado desde la primera noche que llamó a Adelina Monterrosas: que el argumento más sólido de México Justo no era el diseño técnico del CCME ni el análisis costo-beneficio ni el marco jurídico. Era una mujer de mediana edad de Xalapa que había perdido lo más importante y había decidido que esa pérdida iba a significar algo aunque tuviera que construir ese significado con sus propias manos.

Eso no lo podía neutralizar ningún operador. Eso no cabía en ninguna contraofensiva. Eso era, simplemente, verdadero. Y la verdad, cuando está bien

dicha y bien documentada, tiene una persistencia que los instrumentos del poder raramente logran erosionar del todo.

Salieron del auditorio dos horas después de que terminó el foro, cuando ya habían respondido preguntas, dado entrevistas a tres medios que esperaban en el pasillo y firmado los compromisos logísticos para el evento de seguimiento que alguien había propuesto durante el cóctel informal del cierre y que Fernanda había aceptado con la condición de que se realizara en tres ciudades simultáneamente para no centralizar el movimiento en la capital.

Adelina salió la última, acompañada de Refugio, que había viajado desde Veracruz para estar presente y que había pasado las cuatro horas del foro sentada a su lado en silencio, con esa presencia sólida e incondicional que era su forma de acompañar a las personas que importaban.

Gabriel las alcanzó en la puerta del edificio. La noche de agosto en la Ciudad de México tenía el calor húmedo de la temporada de lluvias, con el cielo cubierto y el olor a tierra mojada que llega cuando la lluvia acaba de pasar y el asfalto todavía la recuerda.

—¿Cómo está? —le preguntó a Adelina.

—Cansada —dijo ella, con honestidad—. Muy cansada. Pero del tipo de cansancio que vale la pena.

—Lo que dijo adentro va a estar en todas partes mañana.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. ¿Cree que sirvió de algo?

Gabriel pensó antes de responder, porque la pregunta merecía más que una respuesta reconfortante.

—Creo que ochenta mil personas escucharon algo verdadero esta noche. Y creo que algunas de ellas van a votar diferente la próxima vez. No todas. Pero algunas. Y en este país, algunas es suficiente para que la diferencia importe.

Adelina asintió lentamente.

—Ernestina decía que si uno solo cambia, valió la pena. Que el cambio no es masivo, es individual y se acumula.

—Era muy sabia para tener veintisiete años.

—Era muy terca para tener veintisiete años —lo corrigió Adelina, con esa sonrisa pequeña y precisa que Gabriel había aprendido a reconocer como la señal de que estaba bien, de que el peso era llevable esa noche—. La sabiduría vino sola después. Así suele llegar.

Se despidieron en la banqueta. Refugio llamó un taxi. Gabriel se quedó parado en la entrada del edificio mirando cómo se alejaba el coche, con su cuaderno bajo el brazo y la certeza tranquila de que lo que había comenzado esa noche en ese auditorio no iba a terminar en ese auditorio. Que el trabajo que seguía era distinto al que había hecho hasta aquí pero no menos necesario. Que documentar, publicar y acompañar no era suficiente si no se convertía en algo que llegara a donde tenía que llegar: a las urnas, a los legisladores, a las personas que tenían el poder de convertir una propuesta bien escrita en ley

vigente y una ley vigente en realidad construida con concreto y con tecnología y con la voluntad de un Estado que finalmente decidiera que la seguridad de sus ciudadanos valía la inversión que requería.

Caminó hacia el estacionamiento pensando en eso. Y pensando también, como pensaba siempre al final de los días que importaban, en Ernestina Monterrosas con su mochila azul y su cuaderno de pasta negra, documentando lo que nadie quería que quedara documentado porque creía que las cosas que pasan no pueden ser como si no hubieran pasado.

Tenía razón. Como tenía razón en la mayoría de las cosas importantes.

CAPÍTULO 11

Lo que el voto puede hacer que la denuncia no pudo

México. Septiembre — octubre.

La campaña ciudadana de México Justo no tenía carteles. No tenía jingles ni espectaculares ni spots en televisión ni ninguno de los instrumentos con que los partidos políticos intentan convencer a la gente de que son diferentes a lo que han demostrado ser durante décadas. Tenía algo más difícil de conseguir y más difícil de ignorar: un documento de diez compromisos concretos redactado en lenguaje que cualquier persona podía entender, una historia que nadie podía desmentir y una mujer que recorría el país con la fotografía de su hija en una pancarta sin pedir dinero ni votos para nadie específico.

El documento se llamaba simplemente Diez compromisos por la seguridad y la justicia. Fernanda lo había redactado en tres versiones: una técnica para especialistas, una ciudadana para el público general y una sintética de una sola página para quien no tuviera tiempo de leer las otras dos. Los diez puntos cubrían el espectro completo de lo que México Justo había identificado como el núcleo del problema: reforma al sistema penitenciario con clasificación diferenciada de internos por peligrosidad, presupuesto específico para infraestructura de máxima seguridad, autonomía real de las fiscalías respecto al poder ejecutivo estatal, mecanismos de protección efectiva para víctimas y testigos, supervisión ciudadana independiente de los centros de reclusión, combate a la corrupción en las cadenas de mando de seguridad pública, reforma a los sistemas de clasificación criminológica, garantías procesales para búsqueda de personas desaparecidas, reparación del daño a víctimas como obligación irrenunciable del Estado, y rendición de cuentas con indicadores públicos y verificables.

Cualquier candidato a cualquier cargo podía firmar esos compromisos públicamente. México Justo no pedía nada más que eso: la firma, pública, con nombre y apellido, en un documento que quedaría registrado y cuyo cumplimiento la organización se comprometía a monitorear y publicar durante los siguientes tres años con la misma meticulosidad con que Gabriel había documentado el caso Ernestina.

—¿Y si firman y luego no cumplen? —preguntó alguien en una de las reuniones donde el documento se presentó a grupos ciudadanos.

—Entonces publicamos que firmaron y no cumplieron —respondió Fernanda—. Con nombre, con fecha de firma, con el compromiso específico que incumplieron y con la evidencia del incumplimiento. En política, la memoria documentada es el instrumento más caro de combatir.

—¿Y si no firman?

—Entonces publicamos que se les presentó el documento y declinaron firmarlo. Eso también es información. Información que el votante puede usar.

La lógica era simple y por eso funcionaba: México Justo no le decía a nadie por quién votar. Le decía a la gente qué preguntar antes de votar y cómo evaluar la respuesta. La diferencia entre ambas cosas era la diferencia entre la propaganda y la ciudadanía.

Gabriel coordinó la difusión mediática de la campaña con la red de contactos que veinte años de periodismo le habían dado en casi todos los estados del país. No publicó en El Observador sobre México Justo porque su relación con la organización había cruzado hacía tiempo el límite entre periodista y participante, y esa honestidad era más valiosa que fingir una neutralidad que ya no existía. Lo que sí hizo fue conectar a los medios regionales con las historias locales que la campaña generaba: el presidente municipal de Jalisco que había firmado el documento y lo había presentado en un acto público, el grupo de empresarios de Monterrey que habían impreso los diez compromisos y los habían distribuido en sus cámaras de comercio, la maestra de secundaria en Oaxaca que había hecho del documento el eje de una unidad didáctica sobre ciudadanía para sus alumnos de tercer año.

Esas historias pequeñas eran el corazón real de la campaña. No el foro nacional con ochenta mil conexiones simultáneas sino la maestra de Oaxaca con treinta adolescentes que aprendían que votar era una decisión que se tomaba con información y no con inercia. No la economista presentando el análisis costo-beneficio ante académicos sino el comerciante de Culiacán que pegó los diez compromisos en la ventana de su negocio junto a un letrero que decía: Aquí sabemos lo que pedimos a nuestros representantes.

Adelina recorrió cuatro estados en cinco semanas. No hacía campaña por ningún partido y lo decía explícitamente en cada evento, antes de que nadie pudiera preguntarlo, porque la acusación de ser instrumento político era el único argumento que la contraofensiva de Salmerón Vidal había logrado hacer circular con alguna efectividad y ella había decidido que la mejor manera de desactivarlo era anticiparse.

—No vengo a decirles por quién votar —decía en cada lugar—. Vengo a pedirles que voten pensando. Que antes de marcar la boleta pregunten qué propone ese candidato en materia de seguridad. Que si no tiene propuesta, eso ya les dice algo. Que si tiene propuesta pero no la firma por escrito, eso también les dice algo. Y que si la firma y no la cumple, que lo recuerden la próxima vez.

En Torreón habló en el patio de una vecindad ante cuarenta personas sentadas en sillas de plástico. En Mérida habló en el salón de una biblioteca municipal ante ciento veinte. En Tijuana habló en el estacionamiento de una iglesia ante

doscientas cincuenta. En cada lugar el tamaño del público era diferente y la esencia de lo que decía era la misma: que el voto era la única libertad que nadie les podía quitar si se negaban a venderlo, y que venderlo no siempre era por dinero. A veces se vendía por miedo, por costumbre, por la convicción equivocada de que todos son iguales y que da lo mismo quién gane. Ese era el voto más barato y el más caro al mismo tiempo: el que no costaba nada y destruía todo.

Marcos, el novio de Ernestina, se unió a la campaña en la tercera semana. No como figura pública sino como voluntario logístico, organizando traslados y coordinando los grupos locales que recibían a Adelina en cada ciudad. Era su manera de estar presente en algo que tenía el nombre de Ernestina sin pronunciarlo en voz alta, y Adelina lo aceptó con la gratitud discreta de quien reconoce en otro una forma de duelo que no es la suya pero es igualmente legítima.

—¿Cómo estás, Marcos? —le preguntó Adelina una tarde entre eventos, mientras esperaban en el aeropuerto de Guadalajara el vuelo de regreso a la Ciudad de México.

—Bien —dijo él, con la honestidad de quien sabe que no es completamente cierto pero que es lo más aproximado que tiene disponible—. Ocupado. Que es lo que necesito estar.

—Lo sé.

—¿Y usted, doña Adelina?

—Lo mismo. Ocupada. —Hizo una pausa—. Ernestina habría odiado que nos quedáramos quietos lamentándonos. Siempre decía que el duelo es necesario pero que el duelo indefinido es un lujo que solo se pueden permitir los que no tienen nada más urgente que hacer.

—¿Y usted cree que esto es urgente?

—Creo que si no lo hacemos nosotros no lo hace nadie —dijo Adelina—. Y eso me parece bastante urgente.

La respuesta de los candidatos al documento de México Justo fue variada y reveladora. Cuarenta y tres candidatos de distintos partidos y distintos niveles de gobierno lo firmaron en las primeras dos semanas, la mayoría de ellos en estados donde México Justo había tenido presencia directa y donde la presión ciudadana sobre el tema de seguridad era suficientemente visible para que ignorar el documento tuviera un costo electoral perceptible. Diecisiete candidatos respondieron con evasivas que en la práctica equivalían a una negativa. Doce no respondieron. Y uno, un diputado federal con aspiraciones de gobernador, escribió una carta pública explicando por qué no firmaba, lo cual era exactamente lo que México Justo necesitaba: una posición argumentada que obligaba a un debate sustantivo en lugar de un silencio que solo requería documentarse.

Fernanda publicó el estado de las firmas cada semana, con nombres, fechas y estado de la respuesta de cada candidato. La actualización semanal se convirtió

en uno de los contenidos más compartidos de las plataformas de México Justo, no porque fuera dramático sino porque era útil: le daba al votante información concreta sobre candidatos concretos en su distrito o su municipio, y esa especificidad local era más accionable que cualquier debate nacional.

Gabriel escribió tres artículos durante ese período, ninguno de ellos sobre México Justo porque su vinculación con la organización lo inhabilitaba para cubrirla con la distancia periodística necesaria. Los tres artículos eran sobre el caso Ernestina Monterrosas y sus derivaciones: la investigación de la Fiscalía General de la República, que avanzaba con la lentitud predecible de los casos políticamente incómodos pero avanzaba; las comunidades del norte de Veracruz que habían recuperado acceso a sus expedientes ejidales gracias a la visibilidad del caso; y el estado del expediente de otros once desaparecidos en el mismo corredor geográfico que el artículo original había mencionado y que desde entonces contaban con representación legal gratuita de organizaciones de derechos humanos que se habían sumado al caso después de la publicación.

El último de esos artículos lo leyó Adelina en el teléfono durante el vuelo de regreso de Tijuana, sentada junto a la ventana con la ciudad iluminada abajo. Cuando terminó de leerlo le mandó un mensaje a Gabriel: los once están mejor porque Ernestina documentó. Eso también era lo que buscaba.

Gabriel respondió con dos palabras: lo sé.

Y era verdad. Lo sabía desde que había leído los cuadernos de Ernestina en la cocina de Adelina, con el café que se reponía solo y la lluvia de Xalapa en los vidrios. Lo había sabido desde que había encontrado en esos cuadernos la misma convicción que Adelina le había transmitido la primera noche: que las cosas que pasan no pueden ser como si no hubieran pasado. Que si algo queda escrito, algo queda.

Ernestina lo había escrito. Gabriel lo había publicado. México Justo lo estaba convirtiendo en propuesta. Y ahora cuarenta y tres candidatos habían firmado un documento que comprometía, al menos sobre el papel, una forma de gobernar que hacía esas cosas menos probables. No imposibles. Menos probables. Y en un país con la historia de México, menos probable era un avance que merecía reconocerse sin por eso confundirse con suficiente.

Suficiente vendría después. Si venía. Mientras tanto, el trabajo seguía.

En la última semana de octubre, cuando la campaña electoral entraba en su recta final y los partidos desplegaban sus últimos recursos con la intensidad desesperada de quien sabe que el tiempo se acaba, México Justo organizó un evento que no había planeado pero que resultó ser el más efectivo de todos: una transmisión en vivo de veinticuatro horas continuas desde distintos puntos del país, con ciudadanos de a pie hablando frente a cámara sobre por qué iban a votar de una manera diferente esta vez.

No fue una producción profesional. Fue exactamente lo contrario: teléfonos celulares, iluminación natural o de lámpara de escritorio, fondos domésticos con libros y plantas y marcos de foto. Personas que hablaban durante tres o cinco minutos y luego cedían el espacio a la siguiente persona en otro estado, con la

continuidad imperfecta de algo que se sostiene por convicción y no por presupuesto.

Habló un taxista de Monterrey que dijo que llevaba doce años sin votar porque todos le habían fallado y que esta vez iba a votar porque había leído los diez compromisos y por primera vez en su vida sabía qué pedirle a un candidato antes de dárselo. Habló una enfermera de turno nocturno de un hospital público en Puebla que grabó su intervención en el estacionamiento del hospital entre un turno y otro, con la bata todavía puesta, diciendo que votaba por sus pacientes que llegaban heridos por la violencia y que merecían un Estado que la combatiera en serio. Habló un estudiante de preparatoria de dieciséis años en Chiapas que no podía votar todavía pero que había convencido a sus padres de ir a las urnas y que quería que quedara registrado que cuando cumpliera dieciocho años iba a votar con los diez compromisos de México Justo en la mano.

Y habló, en la decimoséptima hora de la transmisión, una mujer que Adelina no conocía pero que dijo su nombre al principio: Leticia Fuentes, de Ciudad Juárez, cuyo hijo había desaparecido cuatro años atrás y cuyo expediente llevaba tres años sin moverse en la fiscalía estatal. Dijo que había visto el foro de México Justo en agosto y que por primera vez en cuatro años había sentido que lo que le había pasado a su familia tenía nombre y tenía explicación y tenía una propuesta de solución que no era solo un discurso. Que eso no le devolvía a su hijo. Pero que le devolvía algo que había perdido junto con él: la sensación de que el Estado podía ser otra cosa, si la gente decidía que tenía que serlo.

Adelina vio esa intervención en su teléfono desde la cocina de su casa en Xalapa, a las dos de la mañana, con un café que se había enfriado sin que ella lo notara. Cuando Leticia Fuentes terminó de hablar, Adelina apagó el teléfono y se quedó un momento en silencio mirando la taza de café frío en la mesa. La misma mesa. La misma silla. La taza que ahora siempre lavaba porque había llegado un momento en que lavar la taza había dejado de ser una renuncia y se había convertido simplemente en lo que se hace con las tazas que se usan.

Pensó en Ernestina. Pensó en Leticia Fuentes y en el hijo que no había encontrado todavía. Pensó en el taxista de Monterrey y en la enfermera de Puebla y en el estudiante de dieciséis años de Chiapas. Pensó que el país estaba lleno de personas que querían otra cosa pero que no sabían que había otras personas que también la querían, y que cuando lo descubrían pasaba algo que no era exactamente esperanza pero se le parecía bastante: la certeza de que no estaban solos.

Eso también era lo que Ernestina buscaba cuando documentaba. No el cambio inmediato sino la evidencia de que el cambio era posible porque otras personas también lo veían necesario. La certeza de que las cosas que pasan no tienen que seguir pasando para siempre si suficiente gente decide que no.

Adelina se levantó, lavó la taza, apagó la luz de la cocina y fue a dormir. Mañana era un día de trabajo. El último de campaña antes de la jornada. Y todavía había cosas que hacer.

CAPÍTULO 12

La noche antes

Xalapa, Veracruz. Primer domingo de noviembre.

Adelina no durmió la noche anterior a las elecciones. No por ansiedad, que es una forma de miedo al futuro, sino por algo más parecido a la vigilia: ese estado de presencia total que no es insomnio sino la decisión del cuerpo de estar despierto porque lo que se avecina merece estarlo. Se levantó a las dos de la mañana, fue a la cocina, encendió la luz y se sentó en su silla con un cuaderno que había comprado esa tarde sin saber todavía para qué.

Lo supo cuando lo abrió.

Empezó a escribirle a Ernestina. No una carta con saludo y despedida sino algo más parecido a una conversación a medias, el tipo de conversación que se tiene con los que ya no están cuando uno necesita decir en voz alta las cosas que de otro modo seguirían circulando sin destino en el interior. Era la primera vez que Adelina escribía desde que había comenzado todo. Había hablado en auditorios y en patios y en estudios de radio y frente a cámaras de teléfono celular. Pero escribir era distinto. Escribir era la forma más íntima de procesar las cosas porque nadie más las iba a leer a menos que uno decidiera que sí.

Le contó a Ernestina lo que había pasado desde octubre: los foros, la campaña, los cuarenta y tres candidatos que habían firmado, la transmisión de veinticuatro horas, la mujer de Ciudad Juárez que hablaba de su hijo desaparecido con la misma voz con que ella hablaba de Ernestina. Le contó que Marcos estaba bien, que seguía ocupado, que había encontrado en el trabajo de México Justo una forma de estar presente en algo que tenía su nombre sin pronunciarlo constantemente, y que eso le parecía exactamente la clase de manera sana de procesar el duelo que Ernestina habría aprobado con ese gesto suyo de asentir una vez y no decir nada porque el silencio también puede ser un elogio.

Le contó de Gabriel, que había publicado tres artículos más sobre el caso y que cada semana le mandaba un mensaje con el estado de la investigación de la Fiscalía General como si fuera un parte médico, conciso y sin adornos, porque sabía que ella quería saber y que no quería que le suavizaran la información. Le contó que el gobernador Salmerón Vidal seguía en su despacho pero que su nombre ahora aparecía en conversaciones donde antes nunca aparecía y que eso, aunque no fuera suficiente, era diferente a nada.

Luego le contó algo que no le había contado a nadie más.

Le contó que había días en que el peso de todo lo que había pasado y de todo lo que estaba haciendo se le venía encima de una manera que no era dolor sino algo más difuso e igualmente pesado: la sensación de que era demasiado para una sola persona, de que ella no había elegido este papel sino que le había sido impuesto por algo que no pidió y que no merecía, de que había mañanas en que se levantaba y pensaba que preferiría no tener que seguir siendo la madre de Ernestina en público sino solo serlo en privado, en silencio, en la intimidad de una

cocina con una taza de café y el recuerdo de una risa que llenaba cualquier cuarto.

Pero que luego pensaba en Leticia Fuentes buscando a su hijo en Ciudad Juárez. En Refugio buscando a Rogelio desde hacía dieciséis meses. En las otras mujeres del colectivo con sus mapas y sus coordenadas y su idioma que el Estado no aprende. Y entendía que el peso no era suyo en exclusiva sino que era el peso de todas ellas repartido de manera desigual entre quienes podían cargarlo más y quienes podían cargarlo menos, y que su parte no era más grande de lo que podía llevar si lo llevaba bien.

Escribió en el cuaderno: mañana voto. Voto pensando en ti pero también pensando en todos los que no pueden votar porque ya no están, y en todos los que sí pueden pero no saben que su voto importa, y en todos los que saben que importa pero han decidido que da lo mismo porque todos son iguales. Voto por ellos también, aunque ellos no lo sepan.

Escribió: no sé si va a servir. Nunca se sabe si algo va a servir hasta que pasa suficiente tiempo para verlo desde lejos. Pero sé que no votar no sirve de nada. Y sé que votar sin pensar es casi lo mismo que no votar. Así que voto pensando. Eso es lo que tengo. Eso es lo que hago.

Cerró el cuaderno. Miró el reloj: las tres y cuarto de la madrugada. Encendió la tetera para hacer té porque el café a esa hora no la iba a dejar dormir el rato que todavía podía dormir, y mientras esperaba que hirviera el agua escuchó un ruido en la calle, un coche que pasaba demasiado despacio frente a la casa y que se detuvo un momento antes de seguir. Se quedó inmóvil escuchando durante treinta segundos. Luego el ruido se fue y la calle volvió al silencio de las tres de la madrugada y Adelina decidió que era un coche cualquiera y que el mundo estaba lleno de coches que pasan despacio por razones que no tienen nada que ver con ella.

Pero anotó la hora y el sonido en el cuaderno. Porque había aprendido, en los meses que llevaba haciendo lo que hacía, que documentar no era paranoia. Era método.

A las cuatro de la mañana llegó Gabriel. Tocó tres veces con los nudillos, suave, la señal que habían acordado cuando viajaba a Xalapa para no asustarla con un timbre a deshoras. Adelina abrió la puerta. Él traía una botella de agua y un pan de dulce envuelto en papel encerado de una panadería que cerraba tarde en el centro.

—No podía dormir —dijo él, desde la puerta, sin pedir permiso para entrar porque después de todos esos meses ya no necesitaba pedirlo.

—Yo tampoco —dijo Adelina—. Pase.

Hicieron té. Se sentaron en la cocina con el pan de dulce entre los dos y la tranquilidad de las personas que han compartido suficiente para que el silencio también sea una forma de estar juntos.

—¿Cómo está Sofía? —preguntó Adelina.

—Bien. En Querétaro con sus abuelos todavía. Mañana la voy a ver después de votar.

—¿Extraña a su papá?

—Dice que no. Que sus abuelos le dan más dulces. —Sonrió—. Que es su forma de decir que sí.

—Los hijos son así —dijo Adelina—. Te necesitan pero no siempre saben decirlo en el idioma que uno espera.

—¿Ernestina era así?

—Ernestina me lo decía directo —dijo Adelina, con esa sonrisa pequeña—. Demasiado directo a veces. Pero prefiero eso. Prefiero que te digan las cosas aunque duelan a que las guarden donde tú no las puedas ver.

Gabriel asintió. Pensó en Sofía, que tenía catorce años y la misma tendencia a la distancia estratégica que él mismo había tenido a esa edad y que su madre le decía que era su manera de amar sin mostrarse vulnerable. Pensó que a veces los hijos se parecen a sus padres en las cosas que los padres menos esperan.

—¿Tiene miedo de mañana? —preguntó Adelina, después de un silencio que no era incómodo.

—¿De los resultados?

—De lo que viene después de los resultados.

Gabriel pensó antes de responder.

—Tengo respeto —dijo finalmente—. No exactamente miedo. Respeto por lo difícil que es cambiar algo que lleva décadas funcionando de cierta manera, aunque funcione mal. Los sistemas tienden a reproducirse. La inercia es el enemigo más difícil de combatir porque no tiene cara ni agenda, solo peso.

—¿Y cree que México Justo tiene suficiente fuerza para mover algo tan pesado?

—Creo que México Justo ha hecho en seis meses lo que la mayoría de las organizaciones no hacen en seis años —dijo Gabriel—. Ha construido una propuesta concreta, la ha llevado a tres ciudades simultáneamente, ha conseguido que cuarenta y tres candidatos la firmen, ha generado una conversación que no existía y ha puesto el nombre de Ernestina Monterrosas en el debate público de una manera que no puede ignorarse sin un esfuerzo deliberado. Eso no es poco.

—Pero no es suficiente.

—No todavía. Suficiente vendrá con el tiempo, si seguimos. Si no nos detenemos después de mañana porque los resultados no sean exactamente lo que esperamos.

—¿Y si son peor de lo que esperamos?

—Entonces documentamos por qué fueron peor. Y usamos esa documentación para la siguiente vez. El periodismo y la ciudadanía funcionan igual en ese sentido: la derrota de hoy es la evidencia de mañana si uno sabe registrarla bien.

Adelina lo miró un momento con esa expresión evaluadora que Gabriel había aprendido a respetar porque siempre precedía a algo que valía la pena escuchar.

—¿Sabe qué me dijo Ernestina la última vez que hablamos de política? No la última llamada. Meses antes, en la cocina, un domingo.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que el problema de México no era la corrupción. Que la corrupción era el síntoma. Que el problema era que los ciudadanos habían aprendido a resignarse. Que habían internalizado la idea de que las cosas son así y no pueden ser de otra manera, y que esa convicción era más poderosa que cualquier político corrupto porque la mantenía el propio pueblo sin que nadie tuviera que imponérsela.

—¿Y qué le respondiste?

—Le dije que tenía razón pero que cambiar eso era el trabajo de generaciones, no de una sola persona ni de una sola elección.

—¿Y ella?

—Me dijo que las generaciones empiezan con alguien. Que siempre hay una primera persona que decide que la resignación no es una opción. Y que esa persona no necesita ser perfecta ni heroica. Solo necesita decidir.

Gabriel no respondió. Miró su taza de té y pensó que esa frase era exactamente lo que México Justo había intentado demostrar en seis meses, sin saberlo, sin que nadie la hubiera dicho en esos términos en ningún foro ni en ningún documento. Que el cambio no espera a las condiciones perfectas. Que empieza con alguien que decide.

Se fueron a dormir poco antes de las cinco. Gabriel en el cuarto de huéspedes que Adelina había dejado de llamar cuarto de huéspedes desde la tercera semana que él había pasado en Xalapa porque ya no lo era. Adelina en su cuarto, con el cuaderno en la mesa de noche y la foto de Ernestina en la pared, que había puesto ahí el día que volvió de la fosa porque necesitaba verla en casa, no solo en la pancarta.

Antes de apagar la luz Adelina miró la foto un momento.

—Mañana voto —dijo en voz baja, como si fuera una promesa que había que decir en voz alta aunque no hubiera nadie que la escuchara—. Pensando en ti. Como siempre.

Apagó la luz. Afuera la ciudad de Xalapa dormía con ese silencio de las madrugadas que tiene algo de provisional, como si el mundo estuviera tomando aire antes de lo que viene. Y lo que venía era el día en que miles de personas iban a salir a las urnas con distintas razones y distintas esperanzas y distintos miedos, y algunos de ellos, no todos pero algunos, iban a llevar en el bolsillo un papel con diez compromisos o en la cabeza el nombre de Ernestina Monterrosas o en el pecho algo que no sabían nombrar exactamente pero que se parecía a la decisión de que esto no puede seguir siendo así.

Eso tendría que ser suficiente por ahora.

Y si no era suficiente, sería el punto de partida para lo que seguía.

A las seis de la mañana el teléfono de Adelina sonó. Era un mensaje de Refugio: ya estoy en la casilla. La fila llega hasta la esquina. Nunca había visto tanta gente tan temprano.

Adelina leyó el mensaje sin levantarse todavía, con el teléfono sobre la almohada y la luz del amanecer empezando a filtrarse por las persianas. Pensó en Refugio en la fila, con su chamarra oscura y sus brazos fuertes y su hijo Rogelio todavía sin aparecer. Pensó en todas las personas en todas las filas de todas las casillas del país que esa mañana habían decidido que valía la pena madrugar para ejercer lo único que nadie podía quitarles si se negaban a venderlo.

Le respondió a Refugio con tres palabras: voy en un rato.

Se levantó. Fue al baño. Se vistió con la ropa que había dejado preparada la noche anterior, la misma sencillez de siempre. Fue a la cocina, encendió la cafetera, sacó del cajón el cuaderno donde había escrito de madrugada y lo leyó rápido, de pie, con el café haciéndose.

Era bueno lo que había escrito. No literariamente sino en el sentido de que decía lo que necesitaba decir. Lo cerró y lo dejó en el cajón. No era para que nadie más lo leyera. Era para ella y para Ernestina, y con eso era suficiente.

Tocaron a la puerta. Era Gabriel, ya vestido, con los zapatos puestos y el cuaderno bajo el brazo como siempre.

—¿Lista? —preguntó.

—Lista —dijo Adelina.

Salieron juntos a la calle. El aire de Xalapa a las siete de la mañana tenía el frío suave y húmedo que tiene esa ciudad cuando no ha decidido todavía qué temperatura va a ser el día. Las jacarandas de la banqueta habían perdido casi todas las flores pero conservaban algunas, las últimas, con esa terquedad de las cosas que se niegan a irse del todo antes de que llegue lo que sigue.

Caminaron tres cuadras hasta la casilla. La fila llegaba efectivamente hasta la esquina, con personas de distintas edades y distintos aspectos que esperaban con la paciencia tranquila de quien ha decidido que esta vez sí y que esa decisión no admite prisa pero tampoco admite demora. Adelina y Gabriel se pusieron al final de la fila sin decir nada. Una señora de setenta años que estaba delante de ellos los miró y reconoció a Adelina con la expresión de quien ha visto una cara muchas veces en una pantalla y la encuentra de repente en la realidad.

—Usted es la mamá de la muchacha —dijo, sin más preámbulo.

—Sí —dijo Adelina.

—Yo la vi en el foro. En agosto. —La señora hizo una pausa—. Por eso estoy aquí. Porque usted me recordó que el voto importa.

Adelina la miró un momento. Luego asintió con la sencillez de quien recibe algo que no buscaba y que sin embargo reconoce como exactamente lo que necesitaba.

—Gracias —dijo.

—No —dijo la señora—. Gracias a usted. Y a su hija.

La fila avanzó despacio, con el ritmo paciente de las cosas que no se pueden apresurar porque su valor está precisamente en que requieren tiempo y voluntad y la disposición de quedarse aunque la espera sea larga. Gabriel miraba la fila hacia adelante y hacia atrás con la mirada de quien documenta aunque no tenga el cuaderno abierto, guardando en la memoria lo que la memoria puede guardar de momentos que no se repiten.

Cuando les tocó entrar a la casilla, Adelina tomó su boleta, fue a la mampara, marcó con calma y claridad, dobló el papel y lo depositó en la urna. No dijo nada. No había nada que decir que el acto mismo no estuviera diciendo con más precisión que cualquier palabra.

Salieron a la calle. El sol había salido mientras esperaban en la fila y Xalapa había decidido que ese iba a ser un día claro, de esos que tiene la ciudad cuando el cielo se despeja entre una lluvia y la siguiente y todo brilla con esa intensidad de lo que acaba de ser lavado.

Gabriel sacó el cuaderno y escribió algo. Adelina lo miró.

—¿Qué escribe?

—La hora —dijo él—. Las siete cuarenta y dos. El sol. La señora de setenta años. Usted depositando la boleta. —Hizo una pausa—. Para que quede escrito.

Adelina sonrió. Era la sonrisa completa, la que no aparecía seguido, la que Ernestina debía haber heredado porque era exactamente la clase de sonrisa que Gabriel imaginaba cuando Adelina le describía a su hija llenando cualquier cuarto.

—Ernestina estaría de acuerdo con ese método —dijo.

—Lo sé —dijo Gabriel—. Por eso lo uso.

Caminaron de regreso por las mismas calles, con las últimas jacarandas en las banquetas y el sol de noviembre calentando apenas lo suficiente para que el frío de la mañana cediera sin desaparecer del todo. No hablaron mucho. No hacía falta. Era uno de esos momentos en que las personas que han compartido suficiente pueden estar en silencio sin que el silencio sea vacío, sino exactamente lo contrario: lleno de todo lo que ya se ha dicho y de todo lo que todavía está por decirse cuando llegue el momento de decirlo.

Lo que vendría después nadie lo sabía todavía. Los resultados, el balance, lo que había cambiado y lo que no, lo que seguiría siendo difícil y lo que empezaría a ser diferente. Todo eso pertenecía al futuro y el futuro era exactamente eso: algo que no estaba todavía pero que se construía desde el presente con las decisiones del presente, una a una, comenzando con las más pequeñas y las más concretas.

Como votar a las siete cuarenta y dos de un lunes de noviembre en una casilla de Xalapa, Veracruz, con el sol recién salido y una señora de setenta años en la fila que había venido porque alguien le recordó que el voto importa.

Así empieza. Siempre así.

CAPÍTULO 13

La jornada

México. Noviembre. Día de la elección.

México Justo desplegó observadores en diecisiete estados. No como partido político con representación legal en las casillas sino como ciudadanos que habían decidido que presenciar era también una forma de participar: personas con teléfono celular, cuaderno y la instrucción precisa de documentar sin interferir, registrar sin interpretar, reportar sin editorializar. Andrade había diseñado un protocolo de observación en dos páginas que cualquier persona podía seguir sin entrenamiento previo, porque la complejidad innecesaria era el instrumento con que los sistemas opacos se protegían de la mirada ciudadana y él estaba resuelto a no replicar esa lógica dentro de México Justo.

Fernanda coordinó desde la Ciudad de México con tres teléfonos sobre la mesa y una pantalla dividida en doce ventanas donde llegaban los reportes en tiempo real de los observadores desplegados. No todos los reportes eran alarmantes. La mayoría eran exactamente lo que debían ser: descripciones de casillas que abrían a tiempo, funcionarios que hacían su trabajo, ciudadanos que formaban fila con la paciencia cívica de quien ha decidido que ese tiempo en la banqueta vale lo que vale. Esa normalidad también era información, y Fernanda la documentaba con la misma atención que documentaba los incidentes, porque la narrativa de que las elecciones en México son inevitablemente fraudulentas era tan paralizante como la negación de que existieran irregularidades reales, y ninguna de las dos actitudes servía al ciudadano que necesitaba saber qué era verdad.

Los incidentes llegaron también, porque en un país del tamaño y la complejidad de México los incidentes son parte de cualquier jornada electoral y la pregunta relevante no es si ocurren sino cuántos ocurren, de qué tipo, en qué lugares y con qué respuesta institucional. En Guerrero, tres casillas abrieron con dos horas de retraso sin explicación oficial. En Tamaulipas, un observador reportó la presencia de personas no identificadas distribuyendo tarjetas de prepago en las inmediaciones de una casilla en un municipio costero. En Veracruz, en el distrito donde vivía Adelina Monterrosas, el reporte del observador local fue escueto y sin dramatismo: jornada normal, participación alta, sin incidentes.

Ese último reporte lo leyó Gabriel desde la redacción de El Observador Independiente, donde había pasado la mañana después de votar escribiendo la crónica de la jornada que publicaría al día siguiente. No la crónica electoral estándar de resultados y porcentajes sino la crónica de lo que había visto en la casilla de Xalapa esa mañana: la mujer del mandil, el mensajero con uniforme, la pareja de adultos mayores, Adelina con la fotografía de Ernestina en la mano. Las personas concretas detrás del número abstracto de la participación electoral.

Ramírez se asomó al cubículo a media mañana con la expresión de quien ha estado monitoreando demasiadas pantallas simultáneamente y necesita un momento de conversación humana.

—¿Cómo va la participación? —preguntó.

—Alta en los distritos donde México Justo trabajó. Normal en el resto.

—¿Qué tan alta?

—Entre ocho y doce puntos sobre la media de la elección anterior, dependiendo del distrito.

Ramírez arqueó las cejas.

—¿Eso es México Justo o son otras variables?

—Es imposible aislar la causa con exactitud —dijo Gabriel—. Pero la correlación es suficientemente consistente para que sea noticia. Y la noticia no es que México Justo sea responsable. Es que algo cambió en esos distritos y vale la pena preguntarse qué.

—¿Lo vas a publicar así?

—Lo voy a publicar exactamente así. Con los datos, con la correlación, con la advertencia sobre la causalidad y con la pregunta abierta. Que el lector saque sus conclusiones.

—Bien —dijo Ramírez—. Así se hace.

La tarde transcurrió con la tensión contenida de quien espera un resultado que no controla pero en el que ha invertido demasiado para ser indiferente. En la Ciudad de México, en el departamento de Fernanda que se había convertido en el centro de operaciones informal de México Justo, los miembros del grupo fueron llegando a lo largo de la tarde con la misma energía mezclada: la satisfacción de haber hecho lo que podían hacer y la incertidumbre de no saber todavía si había sido suficiente para producir algo medible.

La economista llegó con una laptop con el modelo de proyección de resultados que había construido a partir de las encuestas de salida de los distritos donde tenían observadores. Andrade llegó con el reporte consolidado de observación: novecientos cuarenta y siete registros de casillas en diecisiete estados, con un índice de irregularidades graves del dos punto tres por ciento, que era inferior al promedio histórico documentado por organizaciones especializadas en las últimas tres elecciones. El exfuncionario de Gobernación llegó con contactos dentro del sistema electoral que le permitían tener información sobre la tendencia de los conteos distritales antes de que fueran públicos. El académico de derecho penal llegó con tres botellas de agua mineral y la expresión de quien ha aprendido a no celebrar antes de tener números definitivos.

Adelina llegó la última, desde Xalapa, en un autobús que había tomado después de pasar la tarde visitando a dos integrantes del colectivo Buscamos y Seguimos Buscando que no habían podido ir a la Ciudad de México pero que habían pedido que Adelina les reportara en persona cómo iban las cosas. Llegó al departamento de Fernanda a las nueve de la noche, cuando los primeros resultados oficiales preliminares empezaban a aparecer en las pantallas.

—¿Cómo va? —preguntó desde la puerta, sin quitarse el abrigo todavía.

—Bien —dijo la economista, sin apartar los ojos de la pantalla—. Creo que bien. Pero todavía es temprano.

Los resultados fueron llegando a lo largo de dos horas con la lentitud característica de los conteos electorales mexicanos, que tienen la virtud de ser relativamente confiables y el defecto de serlo a un ritmo que pone a prueba la paciencia de cualquiera. México Justo no había postulado candidatos, de modo que lo que seguían no era el resultado de ninguna boleta específica sino el desempeño de los candidatos que habían firmado el documento de los diez compromisos en los distritos donde habían trabajado.

Los resultados en esos distritos no fueron uniformes, porque la política nunca es uniforme y esperar otra cosa era una forma de ingenuidad que México Justo se había prometido a sí misma no practicar. Pero la tendencia era suficientemente clara para que la economista, que había construido el modelo con los supuestos más conservadores disponibles, levantara la vista de su pantalla a las once de la noche y dijera con la voz tranquila de quien presenta un resultado y no una interpretación:

—En los veintitrés distritos donde México Justo tuvo presencia sostenida durante más de seis semanas, dieciséis de los candidatos que firmaron el documento ganaron sus elecciones. En los distritos donde la presencia fue menor de cuatro semanas, la correlación es estadísticamente insignificante.

El cuarto procesó eso en silencio.

—¿Y los que no firmaron en esos distritos? —preguntó Fernanda.

—Perdieron doce de los dieciséis. Los otros cuatro ganaron en distritos donde el candidato que firmó era de un partido sin estructura local suficiente para competir.

—¿Eso es México Justo o es el perfil del candidato? —preguntó el académico de ciencias políticas, con el rigor de quien sabe que la correlación no es causalidad.

—Es imposible separar completamente las dos variables —dijo la economista—. Pero el efecto es estadísticamente significativo con un margen de confianza del noventa y dos por ciento, lo cual en ciencias sociales con datos electorales es un resultado robusto.

Andrade miró los números durante un momento. Luego dijo algo que nadie había dicho todavía pero que todos estaban pensando.

—Funcionó.

No lo dijo con euforia sino con la sobriedad de un ingeniero que ha visto que un prototipo produce los resultados proyectados y registra el hecho antes de pasar a identificar los ajustes que se necesitan para la siguiente versión.

—Funcionó en los distritos donde trabajamos —lo corrigió Fernanda, con la precisión que siempre aplicaba a los enunciados que podían malinterpretarse—. En el resto del país, la elección siguió su dinámica habitual, con todo lo que eso implica.

—Sí —dijo Andrade—. Pero eso también nos dice algo: que el método es replicable. Que donde se hace el trabajo con suficiente tiempo y suficiente especificidad, produce resultados medibles.

—¿Y Salmerón Vidal? —preguntó alguien.

El exfuncionario de Gobernación, que había estado monitoreando una pantalla específica durante toda la noche, respondió sin apartar los ojos de ella.

—Sus candidatos perdieron en cuatro de los seis distritos del estado donde México Justo tuvo presencia. Y la Fiscalía General emitió esta tarde, en medio de la jornada, un comunicado confirmando que la investigación del caso Monterrosas avanza y que hay al menos dos funcionarios estatales con medidas cautelares vigentes.

El cuarto guardó silencio un momento.

—¿Salmerón sabe eso? —preguntó Gabriel.

—Lo sabe desde esta mañana —dijo el exfuncionario—. Por eso esperaron a que la jornada terminara para hacerlo público. No querían darle a México Justo el beneficio de la coincidencia.

—Pero lo hicieron de todas formas —dijo Gabriel.

—Lo hicieron de todas formas.

Adelina había estado escuchando todo sin decir nada, sentada en el mismo lugar donde había estado la primera noche en ese departamento, con el café entre las manos y la expresión de atención absoluta que era su forma de estar presente cuando lo que ocurría importaba. Cuando el silencio después de la noticia de la Fiscalía se prolongó lo suficiente para que todos buscaran qué decir a continuación, ella habló con la voz quieta de siempre.

—Ernestina no va a ver esto —dijo—. Eso no cambia. Y los que la mataron todavía no están frente a un juez. Eso tampoco cambia todavía.

Nadie respondió porque era verdad y la verdad a veces no necesita comentario sino espacio.

—Pero algo que no existía hace un año ahora existe —continuó—. Hay dieciséis candidatos electos que firmaron un compromiso y que van a tener que cumplirlo o dar la cara cuando no lo hagan. Hay una investigación que avanza. Hay personas en Torreón y en Mérida y en Tijuana y en Chiapas que votaron pensando, que tal vez no lo habían hecho antes. Y hay una propuesta con nombre y con números que ya no es solo un documento interno sino algo que circula, que se debate, que incomoda a quien debe incomodar.

Hizo una pausa.

—No es suficiente. No va a ser suficiente hasta que haya un sistema penitenciario que funcione de verdad y hasta que los que hacen daño paguen de verdad y hasta que ninguna madre tenga que buscar a su hija en una fosa a tres kilómetros de una caseta de policía. Eso es lo suficiente. Y eso todavía no está.

—No —dijo Fernanda—. Todavía no.

—Pero estamos más cerca que hace un año —dijo Adelina—. Y mañana vamos a estar más cerca que hoy. Que es exactamente como funciona esto. Despacio, con terquedad, sin rendirse.

Gabriel lo anotó en su cuaderno. No la frase sola sino el momento completo: el cuarto, las pantallas, los números, el silencio después de la noticia de la Fiscalía, Adelina con el café entre las manos diciendo la verdad sin adorno y sin consuelo falso. Lo anotó porque era exactamente el tipo de momento que necesita quedar escrito. Que no sea solo el silencio de los que se fueron y el olvido de los que se quedaron.

Salieron del departamento pasada la medianoche. La Ciudad de México a esa hora tenía el silencio relativo de las noches entre semana, con el tráfico reducido a una fracción de su volumen habitual y las calles con esa calidad específica que tienen cuando la mayoría de las personas ya tomaron sus decisiones del día y el día todavía no ha pedido nuevas.

Gabriel caminó dos cuadras antes de tomar un taxi. Durante esas dos cuadras pensó en los dieciséis candidatos electos con el documento firmado y en los doce que habían perdido sin firmarlo y en lo que eso significaba estadísticamente y en lo que significaba humanamente, que eran dos cosas distintas aunque relacionadas. Pensó en Andrade diciendo funcionó con la sobriedad de un ingeniero que registra un resultado antes de pasar a los ajustes. Pensó en Fernanda corrigiéndolo con la precisión de quien sabe que los enunciados que pueden malinterpretarse deben ser precisados antes de que lo haga alguien con mala intención.

Y pensó en Adelina diciendo no es suficiente con la voz tranquila de quien ha aprendido a vivir con la distancia entre lo que es y lo que debería ser sin que esa distancia la paralice sino que la mueva. Que es, pensó Gabriel, la forma más difícil y más necesaria de existir en un país como México: con los ojos abiertos sobre lo que falta y los pies en movimiento hacia lo que puede hacerse.

Subió al taxi. Le dio la dirección de su departamento. El taxista puso la radio en voz baja, una estación con música de los años ochenta que llenó el interior del coche con algo que no pedía atención ni tomaba partido. Gabriel miró por la ventana las calles iluminadas de la ciudad y pensó que mañana había trabajo. Que el trabajo nunca terminaba en este oficio, que era exactamente lo que le había gustado de él desde el principio: que siempre había algo más que documentar, algo más que preguntar, algo más que publicar para que quedara escrito.

Pensó en el artículo que le había prometido a Adelina. No sobre el caso sino sobre Ernestina. Sobre el café demasiado caliente entre las manos y la mochila azul y los cuadernos de pasta negra y las familias de Tlapacoyan que ella escuchó cuando nadie más las escuchaba. Sobre la persona que había sido antes de convertirse en lo que le hicieron. Ese artículo lo iba a escribir bien. Lo iba a escribir con todo el tiempo que merecía y con toda la precisión que requería. No como deuda sino como continuación de lo mismo que Ernestina había hecho: documentar para que quede escrito, para que las cosas que pasan no sean como si no hubieran pasado.

El taxi se detuvo frente a su edificio. Gabriel pagó, bajó, entró al vestíbulo. Subió al cuarto piso, abrió la puerta de su departamento, encendió la lámpara del

escritorio y se sentó. Abrió el cuaderno en la página donde había anotado el momento en el departamento de Fernanda. Lo releyó. Luego abrió una página nueva y escribió en la parte superior, sin título todavía, las primeras palabras de algo que no sabía todavía qué forma exacta iba a tomar pero que sabía que tenía que existir: *Ernestina Monterrosas tomaba el café demasiado caliente entre las dos manos.*

Las miró un momento. Luego siguió escribiendo.

CAPÍTULO 14

Lo que sigue siendo verdad

Ciudad de México, Xalapa. Diciembre — enero.

Gabriel tardó tres semanas en escribir el artículo sobre Ernestina. No porque le faltara el material, que lo tenía de sobra: los cuadernos escaneados, las fotografías del teléfono viejo, las conversaciones con Adelina, con Marcos, con Daniela Suárez, con Crescencio el ejidatario que le había dicho ojalá le hubiera dicho que no viniera ese último día con la voz de quien carga una culpa que no es suya pero que no sabe cómo devolver. Tardó tres semanas porque quería que el artículo fuera exacto. No exacto en el sentido periodístico de la verificación de datos, que eso lo tenía resuelto desde el primer día, sino exacto en el sentido de que capturara a Ernestina Monterrosas como la persona que había sido antes de convertirse en lo que le hicieron. Ese tipo de exactitud requería tiempo y requería la disposición de volver a escribir lo que ya había escrito cuando no era suficientemente verdadero todavía.

Lo terminó un martes a las dos de la mañana. Lo leyó dos veces en voz alta, que era su prueba final para detectar lo que el ojo cansado ya no veía. Luego se lo mandó a Ramírez con un mensaje de una sola línea: para el domingo, si te parece.

Ramírez respondió a las siete de la mañana siguiente: me parece. Es el mejor que has escrito.

Lo publicaron el domingo con el titular: Ernestina Monterrosas: la mujer que creía que si algo queda escrito, algo queda. Sin fotografía de la fosa ni del expediente ni de la mochila azul. Con la fotografía que Daniela Suárez había tomado un año antes durante una de las salidas de campo: Ernestina de espaldas, mirando el horizonte de las comunidades del norte de Veracruz, con la mochila azul en el hombro y el cuaderno de pasta negra en la mano.

Las reacciones llegaron de maneras que Gabriel no había previsto completamente. Además de las lecturas y los comentarios y las reproducciones en redes, llegaron mensajes directos. Decenas de ellos. Personas que escribían para decir que habían conocido a alguien así, que habían tenido una hija o una hermana o una amiga que se parecía a la Ernestina del artículo y que ya no estaba, por razones distintas pero con la misma estructura de fondo: alguien que sabía demasiado o hacía demasiado o era demasiado incómoda para ciertos

intereses y había pagado por ello de maneras que el Estado no había sancionado y probablemente no iba a sancionar.

Gabriel los leyó todos. Respondió los que podía responder. Y guardó los que no podía responder porque eran demasiado y el tiempo no alcanzaba, pero los guardó porque eran también parte del registro y el registro no se descarta.

Adelina lo llamó el domingo por la tarde, después de que el artículo había estado circulando durante ocho horas.

—Lo leí tres veces —dijo.

—¿Cómo está usted?

—Bien. Lloré, que hacía tiempo que no lloraba de verdad. Y luego me sentí mejor, que es raro pero es verdad.

—No es raro —dijo Gabriel—. Llorar por las razones correctas tiene eso.

—Me gustó que puso lo del café. Y lo de las servilletas de origami.

—Eran detalles que no podían faltar.

—No —dijo Adelina—. No podían. Porque eso era Ernestina. No la víctima. Ernestina.

Hubo un silencio breve que ninguno de los dos sintió necesidad de llenar.

—¿Sabe que me escribió una mujer de Chihuahua? —dijo Adelina—. Dice que su hija desaparecida también era trabajadora social. Que también documentaba. Que leyó el artículo y por primera vez en dos años sintió que su hija existía para alguien más que para ella.

—¿Le respondió?

—Le respondí. Le di el contacto de Refugio. El colectivo puede ayudarla a organizar la búsqueda.

Gabriel lo anotó en su cuaderno. No como dato periodístico sino como lo que era: la consecuencia más pequeña y más importante de todo lo que había ocurrido en el último año. Un artículo que conectaba a dos madres que no se conocían y que tenían en común la pérdida y la decisión de no quedarse quietas con ella.

El balance de los meses siguientes fue, como Adelina había dicho la noche de la jornada electoral, suficientemente bueno para reconocerlo y suficientemente insuficiente para no confundirlo con el destino final.

En el lado del reconocimiento: los dieciséis candidatos electos que habían firmado el documento de los diez compromisos iniciaron sus gestiones con acciones concretas y documentadas en al menos siete de los diez puntos. Tres de ellos impulsaron modificaciones a los reglamentos penitenciarios de sus jurisdicciones en la dirección del CCME, insuficientes por el momento para cambiar la estructura pero suficientes para establecer precedentes normativos que México Justo documentó y publicó. La Fiscalía General de la República formalizó cargos contra dos funcionarios estatales de Veracruz por el caso Ernestina Monterrosas, lo cual no era todavía una sentencia pero era la primera vez en la historia de ese caso que alguien enfrentaba consecuencias institucionales reales. Y Rodrigo Salmerón

Vidal, que todavía ocupaba el cargo de gobernador porque su período no concluía hasta el año siguiente, había perdido de manera visible el apoyo de su partido central, que había comenzado a distanciarse con la velocidad característica de las instituciones políticas que reconocen una causa perdida y prefieren no ser fotografiadas junto a ella.

En el lado de la insuficiencia: el sistema penitenciario mexicano seguía siendo lo que había sido el día anterior a que Gabriel publicara el primer artículo sobre el caso Ernestina. Las cárceles seguían siendo, en la mayoría de los casos, exactamente lo que eran: universidades del crimen con techo y comida pagados por el contribuyente, donde el autogobierno operaba con la comodidad de lo establecido y los teléfonos ilícitos circulaban con la normalidad de los objetos que nadie se molesta en ocultar porque nadie con autoridad real se molesta en buscarlos. El CCME era todavía una propuesta, bien documentada y crecientemente citada en círculos académicos y de política pública, pero todavía una propuesta. Y las personas desaparecidas que el colectivo Buscamos y Seguimos Buscando buscaba en el norte de Veracruz seguían sin aparecer, porque los muertos que aparecen son los que alguien con poder suficiente decide que pueden aparecer, y el poder en esa zona del estado seguía siendo, aunque más incomodo que antes, sustancialmente el mismo.

Gabriel escribió ese balance con la misma precisión con que había escrito todo lo demás. Lo publicó un mes después de la jornada electoral bajo el título: México Justo: lo que se logró y lo que falta. Sin heroísmo y sin cinismo, que eran los dos vicios simétricos del periodismo que no se respeta a sí mismo. Con datos verificables en ambas columnas y con la conclusión explícita de que ambas columnas importaban por igual: la que registraba lo conseguido, para que el esfuerzo tuviera nombre, y la que registraba lo que faltaba, para que el esfuerzo no se confundiera con la llegada.

Andrade leyó el artículo y le mandó un mensaje a Gabriel que decía: esto es exactamente lo que necesitábamos. Ni celebración ni derrota. Solo el estado del sistema y lo que sigue. Gracias.

Fernanda organizó una reunión de evaluación de México Justo en enero. El grupo llegó completo, que no era algo que pudiera darse por sentado después de cinco meses de trabajo intensivo y de los roces naturales que produce cualquier proceso colectivo sostenido. Llegaron completos y llegaron con algo que no siempre sobrevive a los resultados mixtos: la voluntad de continuar.

—¿Qué sigue? —preguntó Andrade, abriendo la sesión con la misma pregunta que había hecho en la primera reunión, ocho meses atrás, en ese mismo departamento.

—Lo mismo que siempre sigue —dijo Fernanda—. El trabajo. Pero con más información de la que teníamos al principio sobre qué funciona y qué no.

—¿Y el CCME? —preguntó el médico—. ¿Seguimos empujando la propuesta completa o la adaptamos a lo que los municipios están dispuestos a explorar?

—Las dos cosas en paralelo —dijo la economista—. La propuesta completa como horizonte y las versiones adaptadas como proceso. Sin perder de vista que las versiones adaptadas son pasos hacia el horizonte, no sustitutos de él.

—¿Y la parte política? —preguntó el académico de ciencias políticas—. Porque el ciclo electoral terminó y el siguiente está a tres años. ¿Mantenemos la presión en ese intervalo o esperamos a que se acerque la siguiente jornada?

—Se mantiene —dijo Gabriel, desde su lugar en la esquina—. La presión que se detiene entre elecciones le hace el trabajo a los que quieren que nada cambie. El monitoreo de los compromisos firmados empieza ahora, no en tres años.

Adelina escuchó el debate durante una hora, con el café entre las manos y la atención de siempre. Cuando el grupo llegó a un momento de pausa natural, habló.

—Quiero proponer algo —dijo—. Quiero que México Justo establezca un vínculo formal con los colectivos de búsqueda de todo el país. No para absorberlos ni para representarlos sino para que tengan acceso a los recursos jurídicos y técnicos que nosotros hemos desarrollado. Porque lo que le pasó a Ernestina no es único. Y las madres que buscan en Chihuahua y en Guerrero y en Tamaulipas tienen el mismo derecho a que alguien con conocimiento técnico las acompañe.

El cuarto la miró.

—¿Usted coordinaría eso? —preguntó Fernanda.

—Yo lo iniciaría —dijo Adelina—. Con Refugio y con las otras integrantes del colectivo de Veracruz que ya tienen experiencia. Después se sostiene solo, que es como deben sostenerse las cosas que funcionan.

La propuesta se aprobó por unanimidad sin debate, que era la señal más clara de que había llegado en el momento correcto y de la persona correcta.

Gabriel salió de la reunión a las nueve de la noche con el cuaderno lleno de notas y la sensación de que México Justo, que había empezado como quince personas en un departamento con una pizarra en blanco, había llegado a ser algo que el país necesitaba aunque todavía no supiera exactamente qué nombre darle: no un partido, no una ONG, no un movimiento, sino algo más parecido a lo que Ernestina había sido en sus comunidades del norte. Una presencia que documentaba, que acompañaba, que insistía en que las cosas que pasan no pueden ser como si no hubieran pasado.

Caminó por las calles de la Condesa con las manos en los bolsillos y el cuaderno bajo el brazo, pensando en todo lo que había ocurrido desde la noche en que había abierto un sobre sin remitente con veinte páginas y una nota al margen de cinco palabras. Pensó en Adelina en la puerta de su casa a las diez de la mañana de un día de octubre diciéndole si va a venir y luego no puede publicar nada, mejor no venga. Pensó en Crescencio guiándolos por la vereda en la oscuridad del amanecer. Pensó en la mochila azul con la costura reforzada sobre la lona de evidencia. Pensó en los ochenta mil que vieron el foro y en el taxista de Monterrey y en la estudiante de dieciséis años de Chiapas y en Leticia Fuentes de

Ciudad Juárez que después de cuatro años había sentido por primera vez que su hijo existía para alguien más que para ella.

Pensó que todo eso había ocurrido porque una mujer de veintisiete años con una mochila azul había creído que documentar valía la pena aunque nadie la escuchara todavía. Y que esa creencia, que le había costado todo, había resultado ser exactamente correcta.

Eso seguía siendo verdad. Independientemente de lo que faltaba, que era mucho, y de lo que venía, que era incierto. Seguía siendo verdad con la misma solidez con que las cosas verdaderas lo son: sin necesitar que nadie las proclame, sin deteriorarse con el tiempo, sin depender de que los resultados sean exactamente los que uno esperaba.

Ernestina Monterrosas había documentado porque creía que si algo queda escrito, algo queda. Tenía razón. Y eso, en un país que tiene una historia larga y difícil con la verdad, no era poco.

CAPÍTULO 15

Lo que les debemos a los que ya no están

México. Febrero — marzo.

La carta llegó un miércoles por la mañana al correo electrónico de México Justo, que Fernanda revisaba todas las mañanas antes de cualquier otra cosa porque había aprendido que las cosas importantes a veces llegaban por los canales más inesperados y que ignorarlas por un día era a veces ignorarlas para siempre. La remitente se identificaba como Valeria Orozco, diecisiete años, estudiante de preparatoria en Papantla, Veracruz. El municipio donde estaban tres de las comunidades que Ernestina Monterrosas había documentado en sus cuadernos.

Fernanda la leyó dos veces antes de reenviarla a Gabriel y a Adelina con una sola línea de su parte: lean esto.

La carta decía: Mi nombre es Valeria Orozco y tengo diecisiete años. Vivo en Papantla. Mi familia perteneció al ejido que aparece en los documentos que publicó el señor Gabriel Cardenal el año pasado. Mis abuelos perdieron sus tierras hace cuatro años y hasta que leí ese artículo yo no sabía que lo que les había pasado tenía un nombre ni que había alguien que lo había documentado. Lo que quiero decirles es que cuando cumpla dieciocho años voy a votar. Y voy a votar con los diez compromisos de México Justo en la mano. Y también quiero estudiar trabajo social porque Ernestina Monterrosas estudió trabajo social y documentó lo que le pasó a mi familia cuando nadie más lo hacía. No sé si eso sirve de algo. Pero quería que lo supieran.

Gabriel leyó la carta en la redacción de El Observador, con el segundo café del día todavía caliente. La leyó tres veces. Luego se quedó mirando la pantalla un momento con la expresión de quien acaba de encontrar algo que estaba buscando sin saber que lo buscaba.

Llamó a Adelina.

—¿Leyó la carta de Valeria Orozco?

—Sí —dijo Adelina. Su voz tenía una qualidad diferente. No el dolor de siempre ni la determinación de siempre sino algo más parecido al asombro, esa forma de sorpresa que ocurre cuando la realidad produce algo que uno no se había permitido esperar porque esperarlo parecía demasiado.

—¿Qué piensa?

—Pienso que Ernestina no lo va a saber nunca —dijo Adelina—. Y pienso que de alguna manera lo sabe de todas formas. Y que esas dos cosas pueden ser verdad al mismo tiempo.

—Sí —dijo Gabriel—. Pueden.

—¿Va a publicar la carta?

—Con el permiso de Valeria, sí. Creo que merece ser leída.

—Pídaselo usted —dijo Adelina—. Que venga de usted, no de mí. No quiero que sienta que tiene que decir que sí por cortesía.

Gabriel le escribió a Valeria Orozco esa tarde. Le explicó quién era, le preguntó si había leído el artículo sobre Ernestina además del primero sobre el caso, le pidió permiso para publicar su carta con su nombre si ella lo autorizaba y le ofreció, si le interesaba, conectarla con la red de documentación que México Justo estaba construyendo con los colectivos de búsqueda del norte de Veracruz.

Valeria respondió al día siguiente con un mensaje breve y directo que tenía la cadencia específica de los diecisiete años que no han aprendido todavía a suavizar lo que piensan porque nadie les ha dicho todavía que suavizarlo es lo que se hace: Sí a todo. Y gracias por no olvidar a Ernestina.

Gabriel publicó la carta el viernes. Tenía ciento noventa mil lecturas al mediodía del sábado, que era más que cualquier artículo de seguimiento que hubiera publicado en los últimos meses. No porque la carta fuera más importante en términos informativos que los balances y los análisis y las investigaciones, sino porque tenía algo que los balances y los análisis y las investigaciones por su naturaleza no pueden tener: la voz de alguien que no había sido dañado todavía y que había decidido por esa razón exactamente, porque todavía no había sido dañado, que valía la pena involucrarse antes de que el daño llegara.

Eso era lo que hacía la carta de Valeria Orozco diferente a todo lo demás. No la víctima que exige justicia ni el experto que propone soluciones ni el ciudadano que vota con información. La joven que decide actuar antes de necesitarlo. La que elige el trabajo social no a pesar del riesgo sino habiendo leído lo que el riesgo puede costar y decidiendo que vale la pena de todas formas. La que escribe a México Justo a los diecisiete años desde Papantla, Veracruz, con la prosa directa de quien no ha aprendido todavía a decorar lo que piensa, para decirles que cuando pueda va a votar con los diez compromisos en la mano.

Adelina Monterrosas leyó los comentarios al artículo durante dos horas el sábado por la tarde. Era algo que no hacía habitualmente porque los comentarios en internet eran con frecuencia el lugar donde la crueldad anónima encontraba su forma más barata de ejercerse, y ella había decidido hacía meses que su energía

era demasiado valiosa para gastarla en eso. Pero algo en la carta de Valeria la había llevado a hacerlo esa tarde, con la curiosidad cautelosa de quien se asoma a un lugar que sabe que puede decepcionarlo.

No la decepcionó. No todos los comentarios eran buenos, porque en internet nunca todos los comentarios son buenos, pero los que importaban tenían una cualidad que no había visto antes en los comentarios de los artículos anteriores: no era indignación ni solidaridad ni posicionamiento político. Era reconocimiento. Personas que escribían yo también conocí a alguien así, yo también soy de un ejido que perdió sus tierras, yo también tengo una hija que estudia trabajo social y cada vez que leo estas historias me alegra que exista y me aterra lo que le puede pasar.

Ese aterra lo que le puede pasar era la clave. Era la frase que nadie había dicho en voz alta todavía porque decirla en voz alta era admitir que el miedo era razonable y que el miedo razonable en un país donde documentar puede costar la vida era exactamente el problema que México Justo, el artículo de Gabriel y la carta de Valeria Orozco estaban nombrando desde ángulos distintos y con la misma urgencia de fondo: que ese miedo razonable no debería ser razonable. Que el Estado existe, entre otras cosas, para hacer irrazonable ese miedo. Para que documentar no cueste la vida. Para que ser incómodo para el poder no equivalga a ser peligroso para uno mismo.

Eso era lo que el CCME proponía, en el fondo, más allá de la arquitectura y los costos y las especificaciones técnicas: que el Estado recupere la capacidad de hacer irrazonable ese miedo. Que quien cause daño pague de verdad, y que pagar de verdad disuada a quien todavía no ha causado daño de hacerlo. Que la cadena funcione. Que el sistema sea lo que dice ser.

El médico de la mesa técnica de México Justo publicó ese mes un artículo académico en una revista de salud pública que citaba el caso Ernestina Monterrosas y la propuesta del CCME como ejemplo de la intersección entre violencia institucional, salud pública y diseño de políticas. Era el primer artículo académico revisado por pares que citaba el trabajo de México Justo, y Andrade lo señaló en el chat del grupo con la nota lacónica de: primer eslabón académico. Falta la cadena completa.

La cadena completa tardaría. Todos lo sabían. Las propuestas de reforma penitenciaria no se convierten en ley en un ciclo electoral ni en dos. Requieren acumulación de evidencia, de presión política, de precedentes jurídicos y de la paciencia específica de quien construye algo que no va a ver terminado del todo pero que sabe que alguien más va a seguir construyendo cuando él ya no esté. Era la paciencia del ejidatario Crescencio hablando de tierras que sus abuelos habían trabajado. Era la paciencia de Refugio buscando a Rogelio con el mismo método dieciséis meses después de empezar. Era, en el fondo, la paciencia de Ernestina Monterrosas llenando cuadernos en comunidades donde nadie la esperaba y nadie la había mandado, porque creía que si algo queda escrito, algo queda, aunque ella no viviera para ver qué.

Gabriel pensó en todo eso un martes de marzo mientras revisaba sus cuadernos del año anterior, buscando un dato para el artículo que tenía en proceso. Los cuadernos del año anterior eran ya cuatro, llenos de la letra pequeña y consistente con que había documentado todo desde el momento en que había abierto el sobre sin remitente en la redacción. Nombres, fechas, lugares, frases textuales, observaciones al margen, preguntas que se había hecho y había respondido y preguntas que se había hecho y todavía no había respondido.

Encontró el dato que buscaba en el segundo cuaderno, junto a una anotación que había hecho la tarde del primer día en Xalapa, después de la visita a la fiscalía con Adelina: *La geografía del silencio tiene un mapa. Mi trabajo es dibujarlo con suficiente precisión para que ya no pueda ignorarse.*

Lo releyó. Pensó en cuánto había cambiado la precisión del mapa en el año transcurrido. En cuántos nombres había en él que un año antes no estaban. En cuántas personas sabían ahora dónde estaban ciertos lugares que el mapa oficial no registraba. No todos. Todavía no todos. Pero más que antes. Y más que antes era el punto de partida de todo lo demás.

Cerró el cuaderno, abrió el documento del artículo en proceso y siguió escribiendo. Afuera la Ciudad de México tenía el calor seco de marzo que anuncia que la temporada de lluvias está por llegar pero todavía no ha llegado, ese período de expectativa climática que los chilangos conocen de memoria y que tiene la calidad específica de las cosas que están por cambiar sin que nadie pueda saber exactamente cuándo.

En Papantla, Veracruz, Valeria Orozco llegaba ese día a la escuela con una copia impresa del artículo sobre Ernestina Monterrosas que había pegado en la portada de su carpeta de trabajo social, junto a la fotografía de Ernestina de espaldas mirando el horizonte con la mochila azul en el hombro. No porque alguien le hubiera dicho que lo hiciera. Sino porque había decidido que esa imagen era lo que quería ver todos los días cuando abría la carpeta: la persona que había documentado lo que le pasó a su familia cuando nadie más lo hacía, recordándole que documentar valía la pena aunque nadie la escuchara todavía. Aunque el costo fuera demasiado. Aunque las tierras no volvieran y la fosa existiera y la caseta de policía siguiera a dos kilómetros ochocientos metros de donde no debería estar.

Valía la pena de todas formas. Ernestina lo sabía. Valeria lo estaba aprendiendo. Y eso, en un país que necesitaba que más personas lo aprendieran antes de necesitar aprenderlo, era exactamente lo más importante que podía ocurrir.

En Xalapa, Adelina Monterrosas salía esa mañana a reunirse con Refugio y con dos integrantes del colectivo de Chihuahua que habían llegado el día anterior para conocer el método de búsqueda que Buscamos y Seguimos Buscando había desarrollado en dieciséis meses de trabajo en campo. Llevaba en la bolsa el cuaderno de pasta negra donde había escrito sobre Ernestina la noche antes de las elecciones, más los cuadernos nuevos que había empezado desde entonces, porque había descubierto que escribir era también una forma de documentar y que documentar era también una forma de continuar. De hacer que las cosas que

pasan no sean como si no hubieran pasado. De no permitir que el silencio de los que se fueron sea solo silencio.

Caminó por las calles de Xalapa con el paso directo de siempre, sin apresurarse ni detenerse, con la mochila en el hombro, que no era azul sino café pero que tenía en el bolsillo exterior una fotografía de Ernestina doblada en cuatro, porque algunas cosas se cargan siempre aunque pesen y aunque duelan y aunque nadie más sepa que están ahí.

El cielo de Xalapa tenía en esa mañana de marzo esa claridad específica que tiene la ciudad cuando la niebla ha decidido no quedarse y el sol entra por las calles empinadas bordadas de jacarandas que en marzo ya empezaban a florecer de nuevo, con esa terquedad vegetal de lo que vuelve todos los años independientemente de lo que haya ocurrido mientras tanto.

Adelina las miró al pasar. Pensó en Ernestina, que las había visto florecer veintisiete veces. Pensó en Valeria Orozco en Papantla, que las vería florecer muchas veces más si el mundo hacía lo que tenía que hacer. Pensó en Refugio buscando a Rogelio. Pensó en las madres de Chihuahua que habían viajado hasta aquí para aprender un método que nadie les había enseñado porque nadie les debería haber necesitado enseñar.

Y siguió caminando, porque eso era lo que había que hacer. Lo que siempre había que hacer. Seguir.

EPÍLOGO

Las fosas también votan

Panteón Municipal de Xalapa, Veracruz. Noviembre. Un año después de la jornada electoral.

Adelina Monterrosas llegó al panteón un martes, que era el día que había elegido desde el principio para estas visitas, no porque el martes tuviera algún significado especial antes sino porque era el martes de la última llamada y ahora todos los martes tenían ese peso y ella había decidido que era mejor tenerlo en un lugar concreto que cargarlo disuelto en la semana entera.

Llevaba flores que había comprado en el mercado de camino, cempasúchil aunque no fuera noviembre de muertos porque Ernestina siempre había dicho que el cempasúchil era la flor más honesta que existía, la que no pretendía ser elegante sino simplemente visible, y que la honestidad era más valiosa que la elegancia en casi todas las circunstancias de la vida. Llevaba también el cuaderno de pasta negra, el que había comprado en la papelería de la colonia la noche antes de las elecciones del año anterior, que ya tenía ciento doce páginas escritas con la letra apretada que había heredado de su padre y que Ernestina había heredado de ella.

Se sentó en el banco de piedra frente a la tumba. No habló de inmediato. Primero estuvo un rato en silencio, con las manos sobre el cuaderno cerrado, mirando la lápida donde el nombre de Ernestina estaba grabado junto a las fechas que

resumían una vida en dos números separados por un guión que no alcanzaba a contener nada de lo que había ocurrido entre ellos.

Afuera del panteón Xalapa tenía el frío suave y húmedo de noviembre, con las jacarandas ya sin flores y el olor a tierra mojada de la lluvia de la noche anterior. Era un martes de mañana y el panteón estaba casi vacío, con solo un jardinero que trabajaba en silencio en el otro extremo y un hombre mayor que visitaba otra tumba a treinta metros, de espaldas, con la concentración privada de quien ha aprendido que el duelo es un territorio sin testigos.

—Te voy a contar lo que pasó este año —dijo Adelina finalmente, en voz baja, con la naturalidad de quien retoma una conversación que no ha terminado aunque la otra persona ya no pueda responder—. Aunque supongo que de alguna manera ya lo sabes. Pero quiero que quede dicho en voz alta. Para que no sea solo el silencio de los que se fueron y el olvido de los que se quedaron.

Abrió el cuaderno en la última página escrita. No para leerlo sino para tenerlo abierto mientras hablaba, como si las palabras escritas fueran el puente entre lo que había vivido y lo que estaba diciendo.

—Salmerón Vidal dejó el cargo en octubre. Sin escándalo público, sin renuncia dramática, con el comunicado de costumbre sobre los logros de su administración. Pero con dos funcionarios de su gobierno enfrentando proceso penal por tu caso. Con la empresa Desarrollos Integrales del Golfo en liquidación porque ningún banco quiso seguir operando con ella después de que Gabriel publicó el tercer artículo. Y con su partido que ya no lo mencionaba en ningún acto público porque los partidos tienen una capacidad notable para olvidar a sus operadores cuando operarlos ya no conviene.

Hizo una pausa.

—No es suficiente. Todavía no están frente a un juez por lo que te hicieron. El proceso avanza despacio, que es como avanzan los procesos cuando hay personas con dinero y abogados del otro lado. Pero avanza. Y mientras avanza, México Justo lo documenta y lo publica cada mes para que no se pierda en los vericuetos del sistema. Que era exactamente lo que ellos esperaban que ocurriera.

Miró la lápida un momento.

—Dieciséis candidatos que firmaron los diez compromisos están en sus cargos. Tres de ellos ya modificaron sus reglamentos penitenciarios. No es el CCME todavía, no es el sistema completo que propone México Justo, pero son tres precedentes normativos que no existían hace un año y que alguien va a usar más adelante para pedir algo más. Así funciona esto. Despacio, con terquedad, acumulando.

Se levantó del banco y colocó el cempasúchil junto a la lápida con el cuidado de quien hace un gesto que importa aunque no haya nadie mirando.

—Valeria Orozco cumple dieciocho años en marzo —dijo, de pie frente a la tumba —. La chica de Papantla que te escribió a ti a través de México Justo. Estudia primer año de trabajo social en Veracruz. Viene a Xalapa cada mes a reunirse con

Refugio y con las chicas del colectivo para aprender el método de búsqueda en campo. Dice que quiere documentar lo que le pasó a las comunidades del norte, que es exactamente lo que tú hacías. Me mandó una foto la semana pasada de su primera libreta de campo. De pasta negra, como las tuyas. No creo que sea casualidad.

Sonrió, que era algo que le costaba menos que hace un año aunque todavía le costara.

—Marcos está bien. Trabaja en una firma de contabilidad en Xalapa y viene a verme los domingos a comer. Trae algo de postre casi siempre, que no siempre le queda bien, y yo me lo como completo sin decirle nada. Ya sabes por qué.

Volvió a sentarse. Tomó el cuaderno y lo cerró y lo tuvo entre las manos, igual que el café, con el calor que daba sostener algo que importaba.

—Lo que más quiero contarte es esto —dijo, con la voz que usaba cuando llegaba al punto central de algo, la voz que Gabriel había aprendido a reconocer como la señal de que lo siguiente era lo que más importaba—. El colectivo de Buscamos y Seguimos Buscando tiene ahora contacto formal con diecinueve colectivos de búsqueda en doce estados. No somos una organización grande ni tenemos presupuesto oficial. Pero tenemos método y tenemos red y tenemos la certeza de que lo que sabemos hacer puede ayudar a otras madres a buscar a sus hijos de manera más eficaz. Y eso, que parece pequeño, es lo más grande que he hecho en mi vida después de criarte a ti.

El jardinero del otro extremo del panteón encendió una podadora que sonó unos segundos y luego se apagó. El hombre mayor de la tumba vecina se levantó, sacudió el pantalón, y se fue con el paso lento de quien no tiene prisa porque ha aprendido que el tiempo en estos lugares no funciona como en los demás.

Adelina lo vio alejarse y pensó en todo el tiempo que había pasado en ese banco en el último año. En las conversaciones que había tenido ahí con Ernestina, que no eran conversaciones en ningún sentido verificable pero que tenían la función de las conversaciones: la de ordenar lo que uno piensa diciéndolo en voz alta para alguien que importa. Pensó que ese era también un registro, aunque no estuviera escrito en ningún cuaderno. El registro de lo que una madre le dice a su hija cuando ya no puede decirle nada y tiene que decírselo de todas formas.

—El año que viene hay elecciones locales en Veracruz —dijo—. México Justo ya está preparando la siguiente ronda de compromisos. Más específicos que los del año pasado, con indicadores de cumplimiento más precisos y con el mecanismo de monitoreo ya probado. Fernanda dice que cada ciclo el documento mejora porque cada ciclo sabemos más sobre qué funciona y qué no. Andrade dice que es como iterar un diseño de ingeniería: nunca está perfecto, siempre está mejorando.

Hizo una pausa.

—Y Gabriel está escribiendo un libro. Sobre todo lo que pasó desde el sobre sin remitente hasta hoy. Me preguntó si podía incluir las conversaciones que tuvimos en la cocina y le dije que sí, con una condición: que pusiera que tomabas el café

demasiado caliente entre las dos manos. Me dijo que ya lo había puesto en el primer párrafo. Le creí.

El sol de noviembre entraba oblicuo entre los árboles del panteón, con esa calidad de la luz de otoño que no calienta del todo pero sí ilumina, que hace que las cosas se vean con más precisión que con la luz directa del verano. Adelina lo sintió en la cara y cerró los ojos un momento, no con tristeza sino con la atención de quien recibe algo que sabe que importa.

—Mija —dijo, con los ojos todavía cerrados—. Las fosas también votan. Eso es lo que aprendí este año. Que los muertos no votan, eso es verdad. Pero las madres que los encontraron sí. Y los ejidatarios que perdieron sus tierras sí. Y la enfermera de Puebla y el taxista de Monterrey y Valeria Orozco cuando cumpla dieciocho años en marzo, esos también. Y cada vez que alguno de ellos va a las urnas pensando en lo que les pasó y en lo que no debería haber pasado y en lo que puede hacerse para que no les pase a otros, las fosas votan. El silencio vota. Los que ya no están votan a través de los que sí están y que deciden que su memoria vale más que una despensa o que la comodidad de creer que da lo mismo quién gane.

Abrió los ojos. Miró la lápida con el nombre de Ernestina y las fechas que no alcanzaban a contener nada de lo que había ocurrido entre ellas.

—Eso no te devuelve. Nada te devuelve. Y eso duele con la misma intensidad que el primer día aunque yo haya aprendido a cargarlo de manera diferente. Pero mientras haya madres que busquen y ciudadanos que recuerden y jóvenes como Valeria que decidan documentar antes de que sea necesario, el silencio que ellos querían nunca va a ser completo. Y eso, aunque no sea suficiente, es lo que tenemos.

Se levantó. Guardó el cuaderno en la mochila café con el bolsillo exterior donde llevaba la fotografía doblada en cuatro. Puso la mano sobre la lápida un momento, con la palma plana sobre la piedra fría, con el gesto específico de quien toca algo para confirmar que existe aunque no pueda verlo del todo.

—Con lo que tenemos, seguimos —dijo.

Y se fue.

Las jacarandas del camino de salida no tenían flores todavía, que era lo que correspondía a noviembre. Pero en las ramas más altas, si uno miraba con atención, había ya los primeros botones morados que anunciaban lo que vendría en marzo, con la puntualidad vegetal de lo que vuelve todos los años independientemente de lo que haya ocurrido mientras tanto.

Adelina Monterrosas los miró al pasar. Y siguió caminando.